Grupo de UR y Otros

LA MAGIA COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

TOMO II





GRUPO DE UR Y OTROS

LA MAGIA

COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

TOMO II



Ediciones Heracles

Hecho el depósito que marca la Ley
Buenos Aires - Noviembre de 1996
(Impreso en la Argentina)
ISBN: 987-95138-6-X

Traducción del italiano y estudio preliminar a cargo de:
ALBUS

Ilustración de portada:

El *Rebis* de Basilio Valentino;
reproducción del *Aurelia Occulta Philosophorum*,
Teatrum Chemicum, Argentorati, 1613, tomo IV.

Prólogo

NUESTRA MAGIA

Es éste un mundo solidificado en donde todo transcurre a un ritmo infernal y morboso. El moderno, el *hombre-masa* que tan brillantemente nos describiera Ortega y Gasset, es un ser carente de memoria, o sea de la capacidad para retener y detener el tiempo en su alma, de salir, aunque fuere por un instante, *«del río que siempre fluye y nunca se detiene»* y tratar así de ser él mismo en medio del torrente. Su voluntad es por lo tanto nula. Todo lo acepta y asume pasivamente. Acepta fatalmente vivir en un mundo *globalizado*, aunque en el fondo ignore de qué se trata; acepta las modas más absurdas y antojadizas aunque íntimamente (si es que todavía le queda algo de intimidad) puedan no gustarle; acepta todos los criterios estéticos vigentes porque así lo ha expresado la mayoría y porque tiene miedo del ridículo; acepta todas las recetas y opiniones de los *media* y las repite siempre aunque, justamente por no tener memoria, no recuerde en dónde las ha aprendido; acepta pues ser un simple producto del mundo circundante y se solaza con tal condición y «protección» que lo cobija de la inseguridad y lo desconocido, y repudia hasta con virulencia a quien reniegue de tal «evidencia» irrebatible.

La *Democracia* es para él su divinidad, su diosa omnipotente y sabia, que es también caprichosa y autoritaria como el bíblico Jeovah, y de la cual no podrá nunca sustraerse ni discutirla *«de igual a igual»*, ni cuestionar sus dogmas sagrados, ni objetar tampoco sus totalitarias y camufladas inquisiciones. Que los hombres sean iguales, aunque la realidad nos muestre lo contrario, que el voto de un sabio valga lo mismo que el de un adolescente, que sea la simple mayoría numérica la que determine la verdad o la justicia en todo, es algo sólo comprensible de acuerdo a la máxima de Tertuliano: *«credo quia absurdum»*. Del mismo modo que la fe en el Progreso o en el origen animal de nuestra especie que se han convertido en Verdades universales e irrebatibles...

Y sin embargo, a pesar de lo ridículo que nos rodea, hay en todo esto

que nos sucede como una lógica secreta que rige los acontecimientos. Un tipo de hombre, el del crepúsculo, un hombre-producto, un hombre en serie, como los objetos y chucherías interminables con que se nos satura para comprar y consumir, es el que prima ante nuestra vista. Es un hombre puramente exterior, el cual se ha negado y amputado a sí mismo su dimensión más profunda que es la del espíritu, la que se expresa a través del *pensamiento* y de su *acción* consecuente. Pues es sólo por y a través del espíritu que el hombre se hace libre, y la libertad que de ello emana no es la vana agitación de las marionetas *rockeadas* que nos circundan, sino la capacidad de hallar y realizar en uno mismo el fundamento de todas las cosas y de los propios actos.

A pesar de todas las loas a la libertad y al Progreso que actualmente se formulan no hay en efecto un esclavo más grande que el hombre de este tiempo, en cuanto no ha habido jamás en toda la historia de la humanidad un ser más dependiente de las opiniones ajenas, alguien más prejuicioso, más dogmático y al mismo tiempo más presumido.

Dejamos para otra circunstancia el determinar la fuente y el origen de todos estos tabúes y supersticiones modernas, remitiendo para ello en especial al texto de **ARVO** sobre la *Contrainiciación* que aparece en este tomo. Contestemos en cambio, aunque sea brevemente, a la objeción acerca del pretendido pensamiento libre, lo que paradojalmente produce tanta jactancia hoy en día y hace flamear a esta época como un ejemplo para todas las restantes, y de sus consecuentes «logros» irrebatibles, tales como la *ciencia moderna* y la «prodigiosa» tecnología que hoy nos circunda y fastidia por doquier. Digamos en primer término que el trasfondo de dicho saber y del «pensamiento» en que se basa ya fue refutado magistralmente hace más de dos mil años por PLATÓN en su *alegoría de las cavernas*. Toda la pretendida ciencia moderna, con su técnica a la cabeza, es apenas un conocimiento de sombras y una presumida capacidad de prever y adivinar sus movimientos, pero en el fondo una profunda ignorancia acerca de aquello que los produce, de lo que está en el origen de tales apariencias.

El moderno sólo acepta como real lo que ve y capta a través de sus cinco sentidos externos. Este es su materialismo esencial, el dogma básico ante el cual los restantes, el que acentúa lo económico como destino universal, el materialismo histórico, o el que asigna a la materia y a sus movimientos la sustancialidad de todo lo que existe, el materialismo mecanicista y metafísico, son apenas manifestaciones secundarias.

El haber reducido lo real a su aspecto más superficial es justamente

un conocimiento de esclavos encadenados, incapaces de comprender lo que está más allá de las sombras y apariencias, tal como los que describiera PLATÓN. Es decir, el hombre actual en el fondo no conoce, sino sólo actúa sobre lo que cree conocer. Carente así de un verdadero fundamento, su acción es consecuentemente ciega y sin sentido. Es parecida a una carrera afanosa en donde se corre desaforadamente sin saber hacia dónde y por qué se lo hace. Es por ello que hoy en día se ha operado como una inversión entre fines y medios; por ejemplo, actualmente ya no se produce para vivir, sino que se vive para producir, y muchas otras actividades que deberían ser meros instrumentos para fines superiores se han por el contrario convertido en las metas últimas, o más bien diríamos en verdaderos opiáceos para la mayoría de las personas.

No es casual al respecto que, en función de tal mecanicismo y sin sentido con que se vive, en estos tiempos últimos haya primado el modo de ser y de existir del *proletario*, es decir del mero trabajador. De acuerdo a la doctrina tradicional de las cuatro castas, la proletaria es la más baja de todas las funciones y posibilidades humanas, la que se caracteriza por ser la propia de aquellos individuos que sólo actúan sin poder conocer, ni saber, y que por tal causa por naturaleza realizan lo que otro u otros les indican en cuanto a los fines. Por lo tanto estos seres, en tanto incapaces de contemplar, están regidos por una necesidad ciega, denominándose trabajo a la actividad que les es propia. La misma era tradicionalmente algo sólo concebible de ser realizado por esclavos, es decir por personas que únicamente pueden actuar bajo un influjo externo, a diferencia en cambio de la pura acción, la que, en tanto determinada por la contemplación, era una actividad conducida por hombres libres, que brota desde la interioridad de uno mismo, no efectuándose por ningún condicionamiento exterior. Además, mientras que el trabajo va dirigido hacia la satisfacción de una necesidad material y es por lo tanto realizado por dinero, la acción es en cambio la efectuada para satisfacer un afán interior de tipo espiritual y no es en ella el dinero lo esencial ni lo determinante. Por tal causa, en la medida que la economía es hoy en día la medida de todo lo que existe, es prácticamente imposible para el hombre actual conocer lo que es espíritu y acción.

No es casual que actualmente, al vivir bajo la primacía de la cuarta casta, la más baja, la proletaria [1], todo lo que existe se haga bajo su estilo y sugestión,

[1] Aquí no debe confundirnos el hecho de que el liberalismo y no el comunismo sea la doctrina económica que se haya impuesto hoy en día, sino que lo esencial es

sin tener conciencia de ello, ni siquiera remotamente, el hombre moderno. Desde la simple vestimenta utilizada por los jóvenes y por los no tan jóvenes, el *blue-jean*, que es la versión yanquizada del mameluco del obrero, incluso usado a propósito en forma sucia y rota, casi como para imitarlo hasta en la cotidianidad del taller, desde haber reducido todas las actividades, aun las más elevadas e intelectuales, a la categoría de trabajo, —es así como hoy se habla de «trabajador de la educación» y no de maestro, de «trabajador de la medicina» y no de médico, etc.— hasta haberse llegado a la aberración de denominar «talleres» a lo que habitualmente han sido congresos o reuniones de personas que intercambiaban ideas en actividades de carácter preeminentemente espiritual y por lo tanto libre. Hoy hay talleres de escritores, de educadores, de psicólogos, etc., del mismo modo que los hay de chapa y de pintura o de reparación de heladeras. Hasta se ha aparecido como un signo de emancipación de la persona el hablar y gesticular de la misma manera que los sectores sociales más rezagados e incultos ([2]). Usar su misma lengua, sus lunfardos, sus expresiones más groseras, sin que nadie ponga un grito en el cielo, ni siquiera en las escuelas, —las que por el contrario hoy hacen el culto del pobre y del obrero, así como de los jóvenes, es decir de todos lo que es inferior y carente, de los cuales es más lo que hay que aprender que educar— representa hoy todo ello un signo de la más elevada emancipación.

Una sociedad materialista condicionada a realizar lo propio de la materia, sea en el modo de conocer como en el del vivir en su conjunto, —y hoy nos hallamos en su faz más avanzada y terminal— exige, de parte de quienes aun conservan un rastro, aunque fuese pequeño, de espiritualidad, la formulación de una actitud alternativa.

---

la proyección materialista y consumista que se ha dado a la existencia, que es lo que hace del hombre actual un proletario, aunque pueda tener dinero y no padecer necesidades. Recordemos además que las castas, más que referirse a categorías económicas o a un determinado *status* social, expresan principalmente una cierta dimensión y predisposición espiritual. De modo que se puede ser rico y ser mentalmente un proletario, del mismo modo que puede haber pobres con espíritu aristocrático.

[2] Al respecto la visión cuantitativa y masificadora que hoy se da de la cultura ha evitado poner el acento en la calidad para que, con la excusa de que todo pueblo o persona expresa o crea una cultura, no se trate de señalar superioridades, sino tan sólo diferencias. Es decir de acuerdo a la *democracia* hoy vigente en todos los planos, no interesa que un europeo occidental sea superior a un bantú, sino que ambos sean distintas expresiones de la cultura.

Este es pues el sentido esencial y último de estas obras sobre magia que estamos editando.

Se trata aquí de todo lo contrario exacto de lo que habitualmente se entiende hoy en día por tal disciplina.

No aprenderemos en este libro alguna técnica que nos hará más poderosos y por lo tanto más exitosos socialmente. No hay aquí para nada aprendizajes de cómo triunfar en la vida, seducir doncellas, hacer dinero y por lo tanto llegar así a ser «felices». Sino todo lo contrario, aquí de lo que se trata es cómo salir de la «vida» y al mismo tiempo quedar indemne de ella, sin ser rozado por ninguno de los trivios de esta época.

Abandonar pues el estado de solidificación materialista de nuestro tiempo es comprender a esta realidad circundante tan sólo como una posibilidad, es decir como una dimensión más, aunque inferior a las otras y siendo de alguna de las cuales (pensamos aquí en primer término a la correspondiente a la esfera sutil) tan sólo una manifestación. Esta «vida» representa apenas un intento, en el fondo una prueba, una travesía entre dos orillas distantes (o quizás demasiado cercanas, dependiendo del punto de vista en que nos ubiquemos), y separadas por un mar por el que transitamos. De acuerdo a la medida que nos hemos puesto hemos elegido un tiempo y un espacio en donde desplegarnos. Sabíamos también del peligro que conllevaba la aventura, pues nuevamente al decir de PLATÓN, la caída o entrada en esta «realidad» implicaría el olvido y más aun en un tiempo carente de símbolos y de sacralidad que nos permitiera, por sus pistas y sostenes, acordarnos más fácilmente de nuestro ser.

De todo esto el hombre actual ha perdido cualquier significado, aun el más remoto de todos, al haber cundido en él más que en cualquier otra época, el olvido e ignorancia metafísica acerca del por qué de esta «vida». Se trata así de recordar y por lo tanto de aprender a vivir esta existencia en su «realidad» verdadera y última, es decir como un breve instante precedido por un antes y un después de nuestra conciencia, como un antes de esta vida y un después de ella, y comprender así el por qué y el para qué estamos aquí. Henos entonces pues con el sentido esencial de nuestra Magia.

Pero la cuestión no es solamente teórica, no se trata aquí de un consuelo o de una receta. Es necesario desvestirse de toda una educación que nos ha abismado en la ignorancia, en la parcialidad de un conocimiento que es tan sólo de puras apariencias, y por lo tanto indiferente respecto de quien lo posee y carente de efectos en el que lo recibe, para volver al

sentido originario del verdadero saber: transformarse, llegar a ser una persona distinta, un renacido. He aquí la otra función eminente de la Magia. La de despertarse para después poder despertar. La de operar en sí la dimensión más profunda del propio ser: purificarse, desvestirse del hombre viejo y de las apariencias, es decir del hombre moderno y materialista y aun de sus vacuos «espiritualismos» que confunden y terminan asentando y justificando todavía más fuertemente a este hombre caduco y crepuscular, el «último hombre» que debe ser superado.

La *Magia* comprendida en tal sentido no es el equivalente a la *experiencia mística* pues no significa evadirse en un contacto personal con un ser superior, es en cambio propiamente *experiencia metafísica* en la cual desaparece la dualidad y la distancia entre la inmanencia y la trascendencia, la criatura y el Creador, el yo no permanece aquí pasivo, sino activo, no lo espera todo de Dios, sino que él mismo se convierte en Dios.

Finalmente digamos que la finalidad última de estas obras, que vamos editando en forma sucesiva, es la de brindar una ayuda doctrinaria y práctica para la meta principal de este tiempo cual es la constitución de una *Orden,* es decir, un grupo de *sobrevivientes del espíritu* en un universo que ha solidificado un conjunto de imágenes imperfectas y fragmentarias, como el gran paredón de los prisioneros de la caverna oscura, y que sean capaces de romper las sórdidas cadenas destruyendo esta ficción.

ALBUS

VI

Leo

MÁS ALLÁ DE LOS UMBRALES DEL SUEÑO

Tal como lo vive el tipo humano común, dormir es una anulación de la conciencia, una especie de muerte apenas iluminada por la ilusión de los sueños. Más aun, cuanto más el sueño es profundo y la conciencia se halla sumergida, tanto más uno se encuentra satisfecho, como si la condición ideal hubiese sido alcanzada.

Pero cuando se ha alcanzado una mayor introversión, cuando la vida interior, fortificada, se convierte en preponderante y el mundo externo deja de ser sentido como el único centro de interés, entonces se tiene vagamente el sentido de que la vida del sueño sea una continuación en vez que una interrupción brusca, periódica e incomprensible.

Es inútil buscar la explicación del misterio del sueño cuando no seamos capaces de un cambio en la orientación de la conciencia individual. El fracaso de las teorías científicas que han querido hacer frente a tal enigma se ha debido al hecho de que se quería explicarlo con los medios usados en las investigaciones de los fenómenos externos. En el cuerpo, físicamente hablando, no se ha hallado nunca ni nunca se hallará una verdadera explicación, puesto que en el cuerpo pude decirse que no acontece nada cuando se cae en el sueño: el cuerpo padece el sueño, la mutación verdadera no se encuentra en el orden de lo físico y corpóreo. Alguna cosa invisible se aleja del cuerpo y lleva consigo a la conciencia. Los fenómenos vitales ordinarios continúan, pero la vinculación de la vida psíquica con el cerebro se encuentra interrumpida.

Volviendo a conectarnos con todo lo que hasta aquí ha sido expuesto respecto del «cuerpo sutil», podemos constatar aquí una especie de desdoblamiento en el mismo. Aquí un grupo de fuerzas, que se dirige a dar forma y vida, permanece en el cuerpo físico dormido, siendo en ello diferente de un cadáver. El grupo de las fuerzas que rigen el pensamiento, al sentir, o también ante los diferentes impulsos hacia la acción, parecen alejarse para vivir una vida propia. Es así que la solución del enigma no

puede ser dada por una búsqueda material y ni siquiera por nociones teóricas, sino en vez por una conquista de la conciencia que es una ampliación y una transformación, el abrirse de la vista hacia un nuevo horizonte interior.

Tal como ya fue mencionado, el primer paso está constituído por un cambio de actitud hacia la noche y el sueño. Es necesario reaccionar contra la tendencia a abandonarse así como contra el sentido de que la noche sea el reino de la tiniebla. La noche, en vez, es un redespertar cósmico, un aflorar, un palpitar y un resonar de fuerzas espirituales, que la luz física solar supera con su violencia. Es un *sol espiritual* que surge y que nuestro cuerpo sutil va a buscar orientándose hacia el mismo. Es necesario cultivar un sentido de espera de una forma de vida inconmensurablemente más libre y extensa que la vida ordinaria de vigilia.

Es el caso aquí de prever una objeción y de responder enseguida a la misma. Se podría decir que una semejante actitud que tiende a hacer del sueño una supervigilia irá a interferir con aquello que más se le solicita al sueño, es decir el descanso y el sosiego de las fuerzas físicas. Pero no es así. Acontece más bien lo contrario: hasta desde este estadio de la experiencia, la reparación orgánica resulta más rápida y completa, como si ya se comenzara a ponerse en relación con las fuerzas reparadoras y a colaborar con ellas. Y así se resaltará que cesa aquí la necesidad de una petrificación de ocho o diez horas de las cuales uno se vuelve a despertar satisfecho y atontado; sino que en vez, tras poquísimas horas, nos volveremos a despertar espontáneamente en un estado de vivacidad, de plenitud y de frescura y con un sentido especial de libertad, de coraje y de superioridad activa ante nuestro deber cotidiano.

Tras haber cultivado por algún tiempo la actitud de la cual hemos hablado, deberemos buscar hacer otro paso adelante. Al dormirse, de un estado de conciencia al otro, hay un momento de oscurecimiento y de discontinuidad que hay que superar. Hay que lanzar un puente que conduzca desde la otra parte a nuestro Yo en su situación de plenitud en tanto ser distinto y como ante otro mundo externo más allá del de los sentidos físicos. Es necesario aprender el *arte de dormirse* [1]. Agregaremos al respecto algunos puntos particulares a lo ya dicho en un anterior artículo en el libro V.

Hay que yacer sobre la cama con la cabeza sumamente elevada. La costumbre que tiende hoy a prevalecer, de dormir con la cabeza al nivel

[1] Le corresponde a la misma el *arte de morir (ars moriendi),* no menos descuidada y perdida que la primera.

del cuerpo o casi, sino también incluso más baja, es una pésima costumbre que se basa en este error: «Cuanta más sangre hay en la cabeza, tendremos una mayor alimentación de la sustancia nerviosa». En realidad, un mayor flujo de sangre significa compresión de la sustancia nerviosa; y desde el punto de vista iniciático nosotros sabemos que la sangre es algo más que un vehículo de sustancias reparadoras ante los tejidos: la misma es un fluido que lleva consigo mucho del mundo externo, en el modo de oscuras imágenes del mismo, y puede comunicarlas al cerebro durante el sueño imprimiéndoles así una actividad desordenada e irracional. Puede llevar también aquello que hay de característico y de patológico en los órganos por los que atraviesa e influir en tal sentido en los sueños.

En vez, si la carga de la sangre no es demasiado fuerte, un cerebro oportunamente entrenado puede conservar la calma y la receptividad necesarias para recordar a la mañana las experiencias realizadas adentro del cuerpo sutil.

Así también el estómago debería estar vacío, puesto que la presión sobre el diafragma y sobre el plexo cilíaco puede molestar a los órganos correspondientes a los centros del cuerpo sutil y alterar o inhibir desde el comienzo la receptividad hacia los ritmos.

Hemos ya dicho que durante el sueño un grupo de fuerzas permanece en el cuerpo dormido. Cuando también el mismo se apartara, al sueño le sobrevendría el estado cataléptico. Así pues por el momento no se debe buscar el desapego de este grupo de fuerzas, sino hacer de modo tal que el mismo adquiera una movilidad que lo convierta en independiente y más orientado hacia el cuerpo sutil que hacia el físico. Como consecuencia le sobrevendrá una ritmización y un aflojamiento de la respiración y de la circulación sanguínea, lo cual constituye un estado extremadamente favorable a las experiencias en la vida del sueño. Es más, el grupo de las fuerzas vitales y formativas funcionará como un intermediario entre el cuerpo físico y aquello que el Yo experimenta en un modo inmaterial.

Este grupo de fuerzas en ciertas condiciones asume la autonomía de un verdadero cuerpo vital que, como ya se ha dicho, deberá tener una cierta movilidad en el cuerpo físico. Apenas el sueño comienza a sobrevenir, es el mejor momento para ejercitarse a fin de determinar esta movilidad: hay que imaginar ser capaces de *dar vuelta* alrededor de un hipotético eje del cuerpo —de la izquierda hacia la derecha— y en ese ínterin mantener una imagen o símbolo que se refiera a nuestra naturaleza espiritual, concertado con un sentido de lo divino, con un sentido de *elevación*. Se puede

tener un concepto claro en la mente y hacer el ejercicio para la movilidad en plena conciencia hacia el desapego ya iniciado, puesto que esto antes se verifica en las manos y en los brazos.

Es posible hacer un pequeño experimento para verificar tal cosa. Se tenga un objeto cualquiera en una mano que sobresale de la cama: en un determinado momento advertiremos que el mismo ha caído y sentiremos haber perdido el sentido de la posición de la misma mano. Si por un tiempo suficiente nos dormiremos con el concepto del cual hemos hablado antes, a la mañana nos despertaremos con aquel concepto $+ x$. Quiero decir que le quedará unida alguna cosa que se convertirá siempre en más diferente, y será un recuerdo, un sentido de nuestra vida cósmica nocturna.

Es necesario no tener apuro para interpretar y explicar —la claridad debe venir por sí misma, no a través de la intervención del razonamiento— sabiendo que cualquier anticipación es una deformación. Es necesario tener el ánimo totalmente libre, puesto que es posible que las revelaciones contrasten con nuestros juicios y con nuestros deseos en estado de vigilia, sea sobre uno mismo, como sobre las cosas. La crítica podrá venir después; mientras tanto nosotros debemos frenar las reacciones instintivas y la inclinación a comprender de acuerdo a los esquemas preestablecidos de nuestra mente y de nuestro sentimiento.

Naturalmente, no todo se encuentra aquí. En realidad *todas* nuestras actividades diurnas deberían ser oportunamente orientadas. Ya he dado en otras partes sugerencias al respecto, así como en lo relativo al sentido del cuerpo sutil. En aquellos que han llegado a la madurez necesaria lo restante vendrá sólo: ellos descubrirán espontáneamente otras actitudes y las aplicaciones posibles en la vida cotidiana. Junto a nuestras ocupaciones ordinarias el sentido de la *luz interior* permanecerá siempre calmo y constante.

Se tenga luego presente que para cada conquista espiritual es mortal nuestro sentido de «ipseidad corpórea» o «animal» —muy distinta del sentido verdadero del Yo— es decir el sentido que tiene de sí mismo aquel que se encuentra abocado tan sólo a atrapar todo aquello que puede satisfacer su naturaleza de ser limitado y ávido. «*Sic nos non nobis*» es la mejor divisa para la actitud a asumir. Aquel que se mira hacia atrás para contemplar lo que ha obtenido y para gozar de ello, se paraliza y petrifica —así como la bíblica esposa de Lot—, decae como Narciso, habiendo sido matado su *ser* por el amor hacia su propia *imagen*.

EA

ACERCA DE LA VISIÓN MÁGICA DE LA VIDA

El título de este escrito no debe inducir a atribuir a las ideas aquí expuestas un alcance general. Se trata más bien de «verdades» a ser asumidas en una determinada faz del desarrollo a los fines de una preliminar liberación y purificación del alma, que puede revestir esta forma sobre todo en la «vía de los guerreros», es decir, de los kshatriya, *queriendo usar aquí la terminología hindú. Una vez que el fruto de una tal disciplina sea alcanzado, varias prespectivas se pueden variar y sobrevenir el punto de vista propio de la verdadera realización trascendente.*

[N. de Ur]

La superación de sí, además de ser objeto de ritos, se vincula a una renovada y heroicizada *sensación* del mundo y de la vida, no como un abstracto concepto de la mente, sino como algo que vibra en el ritmo de la misma sangre. Es la sensación del mundo como potencia, la sensación del mundo como acto de sacrificio. Se trata de una gran libertad, teniendo a la acción como única ley. Por doquier hallamos seres hechos de fuerza y simultáneamente, una respiración cósmica, un sentido de la altura, una *aereidad.*

La acción es liberada. Es liberada en sí misma, purificada de la fiebre mental, alejada de odio y de brama. Estas verdades deben penetrar el ánimo: *no hay adónde ir, no hay nada qué pedir, nada qué esperar, nada qué temer*. El mundo es *libre*: fines y razones, «evolución», destino o providencia, todo ello es niebla, es una cosa inventada por seres que no sabían aun ir por sí mismos y precisaban de andadores y de puntos de apoyo. Ahora, serás dejado a ti mismo. Y debes arribar a sentirte un *centro de fuerzas*, hasta conocer la acción que no se determina más por éste o por aquel objeto, sino por sí misma. He aquí que ya no serás más movido: una vez desapegado

de todo, entonces te moverás. Alrededor tuyo, los objetos cesararán de ser objetos de deseo para ti: se convertirán en objetos de acción. Girando alrededor de cosas que no existen más, los impulsos de una vida irracional finalmente se extinguirán: y también caerá el sentido del esfuerzo, la manía de correr, de hacer, de arribar primero en la acción, la seriedad dolorosa y la necesidad, el sentimiento trágico y el vínculo titánico; en fin caerá la gran enfermedad: el sentido *humano* de la vida. Sobrevendrá entonces una calma superior. Justamente desde ella podrá volver a brotar la acción, una acción pura y purificadora: es la acción lista en cualquier momento y en cualquier lugar para asumir cualquier dirección; acción lábil, inaprehensible, que continuamente se reafirma más allá de sí misma, libre con respecto a sí misma, superior al vencer y al perder, al éxito como al fracaso, al egoísmo como al altruísmo, a la felicidad como a la desventura; la acción disuelta del vínculo, disuelta de la identificación, disuelta del apego.

En una tal acción podrás hallar la *purificación,* puesto que por ella el «individuo» no cuenta más y puesto que ella te conduce más allá, sea del conocimiento abstracto, como del ímpetu irracional de las fuerzas inferiores. Ya no más espectros de conceptos y de ideas, de «valores», sino *visión sin signo*, que tiene por único y directo objeto a la *realidad*. Además, tendremos justamente la acción, redespertada como una cosa *elemental*, simple e inatenuada. Una potencia de mando y una potencia de obediencia: la una, absoluta como la otra, a ser perfeccionada hasta el modo que es requerido por las evocaciones y las identificaciones, así como por aquellos instantáneos e inmateriales encuentros de «presencias», en los cuales los unos podrán ascender y desaparecer, poderosos e invisibles, y los otros precipitar en abismos corpóreos.

Pero a tal respecto aun en la misma vida común debe seguirse una disciplina apta para hacer poner de relieve la inutilidad de todo sentimentalismo y de cualquier implicación afectiva. En su lugar se encuentra la mirada lúcida y el acto adecuado. Así como en el cirujano, en lugar de compasión y de piedad, es la intervención lo que resuelve. Así como en el guerrero o en el deportista, en lugar del miedo, de la agitación irracional ante el peligro, lo que vale es la pronta determinación de todo lo que se halla en la propia capacidad de acción. Piedad, miedo, esperanza, impaciencia, ansiedad: son todos *decaimientos* del ánimo que van a alimentar poderes ocultos y vampíricos de negación. Toma la compasión por ejemplo: no remueve nada del mal ajeno, sino que hace que el mismo turbe tu alma. Si en cambio actúas, asume la persona del otro y comunícale tu

fuerza. De lo contrario, despégate. Lo mismo con el odio: odiar degrada. Si tú quieres, si la justicia lo quiere en ti, abate, arranca, sin que tu ánimo se altere. Además odiando decaes: el odio altera, impide controlar la influencia del adversario, es más, te abre a esta misma influencia: la que en cambio puedes conocer y paralizar si en vez permaneces sin reacción. Sea para el «bien» como para el «mal», debe matar la «pasión» quien quiere la *ciencia* y la *potencia* del bien y del mal. Hay que saber dar con un acto puro, con un don absoluto, no en la voluptuosidad de la simpatía o de la piedad. Hay que saber golpear sin odio. «Yo soy en los fuertes la fuerza carente de deseo y de pasión —*balam balavatâm asmi kâmarâgavivarjitam*— diciendo ello de sí mismo, una figura divina ha indicado aquella fuerza y aquella pureza, sobre la cual nada puede, ante la cual la misma ley de la acción y la reación no encuentra más apoyo» [1]. Apenas la fiebre, la fuerza oscura del instinto, del apetito y de la aversión aparten de esta centralidad, también el supremo entre los dioses nos arruina.

Desapego, silencio, soledad, ello prepara la liberación de la visión de la vida y del mundo.

Distancia entre los seres. No reconocerse en los otros; no sentirse ni superiores, ni iguales, ni inferiores a ellos. En el mundo de aquí abajo los seres están solos, sin ley, sin salvación, sin excusa, vestidos sólo con su fuerza o con su debilidad: cimas, piedras, arena. Esta es la primera liberación de la visión de la vida. Vencer la contaminación fraternalizadora, la necesidad de amar y de sentirse amados, de sentirse juntos, de sentirse iguales y mancomunados. Purifícate de todo ello. A partir de un determinado punto, no más por la sangre, no más por los afectos, no más por la patria, no más por un destino humano podrás sentirte aun unido a alguien. Tan sólo te podrás sentir unido con quien está en tu misma vía, la que no es la vía de los hombres, la que no tiene referencia con la vía de los hombres.

Y dirigiendo la mirada hacia las cosas, busca comprender la voz de lo inanimado. «¡Cómo son bellas estas libres fuerzas aun no manchadas de espíritu!» (Nietzsche). No digas: «No aun», sino «no más» manchadas de «espíritu» y como «espíritu» comprende aquí justamente lo «irreal»: todo lo que el hombre con sus sentimientos, sus pensamientos, sus miedos y sus esperanzas ha proyectado en la naturaleza para convertírsela en íntima, para hacerle hablar su misma lengua. Deja esto: y busca justamente comprender el mensaje de las cosas, allí donde aparecen como extrañas,

[1] *Bhagavad-gîta*, II, 38; II, 47-8; III, 30; VII, 11.

desnudas y mudas. allí donde ellas no tienen un alma puesto que son una cosa más grande que el «alma». Este es el primer paso para la liberación de la visión del mundo. Sobre el plano de la magia conocerás un mundo vuelto al estado libre, intensivo y esencial, en un estado en el cual la naturaleza ya no es naturaleza ni el espíritu «espíritu», en el cual no existen ni cosas, ni hombres, ni hipóstasis de «dioses», sino poderes, y la vida es una epopeya heroica en todo instante, hecha de símbolos, de iluminaciones, de mandos, de acciones rituales y de sacrificio.

En este mundo no hay más un «aquí», ni un «allá», no hay apego: todo es infinitamente igual e infinitamente diferente y la acción brota por sí misma, pura, oculta. Y el «Viento», el «Soplo» —el Soplo del «Gran Verde» hermético— lleva al todo en el sentido de un sacrificio, de una ofrenda, de un rito luminoso y maravilloso, entre zonas de una actividad calma, como el reposo más profundo y de una inmovilidad intensa, como el torbellino más vehemente.

Aquello que es «humano» se disipa aquí como un recuerdo oscuro de miseria y como el espectro de un largo íncubo. Surge el Angel, el ANTIGUO FRÍO: inmovilidad y lentitudes vertiginosas van a resolver cualquier tensión, y éste es justamente el umbral, ésta la transfiguración: y más allá de esto, el mundo de lo eterno.

Abraxa

LA SEGUNDA PREPARACIÓN DEL CADUCEO HERMÉTICO

«Créate una imagen y obsérvala. En la oscuridad acostúmbrate a ver una luz que no es más la sensible». Ya te indiqué en ello el primer secreto de la Obra. Luego, con la práctica del espejo (cap. III) te dije cómo puedes despegar plenamente del mundo físico y del espacio externo el sentido de la vista y finalmente llevarlo al acto en la luz etérea.

Este es el principio. En la vida del día aun estando despierto y en perfecta conciencia saber *no ver y ver simultáneamente* —no ver en la luz visible y ver la invisible a voluntad— es la perfección de este inicio, de la cual disponen los Adeptos.

Sabe sin embargo que el fin nuestro no es el éxtasis pasivo de quien sólo ve y percibe las manifestaciones, sino la capacidad de dirigirlas, de proyectar en ellas la propia fuerza, de crearlas y de destruirlas provocando efectos correspondientes al mundo físico y sobre los seres que lo habitan.

El segundo paso del *Opus magicum* es éste. *Segunda preparación del Caduceo hermético*; así es como lo llamamos.

Toda realización mágica implica un principio activo, seco y fijo que actúa simpáticamente sobre un principio pasivo, húmedo y volátil; es decir una «proyección» a través del vehículo de una vestimenta de fuego sulfúreo, denominada también *soplo* y *agua ardiente*. Es necesario ante todo preparar con el Arte estos dos elementos o principios en nuestra «copa filosófica» herméticamente cerrada.

Te recuerdo lo que quiere decir la «clausura hermética»: *guardia en las puertas de los sentidos* y *Silencio*. Y el Silencio iniciático no es sólo no hablar, sino no hablar *(ni siquiera consigo mismo)*, no escuchar y no leer. Desapégate mentalmente del ambiente realizando de modo tal que nada pueda y deba ofenderte: «Los injustos no llegarán a perturbar mi equilibrio».

Los magos, al afirmar luego que la «copa» debe ser de cristal terso y muy resistente, junto a la constancia tenaz quieren también indicar que

en tu conciencia, o «laboratorio», todo debe ser transparente. Debes saber ver claro y neto en ti como la luz del sol, realizar la incapacidad absoluta de una insinceridad cualquiera contigo mismo.

El principio masculino activo es siempre nuestro Oro, ☉, pero mucho más exaltado, disuelto y fijado.

Recuerda su primera preparación (cap. IV). Es un aplacar, unificar y dominar el ánimo —es el calmo y enérgico ser-superior a ti mismo— es el núcleo que en la atmósfera ebria del «alma de la tierra» sabe resistir a la pasión permaneciendo firme en el ímpetu impuro de las «Aguas». ELIPHAS LEVI (*Dogma y Ritual del Alta Magia,* pg. 280) te dice: El mago *piensa y quiere*; no ama alguna cosa por deseo y no rechaza nada por pasión. La palabra pasión designa un estado pasivo, mientras que él es siempre activo y victorioso. Un mago enamorado, celoso o perezoso es una contradicción en los términos. Lo más difícil es llegar a esta realización, puesto que cuando el mago se haya creado a sí mismo, la Gran Obra está virtualmente cumplida en su principio esencial. El «Gran Agente Mágico», mediador *natural* de la omnipotencia humana, no puede ser servido y dirigido por un principio *sobrenatural*, el cual es una voluntad independiente.

KREMMERZ agrega: crea un estado de neutralidad perfecta, de indiferencia positiva, a través del completo equilibrio de ti mismo. Hazte superior al bien y al mal, porque de tu neutralidad respecto del uno y del otro efecto depende tu estado equilibrado continuo y el poder de desarrollar todas las fuerzas sutiles y de servirte de ellas en todos los sentidos.

En cuanto a la «preparación segunda» de este Oro nuestro, tú puedes conseguirla en vía regular por consagración o investidura, o bien con el auxilio de vinagres filosóficos y aguas corrosivas, si sabes, y si eres capaz de resistirlos. Te digo que, dadas ciertas especiales condiciones, puedes ejecutarla también por medio de la crueldad y del sufrimiento.

Provoca fríamente y mantiene por un número preciso de minutos un desgarro físico: permanece de frente al mismo, luego hazte más fuerte, hasta poder hacerlo callar.

Violéntate. No hagas aquello que te gusta sino lo que te cuesta; toma siempre, como principio, la línea de mayor resistencia. Desplaza el placer natural por este o aquel objeto hacia el placer de «haber querido». En conformidad con una fórmula antigua de nuestra Tradición, que para «disolver» un «metal» está prescripto el volverlo incandescente y luego sumergirlo en el agua, excita, exalta un impulso, un instinto, una brama y luego, bruscamente, en el momento en el cual ella cree alcanzar la sa-

tisfacción, suspéndela. El ojo suprasensible «ve» entonces unos relámpagos despegarse de los centros inferiores y correr serpenteando hasta alcanzar los centros superiores de la cabeza que, absorbiendo su fuerza, se ponen a resplandecer con un temible fulgor. Poderosa y seca, esta virtud de ellos es la virtud áurea del mando absoluto y de la concepción absoluta en las realizaciones mágicas.

Baste esto para la preparación del Oro. Ahora trataré acerca del segundo principio, el cual es la fuerza astral, el ente fluídico mismo. De acuerdo a la importancia de las operaciones los magos actúan con el ente fluídico de su cuerpo, o bien con el ente fluídico de una cadena mágica, o bien con el ente fluídico que es un Espíritu de los elementos, un Poder del cosmos (ángeles, genio). Además, los procedimientos de magia sexual. Por ahora, te baste llevar la atención sobre aquello que se refiere a las operaciones de la primera clase, comprendidas las cuales, también el principio de las otras es comprendido.

El acto mágico es un acto de concreta fluidificación de la voluntad, una concepción androgínica en la cual la fuerza fluídica bajo la acción inspiradora y viril del principio solar opera como femina en la realización creativa. Te ha sido ya dicho acerca del sentido del cuerpo fluídico y cómo el mismo, en la primera composición del Caduceo, se extraiga del cuerpo físico. Pero en el modo mismo que en la segunda faz de la operación es requerida una exaltación del Oro que deberá absorber las virtudes más fuertes y secas del «Acero de los Sabios»; de igual manera es requerido para lo fluídico un régimen segundo denominado «ignificación de la luz astral».

El cuerpo fluídico en el primer estadio es 🜄 = agua destilada, denominada también «materia en lo blanco» o «lavada» y por DELLA RIVIERA (*Il Mondo magico de gli Heroi*, Milán, 1506, pág. 56): «Limpidísima agua inmóvil en su tersa y lúcida copa». Es una sensación inmaterial, luminosa, calma, suspendida y *estante*, extraída con la inmersión de la conciencia en aquello que *sub specie interioritatis* corresponde al sistema nervioso. Pero tú ahora debes empujarte hacia una unión mágica más profunda con el cuerpo físico, haciendo descender la conciencia hasta «amalgamarse» con aquello que es el sistema sanguíneo, la sangre del hombre, y así obtendrás el fluídico ☿ como «materia en rojo». Esta es el «agua de vida», el agua ardiente o sulfúrea, «puesto que arde en realidad visible e invisiblemente, activa y pasivamente»; *magnesius magnensis* en la explicación dada por el *«Gran Libro de la Naturaleza»* (pág. 117), de «polvo filosofal o de proyección hecha con la sangre humana», y *tinctura microsmi magistere* en la explicación

dada por el mismo libro (pág. 120), de «sangre humana para hacer la lámpara de vida»; *Auri aura*, como aquel viento suave que, de acuerdo a la «Tabula» de HERMES, lleva en el vientre la «heroica piedra»; «leche de virgen» que alimenta la concebida semilla solar y divina, aquello que está intacto, oculto, no agente, en el centro del centro; y por medio del mismo, menstruo o solvente universal según su virtud ígnea, el arte mágico o «heroico» es llevado al acto (véase DELLA RIVIERA, op. cit. págs. 56-61).

La «ignificación» o *rubedo* consiste por lo tanto en despertar en ☿ —o sumergir en ☿ — el fuego interno y oculto o azufre 🜍, *que reside en el corazón*; con la cual operación ☿, que es el mercurio pasivo y femenino, luz de Luna y casta desnudez de Diana, se transforma en ☿, que es el mercurio activo y creativo, en cuanto, poniendo la mente en que 🜍 = azufre se compone de △ y +, el mismo mercurio lleva consigo no sólo +, es decir la consagración del equilibrio y de la neutralidad del primer Oro nuestro, sino también △, que es la fuerza ascendente, el poder ígneo, la energía de animación y de crecimiento, dada, en el símbolo, por el varón ♈ de la parte superior de ☿ que se sustituye al lunar ♉ de ☿; poder que, astrológicamente, corresponde a ♐, es decir al Sagitario, que es justamente el ente de las *proyecciones*.

Pasando ahora del simbolismo a la práctica, tú debes retomar el rito que conduce al sentido del «cuerpo sutil», tal como te lo expuse en el cap. III, y, para el paso siguiente, elegir entre dos vías, las cuales corresponden a la *magia solar* y a la *magia isíaca*. En la magia isíaca el cuerpo fluídico quien, envolviendo como «vestimenta de poder» y «torbellino astral» la idea o el mando puesto desde el centro positivo ☉, produce la realización, es ignificado por la fuerza salvaje, turbia y ebria de una pasión: es un *demon* que actúa, que hace de ello una llama, de odio, de voluptuosidad o de destrucción. En la magia solar o alta magia opera en vez una ciencia superior y sobrehumana: con firmeza iluminada y calma, una vez asumido el estado fluídico, se te dirá aquí de *llevarte* en el corazón por medio del rito que otro ya te expuso, tras la evocación ritual del fuego; de fijarte allá y de encender, por visualización, una llama en la cual te absorberás.

La transformación que le seguirá a ello —de un estado interior «luminoso» pasas a un estado de *caloricidad activa difusa*— es el *conocimiento de* ☿. Entonces la composición del segundo elemento, que es el «fuego andrógino», se encuentra cumplida.

Como por ☿, tú fijas, es decir, tu conciencia, este estado. Luego déjalo ir, luego vuelve a evocarlo, en más secuencias, hasta sentirlo en tu poder

de tal modo de despertarlo cuando quieras. Aprende pues a graduar el ardor del mismo en modo dulce, lento, atemperado y *continuo* de modo que las humedades superfluas del Agua naturalmente e insensiblemente se disequen y la llama se eleve y baje a voluntad en el mercurio enteramente cocido. Todo depende del «régimen del fuego», te dice FILALETES (*Le fil d'Ariadne*, París, 1695, pág. 75), agregando que, «sin el fuego, la materia (= ☿) permanece inútil y el mercurio filosófico una quimera viviente tan sólo en la imaginación». KREMMERZ igualmente afirma que «el iniciado no es tal si no se adueña de la potestad de alimentar en sí un centro de actividad astral que pueda encender a su placer en su interioridad fluídica».

En este punto las condiciones para cualquier realización mágica están virtualmente presentes. ***El acto mágico es la concepción de un relámpago, es una fulmínea operación en la cual la potencia mental ☉ fija el mando o la imagen del fin y se lanza instantáneamente la fuerza fluídica ignifica/da*** ☿. Ello es llamado: PROYECCIÓN. En los más débiles, la voluntad agente es imaginativa, en los otros ella es simplemente enunciativa, decretista.

La realización es tanto más perfecta, por cuanto más exaltados, enérgicos y absolutos en la respectiva virtud de ellos se encuentran los dos principios unidos por la verga de HERMES: cuanto más calma, seca, absoluta, lúcida, gélida, definidísima es la potencia de ☉, y cuanto más ardiente impetuosa, salvaje, ebria es la potencia de ☿ fijado y proyectado por ☉. Es la conjunción del abrazo entre los dos enemigos sobre el único tálamo de la mágica alianza androgínica; es el gran misterio del Arte Regia, que a ningún profano puede serle comunicado.

Sabe de cualquier modo de estas condiciones: es necesario que tu ser sea *integrado*, es decir *uno*; es necesaria una educación cuidada del cuerpo y de la atención, y que tu voluntad sea identificada con la voluntad profunda en modo de que no haya *ningún obstáculo* y *ninguna duda* en ti. Tu cuerpo, tu ánimo y tu mente sean plenamente «mortificados», plenamente domados, plenamente aplacados: puros, tersos, sencillos, esclarecidos de escorias, maleables, obedientes, sin voluntad propia. Como si ante un experto auriga en un buen terreno se hallase listo un carro con pura sangre y él subiera a él y tomando las riendas y el rebenque lo guiara rápidamente hacia donde quiere; del mismo modo también tú debes tratar de realizar una relación análoga con tu mente, con tu ánimo y con tu cuerpo [1]. Cuando el espíri-

[1] En el caso de la magia isíaca el estado de unidad ya está presente por el hecho de que una única pasión se ha adueñado completamente de todo el ser.

tu ☉ es libre, superior a todas las parejas de opuestos, a cualquier influencia del ambiente, a cualquier afecto, temor o duda, entonces el régimen del Fuego puede desarrollar en su plenitud un mágico equilibrio de fuerzas fluídicas; y en este estado la concepción es creación, el mando es realización, en un instante, en la medida que el acto en éste sobreviene por afuera del cuerpo, del tiempo y del espacio, como un *movimiento libre* en el espacio espiritual *sin dimensiones*. Sabe, es más, que la rapidez del acto mágico es tal que a la conciencia del operador le resulta imposible las primeras veces atraparlo, de modo que éste se manifiesta simplemente en el hecho cumplido y puede no parecer como tuyo.

Ten en mente sobre todo que el éxito en magia no es nunca el resultado de un esfuerzo; que, apenas sobreviene un esfuerzo, es decir, el *sentido* de un obstáculo, la acción es detenida puesto que es reconducida bajo las condiciones materiales de los seres encarnados. La magia opera siempre en modo simple y directo, como una fuerza instantánea o una fuerza irresistible y sutil de fragancia. Es por esto que LAO-TZE dice que la virtud del *Tao* es un «actuar sin actuar»; es por esto que los Hermetistas te hablan de la Obra como de un «juego de mujeres» o de «niños» confirmando la enseñanza de la *Qabbalah*, la cual en el Arcano XI de los *Tarot* toma como símbolo de la Fuerza a una mujer que cierra e inmoviliza sin esfuerzo alguno las mandíbulas de un león furioso. Y es por esto también que hablar de «voluntad» en magia es impropio, en tanto que la voluntad concebida por los hombres está signada por los caracteres de tensión, de violencia, de rigidez, que son justamente lo opuesto de los principios de las realizaciones mágicas. Es necesario sentirse en vez superior, absolutamente sin obstáculos, poderoso y apto en espíritu, en un estado de perfecta *justicia*, como base para el calmo y resuelto poner la imagen definida cuidadosamente en todas sus partes, en la luz mental de modo de ignificar y exaltar gradualmente hasta que sientas llegar aquel estado de *simpatía* en el cual, como puro acto de espíritu, debe acontecer el rayo instantáneo de la «proyección».

El equilibrio mágico de todas las condiciones es un instante que debes saber captar sin retraso o miedo. En las operaciones dirigidas a las cosas de naturaleza, las condiciones astrológicas, el ceremonial, el tiempo, la hora, el lugar, las fórmulas, los gestos y los perfumes y todos los otros elementos a observar escrupulosamente quieren crear un nudo análogo de equilibrio y de simpatía de fuerzas invisibles humanas y naturales, que, sorprendido y fijado por la voluntad, la hacen mágicamente e irresistiblemente operante.

IAGLA

EXPERIENCIAS: LAS LEYES DE LOS ENTES

No expongo estas experiencias mías por el gusto de lo sensacional y maravilloso que pueda tener algún lector. Apunto sólo a indicar un problema que creo sumamente importante tal como éste ha surgido a partir de *hechos*; y a hacer reflexionar, a quienes quisiesen aventurarse en los dominios de la magia, sobre peligros reales y sobre las responsabilidades graves que derivan de ello. Este segundo punto ha sido ya puesto de relieve. Sin embargo no está mal insistir una vez más en él; sobre todo cuando no se hesita en exponer al público, aun con un mínimo de velos, aquello que había sido siempre reservado a restringidos círculos de elegidos.

En mi caso personal no reputo oportuno hablar de la vía que me ha conducido a tales experiencias. El carácter sumamente individual y poco metódico de la misma; el concurso de estados de ánimo muy especiales; el recurso a aquello que alguien en estas páginas ha llamado *aguas corrosivas*, es decir, a medios que en la mayor parte de los casos conducen sólo a desviación o degradación; por todo esto, quien lee estos estudios para hallar en ellos orientación y guía podría recabar de mi discurso al respecto muy poco de útil.

Agrego que aun hoy yo mismo no sé por qué me he entregado a tales prácticas. Yo no sabía casi nada de las ciencias iniciáticas. No sólo, sino los medios a los cuales recurría despertaban rechazo e intolerancia en mi organismo. Fue la voluntad la que actuó en mí. Y con la sola voluntad, con la temeridad, agregada a una cierta fuerza de desesperación, fue que me abrí el camino. Partía de un estado de disgusto completo. No me atraía más nada en la vida. Vivía en un estado de desolación, y sin embargo con todo el anhelo de un adolescente. Así fue como *quise llevarme gradualmente hasta la muerte*. Si al comienzo existió un móvil de «deseo», éste fue justamente un sentido de voluptuosidad por la disolución.

Dejo a un lado todo esto pues sé cómo muchos han atravesado por análogos estados de ánimo. Fui en consecuencia al encuentro de la muerte.

Un ambiente totalmente especial propició tal aventura, y quizás le dio una dirección, que de otro modo no habría nunca tenido. Me conduje más allá.

Con la conciencia de hoy puedo decir que el sentido del camino recorrido desde aquel entonces hasta ahora es el mismo que se encuentra dado en estas páginas. Me mantuve firme ante las fuerzas suprasensibles. Luego me reafirmé, actué.

Y ahora expongo algunos estados de la experiencia, para llegar al problema mencionado.

Existe «alguna cosa» que se encuentra en acecho ante todo avance del hombre que se libera: lista para golpearlo. Primero sobre el plano mental, así: en las primeras fases del desapego se tiene un detenimiento del proceso de cerebración. La mente es inmovilizada, como en un aturdimiento. Penetra luego un estado especial que querría denominar *estado de claridad o de evidencia*. El mismo no conoce más razonamientos, ni conceptos, ni dudas. No hay allí «problemas», sino *necesidades* profundas y vívidas de conocimiento, a las cuales le sigue el estallido de una evidencia directa, de una idea con carácter de *revelación*, de certeza perentoria, impactante, absoluta.

Bajo tales iluminaciones, el alma permanecía plenamente pasiva. Me avine a *moverla*. Entonces aconteció como una caída. Experimenté la ilusión de las evidencias de antes; vi que *todo* podía revestir tal carácter de evidencia, aun verdades opuestas, bastando para ello que el alma, en aquel estado, se lo propusiese. Fue un momento de pavor; *y yo pasé sobre el borde del abismo y de la locura*.

La «relatividad de la verdad» es un lugar común filosófico; y no por cierto me podía impresionar a mí, estudioso de filosofía. Pero entre ésta, que es una simple noción intelectual, y aquella experiencia, no puede hacerse ninguna comparación. Es el sentimiento de una carencia absoluta de tierra firme, es el sentimiento del precipicio y de un gélido y mortal aislamiento. Sentí a mi «yo» en el punto de deshacerse y disolverse en el caos ciego de la incoherencia. Me salvó entonces una especie de violencia sacrílega, el valor de una afirmación absoluta que reabrió el círculo. Volví a encontrar un apoyo: *pero el mismo fue la acción misma en lugar de la «verdad»* [1].

[1] Cuando, a diferencia de nuestro colaborador, la realización acontece en una forma imaginativa y visual en vez que emotiva-intelectual, las fases descriptas corresponden a aquellas "figuras" maravillosas, que luego se nos muestran como espectros e ilusiones.

Y he aquí que en fases más avanzadas de desapego el peligro volvió, bajo otra forma. Fue una especie de orgasmo paroxista, creciente hasta un punto-límite. Allí sentí que una descarga *tenía* que acontecer: una crisis epiléptica, o alguna cosa similar, aun peor, esperaba allí, lista. Pasé nuevamente por el filo de la navaja. La fuerza que había despertado tomó otra dirección. Lentamente se verificó algo similar a una «transfiguración»: un éxtasis, una dilatación gozosa de la conciencia. Aquel sentido de liberación, de *respiración*, no podría compararlo con nada. Encuentro una sola imagen para comparar con mi conciencia anterior y habitual: la vigilia más lúcida y cristalina contrapuesta al estado de sueño más profundo, más hipnótico, más turbio, más leteo.

Naturalmente, una vez que conocí tal estado, al repetir las experiencias supe de la vía para disolver estas situaciones críticas. Diré al respecto que psicológicamente el desenvolvimiento del fenómeno es igual al del «rebote de los efectos», de lo cual hablaré luego; y por esto me he detenido aquí.

Conocí las «presencias», conocí aquello que es, sin tener cuerpo. Pero no bajo la especie de imágenes astrales, sino en vez *intensivamente*, como sensaciones de «campos de fuerza», para usar este término muy expresivo de los físicos. Mi actitud constante de *voluntad* quizás me llevó a relaciones ensimismadoras, a *pronunciaciones* que paralizaban la visión. Supe de todos modos que truenos y tempestades no hay sólo en el mundo físico. Me hice prudente. Supe renunciar, a fin de mantenerme firme en el campo al cual paulatinamente me iba restringiendo. Y en este punto intervinieron los hechos que quiero considerar de manera particular.

Parece que en el mundo de los «entes» existe una ley de necesidad, comparable a la ley física de la acción y de la reacción. Cuando se crea una resistencia ante el vórtice de un ente, se crea la causa de un efecto; y más aun cuando se opera una acción mágica. El efecto es una reacción, es decir una fuerza del ente, que se dirige en contra de quien resiste o actúa. Si el operador sabe resistir, la fuerza se descarga en otro lado. PERO EN CUALQUIER CASO ELLA SE DESCARGA. Las «líneas de menor resistencia» entonces están constituídas por las personas agrupadas entre sí por un lazo de simpatía, o también de sangre, con quien actúa.

En cuanto al mencionado falaz "estado de evidencia" que se manifiesta en algunas experiencias extrasensoriales, si el mismo no es reconocido en su verdadera naturaleza, puede dar lugar en la vida normal a una inclinación a la *superstición*, a la *credulidad* y al *fanatismo*, además que a la falta de sentido crítico.

Es posible crear *pactos*: pagar con otra moneda. Pagar, por ejemplo, con valores de la vida física y material el grado y el poder conquistado en lo suprasensible. De aquí quizás la razón de la aflicción y de las miserias, aparentemente inexplicables, de santos y de iniciados, como también el sentido de la denominada «expiación vicaria»: remover a nivel sobrenatural males y «pecados» de otros, a condición de tomarlos en la propia persona. O viceversa.

He dicho cuáles son las líneas naturales de menor resistencia. Creo sin embargo que las mismas se cierran en tanto se domine cualquier apego y nos aislemos. Estoy seguro en efecto de que la reacción no acontece por venganza o represalia, sino por una ley natural e impersonal del mundo sutil. Cualquier lazo afectivo es como un tubo psíquico de comunicación entre dos personas, y como solución primera y más inmediata las reacciones detenidas por una van, a través del mismo, sobre otra persona. Pero la disciplina de «purificación», sobre la cual se insiste en Magia, la realización de la impasibilidad, de la neutralidad, del desapego, destruye la comunicación. ¿Hay entonces una ley que conduce las reacciones sobre otros seres predestinados, y que nosotros podemos no conocer? Lo ignoro.

No escondo que he sido sumamente impactado por estos hechos. Pero entendámosnos: soy capaz de imponer silencio, en mí y afuera de mí, a los escrúpulos moralistas relativos al «bien» y al «mal», a las manías de piedad y de compasión. Pero si el problema se presentase de otro modo; si fuera verdad que aquello que he mencionado acontece por una debilidad en mí que no conozco aun, si acontece porque no sé pedir a mi «yo» una fuerza ulterior o porque una orientación del espíritu debe ser modificada: en este caso, por un estado de dignidad interior sentiré una responsabilidad a ser asumida plenamente y sin excusas.

Es posible afirmarse en lo suprasensible. Es posible, desde allí actuar en cualquier sentido, en el «mal» como en el «bien»; es posible, en razón de una suficiente fuerza y una suficiente renuncia, sustraerse a los efectos, mantenerse de pié entre golpes que no afectan, por encima de toda ley. ¿Pero es posible también anular los efectos, suspenderlos en el vacío? ¿Es posible, en otras palabras, partir la ley de acción y de reacción de los entes?

Esto, hoy por hoy no lo sé; y estimaría como gran suerte hallar a quien supiese y quisiese decírmelo.

A tal respecto, me causó mucha impresión lo que Meyrink le hace decir a un personaje de su «Golem»: «Ud. me pregunta cómo es que, lejos como estoy de la vida, yo haya podido convertirme de un momento al otro en

asesino. El hombre es como un tubo de vidrio en el cual se agitan bolillas de múltiples colores. En la vida de casi todos la bola es una sola. Si es roja, se dice que el hombre es «malo»; si es amarilla se dice que es «bueno»; si dos bolas —una roja y una amarilla— siguen una tras otras, tenemos un carácter «inestable». Nosotros, los «mordidos por la serpiente», vivimos en nuestra vida aquello que habitualmente le acontece a la raza de toda una era: las bolillas variopintas atraviesan por el tubo de vidrio en una carrera loca, una tras otra, y, una vez terminada, nosotros nos hemos convertido en profetas, en imágenes de la divinidad». Y agrega: «Cuando actué, no tenía elección posible. Y si hubiese resistido, habría creado una causa. Cuando cometí el delito, no creé causas. Se hizo acto en vez el efecto de una causa sobre la cual no tenía más poder alguno. El Espíritu, que formó en mí al asesino, ha ejecutado sobre mí una condena a muerte; los hombres, entregándome al verdugo, hacen de modo tal que mi destino se separe de ellos: yo adquiero mi liberación».

Meyrink agrega que ésta es la «vía de la muerte» de quienes «han aceptado los granos rojos, símbolo de los poderes mágicos»; habla también de la posibilidad de no aceptarlos y, en fin, de una tercera posibilidad, de hacerlos caer al suelo: es decir de devolverlos al curso de las generaciones como poderes latentes, hasta que broten.

Reflexionando, ello no dice sin embargo nada decisivo. El problema permanece para quien no acepta la «vía de la muerte», no acepta sin embargo siquiera la de los místicos y, conformemente con la promesa de la magia, tiende a un poder puro. En este caso habría que saber, pues, si la ley de reacción es una fatalidad irremovible, de modo que de la liberación, ascenso e integración de los unos a la vía mágica le siga el sacrificio de otros [2]; o bien, si esta misma ley puede ser removida.

El problema que quería proponer es éste. Me parece uno de los máximos problemas en los estudios que nos interesan. Y sería sumamente deseable que el mismo fuera retomado por quien fuese capaz de profundizarlo sobre la base de los más vastos horizontes por él alcanzados.

[2] A tal respecto una frase de Svâmi Vivekananda me ha impactado: «La mujer de la calle y el ladrón de la prisión son Cristo que ha sido sacrificado a fin de que Uds. puedan ser personas de bien. Tal es la ley del equilibrio. Todos los ladrones y los asesinos, todos los injustos y los seres más débiles, los más malos, los más malvados, son todos mis Cristos. Yo profeso un culto por los Cristos-dioses y los Cristos-démones».

LA VÍA DE LA REALIZACIÓN SEGÚN EL BUDDHA

Introducción

Ordenaremos aquí, siguiendo principalmente la traducción de DE LORENZO-NEUMANN (ed. Laterza), algunos pasajes característicos de un texto del antiguo canon budista, el *Majhina-nikâjo*, relativos a las disciplinas que apuntan a la realización del *nirvâna*. Esperamos no tener necesidad de resaltar que el *nirvâna* no es la «nada», la aniquilación, sino uno de los nombres para el estado incondicionado, el cual, siguiendo el mismo método de la «teología negativa» occidental, es esencialmente indicado por el budismo en función de aquello que *no* es. Tal como es dicho continuamente en los textos, el estado de *nirvâna* sobreviene cuando son removidas la «manía», la brama y la «ignorancia». El mismo es idéntico al estado de *redespertar*; y «Buddha», como es sabido, no es un nombre, sino un atributo: significa justamente «el Despertado».

La adquisición del *nirvâna* se identifica con la realización de la «inmortalidad» en su significado absoluto y metafísico ya indicado. En efecto resulta de toda la enseñanza originaria del budismo que una tal realización implica el desapego total, la disolución del vínculo sea humano, como divino, sea de este mundo, como de cualquier otro mundo, sea del ser como del no-ser, si esto es comprendido como correlativo del ser. Se vincula pues a una «sede», para la cual no hay ocaso, ni devenir, ni nacimiento, ni muerte.

El budismo originario ha tenido una orientación esencialmente ascético-contemplativa. El mismo corresponde a quien no tiene interés sino por el estado desapegado de cualquier determinación, libre de cualquier condicionamiento. Es en formas sucesivas, y sobre todo en la denominada «Vía del diamante y del fulgor» (*Vajrayâna*) que el budismo llegó a asumir también una orientación «mágica», en el sentido particular dado por nosotros a este término. Si en el *Mhâyâna* (el budismo de la escuela del Norte) se superaba ya el dualismo entre *nirvâna* y *samsâra*, concibiendo al uno y al otro —es decir la existencia pura y la mundana que siempre deviene— como dos aspectos de una realidad superior a la una y a la otra, en el *Vajrayâna* el ideal supremo no es sólo la posesión del estado incondicionado, sino, juntamente con éste, de la *sakti*, de la potencia de toda manifestación.

Pero en los pasos que siguen no es cuestión de tales desarrollos. Se trata en vez de disciplinas, de actitudes y de primeras realizaciones de un desapego, susceptible, en un segundo momento, de ser utilizado sea en la dirección «ascética», como en la «mágica», siendo presupuesto por la una como por la otra en una vía regular y ordenada. Son pues indicadas:

1) Una faz de propiciación: abrirse a un sentido universal de simpatía y de no-dualidad con las cosas y los seres.

2) Una disciplina del desapego y de firme, continua, presencia en sí. Se trata de aislar y potencializar el acto puro de todo proceso conciente por su contenido. En Occidente se ha llamado apercepción a la percepción activa, particularmente conciente, que sin embargo en la experiencia común posee una parte casi obviable (percepción pasiva); es en vez en los procesos de pensamiento profundo, de imaginación creadora, etc., que ella posee un papel esencial. En el método budista se trata sobre todo de reforzar en cualquier experiencia o acto esta conciencia. Es éste el medio para aislar, finalmente, un elemento libre de todos los otros elementos de la vida y de la conciencia que se encuentran sometidos a la ley de contingencia y de mutabilidad del *samsâra*. Al existir ya en la experiencia común este elemento-base para la nueva conciencia, la apercepción, la vía iniciada es tal que, en materia de principio, quien tenga la constancia puede recorrer un buen trecho con los propios medios.

3) Le siguen manifestaciones de poderes, de fuerzas trascendentes de la personalidad, denominadas «redespertares», unidas a una extinción gradual del elemento deseo, es decir del elemento pasivo y de «ignorancia» en cada percepción.

4) En fin, son dadas las cuatro grandes contemplaciones (jhâna), las resoluciones, interiorizaciones y simplificaciones graduales de la especificación de la experiencia pura, que culminan en la Gran Liberación o nirvâna.

Se notará el estilo de las repeticiones, común a todo el antiguo canon budista. Tales repeticiones son intencionales, tienden, según lo que se ha dicho en el cap. I a conducir de la simple lectura hacia un cierto grado de ritmización de las enseñanzas.

[N. de Ur]

I

En lo interior de una selva, o bajo un gran árbol, o en un lugar solitario, el discípulo se sienta con las piernas cruzadas y el cuerpo erecto.

Permaneciendo con ánimo amoroso él irradia hacia una dirección, luego hacia una segunda, luego hacia la tercera, luego hacia la cuarta, así como también hacia lo alto y hacia lo bajo. Reconociéndose en todo por doquier, él irradia al mundo entero con ánimo amoroso, con vasto, profundo e infinito ánimo, libre de odio y de rencor.

Con ánimo compasivo —con ánimo feliz— permaneciendo con ánimo inmóvil, él irradia hacia una dirección, luego hacia una segunda, luego hacia la tercera, luego hacia la cuarta, así también como hacia lo alto y hacia lo bajo. Reconociéndose en todo por doquier, él irradia a todo el mundo con ánimo compasivo, con vasto, profundo e ilimitado ánimo, libre de odio y de rencor.

«Así es» —él comprende— «Está el noble y el vulgar, y hay una libertad, más alta de esta percepción de los sentidos».

II

El discípulo vigila cerca del cuerpo sobre el cuerpo, incansable, con clara conciencia, sensible, tras haber superado las bramas y los intereses por el mundo. Conciente él aspira, conciente el expira. Si aspira profundamente, él sabe: «Aspiro profundamente»; si aspira brevemente él sabe: «Aspiro brevemente». «Quiero aspirar sintiendo todo el cuerpo»: así él se ejercita. «Quiero expirar sintiendo todo el cuerpo»; así él se ejercita. «Quiero aspirar calmando esta combinación del cuerpo», «Quiero expirar calmando esta combinación del cuerpo»: así él se ejercita. Así, casi como un hábil tornero al tirar fuertemente, él sabe: «Yo tiro fuertemente», tirando lentamente él sabe: «Yo tiro lentamente», de la misma manera el discípulo es conciente de la aspiración larga o corta como de una aspiración larga o corta, de la expiración larga o corta como de una expiración larga o corta.

Así él vigila dentro del cuerpo interior sobre el cuerpo, así él vigila dentro del cuerpo exterior sobre el cuerpo, de adentro y de afuera él vigila dentro del cuerpo sobre el cuerpo. Observa cómo el cuerpo se forma, cómo el cuerpo se traspasa, observa cómo el cuerpo se forma y traspasa. «He aquí el cuerpo»; este conocimiento se convierte en su sostén puesto que el mismo

sirve al saber, al autoconocimiento. El permanece independiente, no bramando nada del mundo. Así él vigila al cuerpo dentro del cuerpo.

Y además: el discípulo cuando camina sabe: «Yo camino», cuando está sabe: «Yo estoy»; cuando se sienta sabe: «Yo estoy sentado»; cuando yace sabe: «Yo yazco». Cualquiera sea la postura en la cual se encuentre su cuerpo, de la misma él es conciente.

Con clara conciencia él viene y va, con clara conciencia mira y retira la mirada, con clara conciencia se inclina y se levanta, con clara conciencia lleva una vestimenta y una copa, con clara conciencia come y bebe, mastica y gusta, con clara conciencia se vacía de heces y de orina, con clara conciencia camina y permanece de pie y se sienta. se duerme y se despierta, habla y calla.

Así él vigila dentro del cuerpo interior sobre el cuerpo, así él vigila dentro del cuerpo exterior sobre el cuerpo, de adentro y de afuera él vigila dentro del cuerpo sobre el cuerpo. Observa cómo el cuerpo se forma, cómo el cuerpo se traspone, observa cómo el cuerpo se forma y se transpone, observa cómo el cuerpo se forma y se transpone. «He aquí el cuerpo». Este conocimiento se convierte en su sostén, puesto que el mismo sirve al saber, a la autoconciencia. Permanece independiente, no bramando nada del mundo, Así vigila el discípulo dentro del cuerpo sobre el cuerpo.

Y vigila el discípulo dentro de las sensaciones sobre la sensación. El sabe cuando prueba una sensación placentera:

«Yo pruebo una sensación placentera»; sabe, cuando prueba una sensación dolorosa: «Yo pruebo una sensación dolorosa»; sabe, cuando prueba una sensación que no es ni placentera ni dolorosa: «Yo pruebo una sensación que no es ni placentera ni dolorosa».

Vigila dentro del ánimo sobre el ánimo: conoce el discípulo el ánimo con brama como con brama y el ánimo sin brama como sin brama, el ánimo hastiado como ánimo hastiado y el ánimo no hastiado como ánimo no hastiado, el ánimo ilusionado como ánimo ilusionado y el ánimo sin ilusión como sin ilusión, y el ánimo recogido y el ánimo distraído, el ánimo que tiende hacia lo alto y el ánimo de bajo sentir, el ánimo noble y el ánimo vulgar, el ánimo calmo y el ánimo inquieto, el ánimo redimido y el ánimo vinculado, todo ello tal cual es, él, en tanto que con conciencia clara, él lo conoce.

«En mí hay brama». «En mí no hay brama»; él observa cuando la brama comienza a desarrollarse, observa cuando, convertida en manifiesta, ella es renegada, observa cuando la brama que reniega de lo que vendrá no

vuelve a resurgir. «En mí no hay aversión». «En mí no hay acidia». «En mí no hay soberbia». «En mí hay duda». «En mí no hay duda»: él observa cuando estos cinco impedimentos comienzan a desarrollarse, observa cuando, convertidos en manifiestos, son renegados, observa cuándo estos cinco renegados impedimentos en el futuro no vuelven más a resurgir.

«He aquí la sensación». «He aquí el ánimo». «He aquí los impedimentos»; estos conocimientos se convierten en sus sostenes, puesto que ellos sirven al saber, a la autoconciencia. El permanece, independiente, no bramando nada en el mundo. Así vigila el discípulo dentro de las sensaciones sobre la sensación, dentro del ánimo sobre el ánimo, dentro de los cinco impedimentos, en lo interno y en lo externo. Observa cómo se forman, cómo se sobrepasan, observa cómo se forman y sobrepasan.

III

Y además también el discípulo vigila dentro de los fenómenos sobre la manifestación de los siete redespertares. Cuando el saber en él está despierto, sabe: «En mí el saber está despierto»; él se da cuenta cuando el saber justamente se despierta y cuándo el saber, convertido en despierto, con el ejercicio completamente se cumple. Del recogimiento -de la fuerza -de la serenidad- de la calma- del hundimiento- de la ecuanimidad, él igualmente sabe cuando en él están despiertos, cuando en él están no despiertos, cuando, convertidos en despiertos, con el ejercicio completamente se cumplen.

Si él ahora distingue con la vista una forma, él no concibe alguna inclinación, no concibe algún interés. Puesto que brama y aversión, dañinos y nocivos pensamientos bien pronto superan a quien permanece con la vista no vigilada, él espera esta vigilancia, él mira la vista, él vigila atentamente sobre la vista.

Si él ahora oye con el oído un sonido, si él ahora huele con el olfato un perfume, si él ahora gusta con el sentido del gusto un sabor, si él ahora toca con el tacto un contacto, si él ahora se representa con el pensamiento una cosa, si él no concibe alguna inclinación, no concibe algún interés. Puesto que brama y aversión, dañinos y nocivos pensamientos muy pronto superan a quien permanece con el pensamiento no vigilado, él espera esta vigilancia, él mira el pensamiento, él vigila atentamente por sobre el pensamiento.

Con el cumplimiento de este santo freno de los sentidos él prueba una íntima e inalterada alegría.

Y él alcanza el maravilloso sendero producido por la intensidad, por la constancia y por el recogimiento de la voluntad, el maravilloso sendero producido por la intensidad, por la constancia y por el recogimiento de la fuerza, el maravilloso sendero producido por la intensidad, por la constancia y por el recogimiento del ánimo, el maravilloso sendero producido por la intensidad, por la constancia y por el recogimiento del examen, y, en quinto lugar, por el espíritu de héroe. Y este discípulo convertido así quince veces en heroico, es capaz de la liberación, es capaz del redespertar, es capaz de conseguir la incomparable seguridad.

IV

Bien alejado de bramas, bien alejado de cosas no saludables, en actitud sensible, pensante, nacida de una paz, beata serenidad, el discípulo alcanza el grado de la primera contemplación.

Tras el cumplimiento del sentir y del pensar, el discípulo alcanza la plena calma serena, la unidad del ánimo, liberada de sentir y de pensar, la beata serenidad nacida del recogimiento, el grado de la segunda contemplación.

Permaneciendo en serena paz, ecuánime, sabio, con conciencia clara, el discípulo prueba en el cuerpo aquella felicidad de la cual los Ariya[1] afirman: «El ecuánime sabio vive feliz»; así él alcanza el grado de la tercera contemplación.

Tras el rechazo de las alegrías y de los dolores, tras la aniquilación del júbilo y de las tristezas anteriores, el discípulo alcanza la no triste, no alegre, ecuánime, sabia y perfecta pureza, el grado de la cuarta contemplación.

Con tal ánimo firme, purificado, terso, esclarecido de escorias, maleable, dúctil, compacto, incorruptible, él entonces endereza el ánimo a la memoriosa cognición de anteriores formas de existencia: de una vida, luego de dos, de tres, de cuatro, de cinco vidas; de diez, de veinte, de treinta, de cua-

[1] En los textos del budismo antiguo aparece siempre el término *ariya* (sánscrito: *aryâ*), es decir "ario", "ariano". Es un eco de la antigua concepción, según la cual un tal término designaba no sólo a una casta y a una raza del cuerpo, sino sobre todo a una raza y a una superioridad del espíritu. En los textos budistas antiguos son denominados *ariya* los Buddha y sus discípulos.

renta, de cincuenta, de cien vidas, de mil, de cien mil, de épocas durante las formaciones de mundos, transformaciones de mundos, formaciones y transformaciones de mundos. «Allá era yo, tenía aquel nombre, pertenecía a aquella familia, aquel era mi estado, aquel mi oficio; tal bien y tal mal yo probé, así fue el fin de mi vida; atravesado desde allá entré yo de nuevo en la existencia». Así él se acuerda de muchas y diferentes anteriores formas de existencia, cada una con sus propias características, cada una con sus especiales relaciones [2]. Esta ciencia en las primeras horas de la noche él conquista en primer lugar, disipando la ignorancia, adquiriendo el conocimiento, disipando la tiniebla, adquiriendo la luz, mientras así, en serio, solícito y ferviente esfuerzo, él permanece.

Con tal ánimo firme, purificado, terso, simplificado, esclarecido de escorias, maleable, dúctil, compacto, incorruptible, él endereza el ánimo hacia el conocimiento del aparecerse y desaparecerse de los seres. Con el ojo celeste, esclarecido, supraterreno, él ve a los seres desaparecer y reaparecer, vulgares y nobles, bellos y no bellos, felices e infelices, él reconoce cómo los seres reaparecen siempre según las acciones. Esta ciencia en las medias horas de la noche él conquista en segundo lugar, disipando la ignorancia, adquiriendo el conocimiento, disipando la tiniebla, adquiriendo al luz, mientras así en serio, solícito y ferviente esfuerzo permanece.

Y además todavía: con completa superación de las percepciones de forma, aniquilación de las percepciones reflejas, rechazo de las percepciones múltiples, realizando el discípulo el pensamiento: «Ilimitado es el espacio», se activa en el reino del espacio ilimitado.

Tras la completa superación de la ilimitada esfera del espacio, el discípulo realizando el pensamiento: «Ilimitada es la conciencia», se activa en el reino de la conciencia ilimitada.

Tras la completa superación de la ilimitada esfera de la conciencia, el discípulo realizando el pensamiento: «Nada existe», se activa en el reino del no-ente.

Tras la completa superación de la esfera del no-ente, el discípulo se activa en el límite de las posibilidades de percepción.

[2] Se trata aquí de la consecución de la «conciencia samsârica» que sigue a la remoción del límite individual, operada por la anterior contemplación cuatripartita, No es para nada una referencia a la «reencarnación». El número hiperbólico de las vidas sirve al solo efecto de dar una mayor sugestión al conjunto.

Tras la completa superación del límite de las posibilidades de percepción, el discípulo alcanza la disolución de la perceptibilidad, y la manía del sabio vidente es destruída. Este ha enceguecido la naturaleza, ha destruído su mirada, ha desvanecido la malignidad, ha huído a la red del mundo. El va seguro, él está seguro, él se sienta seguro, yace seguro: en posesión de una interior, inviolable vacancia, él permanece afuera del dominio del daño.

Puede operar mágicamente en diferentes maneras: siendo uno se convierte en múltiple, siendo múltiple se convierte en uno, y así sucesivamente, teniendo siempre el cuerpo en su poder hasta en los mundos de *Brahmâ*. Con el oído celeste, esclarecido, sobrehumano, él capta las dos especies de sonidos: los divinos y los humanos, lo lejanos y los cercanos. Casi como un hombre fuerte repliega su brazo distendido o distiende su brazo plegado, así también él aparece y desaparece donde quiere.

El ánimo del discípulo está ahora redimido de la manía del deseo, redimido de la manía de la existencia, redimido de la manía del error. «En el liberado se encuentra la liberación», este saber surge: «Exhausta es la vida, cumplida la vida divina, operada la obra, no existe más este mundo», él comprende entonces.

Esta es así llamada la horma del Cumplido, es llamada la patada del Cumplido, es llamada la pisada del Cumplido, del Santo, del Perfecto Despertado, el Probado de sabiduría y de vida, el Bienvenido, el Conocedor del mundo, el incomparable Conductor del animal humano, el Maestro de los dioses y de los hombres, el Despertado, el Sublime [3].

[3] La ascesis budista, en todas sus partes ha sido objeto de una exposición sistemática por J. Evola, *La dottrina del risveglio*, Milán, 1965. Acerca de los desarrollos tántricos del budismo véase del mismo autor: *Lo yoga della potenza*, Roma, 1969. (Hay trad. castellana).

GLOSAS VARIAS

En este capítulo, como también en el anterior, se ha tomado postura en contra de la teoría de la *reencarnación*, y se ha indicado su lugar y sentido. Una tal teoría, si es tomada a la letra, representa un absurdo y en ningún caso corresponde a una enseñanza esotérica, sea de Oriente como de Occidente.

Muchos «espiritualistas» y teosofistas de hoy piensan sin embargo muy distinto. Ellos querrían reivindicar para la teoría de la reencarnación la dignidad de una verdad superior, apta, por lo demás, a diferencia de cualquier otra, para satisfacer a la razón porque se reputa que ésta explica el problema del mal y de la desigualdad de los hombres.

No nos proponemos hacer aquí una apologética iniciática, pero no podemos no resaltar que sostener una cosa semejante no es por cierto dar prueba de mucha agudeza crítica. En efecto, aun admitiendo que la diferencia entre los seres, junto a los males y a los bienes que ellos encuentran, sea la consecuencia de acciones por éstos cumplidas en una vida anterior, sería necesario explicar por qué en aquella vida anterior algunos seres han cumplido ciertas acciones y otros acciones diferentes. Se deberá entonces recurrir a predisposiciones, cuya causa se encontraría en el actuar en una vida aun más anterior, y así se retrocederá hasta el infinito sin explicar nada. Si en vez no se retrocede hasta el infinito, sino que nos detenemos en un determinado punto, estaremos obligados a admitir en éste ciertas diferencias originarias o la potencialidad de determinarlas, sin una causa anterior. Era entonces inútil recurrir a la reencarnación, pues aun admitiéndola, no es posible explicar sólo con ella lo que se quería.

Resaltemos también brevemente que es de nuevo falta de espíritu crítico suponer que con la ley de causa y efecto (la ley del *Karma*, que los teosofistas asocian a la de la reencarnación) se tenga una ley racional y natural de justicia que conduce mas allá de la concepción «ingenua» de un Dios personal que premia y castiga. ¿Por cuál fundamento a una determinada causa *debe*

seguirle un determinado efecto? ¿A aquella acción le deba seguir aquella reacción? O se piensa que es así porque es así, y entonces también aquí la pretensión de una explicación es ilusoria. O bien, se debe reconocer una *voluntad* superior como base de la consecución de un determinado efecto a partir de una determinada causa: cosa en más o en menos equivalente a admitir la teoría de las sanciones divinas, que se creía capaz de superar a través de la ley «natural» del *Karma* y de las acciones y reacciones.

***

Las posturas expuestas en el capítulo anterior sobre la inmortalidad podrían no llegar a ser propiamente consoladoras, puesto que la conclusión que se extraería sería la de que inmortales en sentido absoluto son sólo los iniciados; pero la iniciación es una cosa que, en especial hoy y en Occidente, se nos aparece como prácticamente inaccesible, más aun, desconocida incluso como concepto para la inmensa mayoría. Ni tampoco los «espiritualistas», narcotizados por la fe en una presunta alma inmortal, se encuentran en mejores condiciones.

¿No hay otras perspectivas? Las hay. Se puede considerar casos en los cuales toda una vida ha sido orientada hacia alguna cosa que, por decirlo así, la haya llevado más allá del simple vivir. A ello es necesario luego agregar los casos de múltiples realizaciones del espíritu realizadas en un ámbito sea de heroísmo [1], sea de sacrificio, sea, a veces, incluso de éxtasis y de exaltación. Todo esto determina en la sustancia profunda del Yo disposiciones virtuales que pueden conducir más allá de la caída de la conciencia mortal y fructificar en el debido nivel, haciendo superar la «segunda muerte» y el *Hades*. Para ello la condición general es sin embargo la de reconocer que estas formas de superación parcial, acontecidas sin una intervención iniciática específica, han tenido una cierta orientación activa y desindividualizadora, es decir que no han sucedido sobre la base de una idea por la cual se es poseído a través de un fanatismo, un instinto, una pasión; puesto que en estos casos la llama encendida por la entrega o por el sacrificio de la sustancia de vida valdría sólo para alimentar a los entes que ya han actuado a través de aquellas disposiciones del alma.

[1] Así se dice por ejemplo en la tradición islámica que quienes mueren en el *jihad*, en la "guerra santa", efectivamente no están muertos.

***

En cuanto a la enseñanza de los Misterios antiguos, recordada por «Ea», según la cual un delincuente, si es iniciado, goza en lo relativo al más allá de un destino privilegiado, mientras que también un Epaminondas o un Agesilao, si no están iniciados, poseen la misma suerte que cualquier mortal, esto, en materia de principios, es natural y no posee un carácter paradojal para quien comprenda a la iniciación como debe ser entendida, es decir como una real transformación de la naturaleza que no tiene relación en su objetividad con valores y disvalores de carácter humano.

Ello sin embargo no impide que la iniciación posea también sus condiciones. Reclama al máximo una «materia» oportunamente preparada para acogerla y desarrollar sus beneficios. Si estas condiciones nuevamente no están necesariamente ligadas a aquello que, de acuerdo a las diferentes convenciones de los hombres y las distintas situaciones históricas, es juzgado como «mérito» y «demérito», «bien» y «mal», es sin embargo posible una apreciación esotérica de los efectos sutiles objetivos de determinadas disciplinas y de determinados modos de vida a los fines de una tal preparación. Puede darse que un delincuente sea iniciable y que un hombre moralísimo no lo sea, con los efectos correspondientes. Pero para ello siempre habrá razones. Aplicado indiscriminadamente, el poder de la iniciación, o no tendría alcance, o podría actuar de manera negativa y distorsionada, o incluso destructiva sobre un sujeto no calificado.

***

La cuestión acerca de la «ley de los entes» formulada por «*Iagla*» posee un carácter complejo. De hecho, varias tradiciones parece que han profesado, en manera directa o indirecta, el principio de la ineluctabilidad de la ley de acción y de reacción. Sobre tal principio se basa por ejemplo, todo un orden de ritos ofrendatorios, los sacrificios expiatorios, con la visión muy difundida sobre la reversibilidad de la expiación (*expiación vicaria*, en donde el inocente puede expiar en lugar del culpable). En efecto, una ley semejante rige en un cierto ámbito del mundo manifestado; y se debe resaltar que (cosa significativa) la concepción-base del mismo cristianismo no parece elevarse más allá de tal ámbito. En efecto, no se entiende cuál razón habría tenido Dios en sacrificar a su hijo (dando ocasión a los hombres, entre otras cosas, de cometer una nueva y horrenda culpa) para rescatar

a los hombres mismos del pecado, en vez que simplemente perdonar y anular este pecado a través de un acto de potencia. Esto no puede entenderse sino presuponiendo una ley de remisión más fuerte que Dios mismo. Singular es al respecto que todavía se quiera oponer el cristianismo al judaísmo como «religión de la gracia» a «religión de la ley». Ahora bien, si no se presupone aquella ley, la situación aparece tan absurda como si un rey, queriendo ahorrar a un culpable (ADÁN) el castigo que merece su culpa, y agraciarlo, no lo pudiese hacer, si no es haciendo padecer aquel castigo a su hijo (CRISTO). Los Romanos no dejaron de formular tal objeción en contra de los cristianos.

Limitándonos a los aspectos *prácticos* del problema, se puede precisar lo que sigue:

Por lo que se refiere al problema individual, la necesidad de que causas creadas se «descarguen» hasta su agotamiento es generalmente reconocida. Existe sin embargo también un plano superior, con referencia al cual se dice que *«el fuego del conocimiento quema al cuerpo kármico»*, equivaliendo este cuerpo al vehículo que encierra las causas potenciales no agotadas, de las cuales se ha hablado. La cosa es evidente, puesto que el «conocimiento» equivale aquí a la realización del supremo principio, por ende a aquello mismo que condiciona y sostiene la entera concatenación de las causas.

Pasando ahora al campo mágico operativo, los efectos de rebote de los golpes detenidos intervienen necesariamente en el caso de quien —como parece que lo haya hecho *«Iagla»*— en aquel campo se aventure con acciones tan sólo interiores. En la magia ceremonial son contempladas en vez diferentes medidas para desviar oportunamente las eventuales descargas. Se sabe por lo demás del episodio evangélico con los obsesos y los cerdos; cuando una reacción tuviese que ser encaminada hacia direcciones similares, sería necesario tener una forma incluso patológica de sensitividad, ignota incluso a JESÚS, maestro de compasión, para sentir al respecto una responsabilidad.

Cuando finalmente se trata de reacciones despertadas no por intervenciones mágicas operativas, sino por la pura voluntad de mantenerse de pié y de ir adelante en la vía iniciática, es conocido un medio: *el uso iniciático del principio de no resistir al mal*[2]. Es ley natural que una reacción y un

[2] Se hace mención en el libro de MEYRINK, *El dominicano blanco*, y también en el de A. BLACKWOOD, *John Silence*. He aquí el pasaje del de BLACKWOOD: «Una fuerza

rebote acontecen cuando una fuerza halla una resistencia. Si se crea en vez una actitud interna tal de que la fuerza no halle en nosotros alguna cosa rígida, sino alguna cosa similar al aire, ella no encontrará más apoyo en sí mismo, y, cuanto más, estallará sobre sí misma. La técnica cosiste entonces en el esperar el momento en el cual es posible reafirmarse sobre la fuerza, a la cual se ha dejado abierta la puerta, y paulatinamente absorberla y transformarla en sí. A veces ello equivale a ofrecerse a sí mismos por una especie de acción ofrendatoria, recabando sin embargo de ella un efecto positivo, una elevación, una fuerza mayor.

Puede resaltarse que no distinta técnica es usada en ciertas escuelas en lo relativo a pasiones que tienden a trastocar el alma.

---

entró en mi ser, agitándolo como una hoja... Fue el punto decisivo, cuando el ente alcanzó la profundidad de su potencia. Luego lentamente, resueltamente él (el operador) volvió a ganar la superficie... Comenzó a respirar profundamente y regularmente y a absorber en sí la fuerza opuesta, *dirigiéndola a su ventaja*. Cesando de resistir y permitiendo que la corriente mortal se volcase toda adentro de él sin encontrar obstáculos, se valió de la misma fuerza provista por su adversario para acrecentar tan desmedidamente la propia... Esta alquimia espiritual él la había aprendido. Sabía que la fuerza al final es una sola y siempre la misma... que, siempre que no hubiese perdido el señorío de sí, era posible absorber aquella radiación malvada y transformarla mágicamente».

VII

Lux

INSTRUCCIONES DE MAGIA CEREMONIAL

Preliminares

Las instrucciones que hasta aquí fueron dadas, en tanto sean ejecutadas con la gran constancia que se reclama en todas las operaciones de la Ciencia Sagrada, ya son suficientes para conducir a la práctica de la Magia evocatoria, sin que haya peligro de excesivas reacciones físicas o psíquicas, que puedan ser dañinas.

El ritual que iremos exponiendo gradualmente, constituye en verdad una vía de realización que puede ser totalmente independiente de las prácticas teúrgicas ya expuestas y por ende puede ser efectuado prescindiendo de aquellas de parte de quien quiera hacerlo. Advierto sin embargo que es útil desarrollar armónicamente los dos sistemas paralelos.

Para la realización mágica es necesario tener como premisas algunas nociones particulares y algunas advertencias.

El rito, que expongo aquí, es un rito absolutamente preliminar, de preparación para más difíciles operaciones, las que serán indicadas en su momento. Debe ser ejecutado con la misma atención, de acuerdo a las instrucciones dadas, tendiendo la voluntad a la perfecta realización de los detalles aun mínimos y aparentemente insignificantes.

Advierto que éste no es un rito que se refiera a un período particular del año, sino que puede ser cumplido con tal de que se tenga como norma la de no detenerlo si antes no se ha alcanzado el resultado al cual el mismo apunta, sin un límite, máximo o mínimo, de tiempo. La única variación esencial, de la cual se hablará en su momento, es la combinación de los perfumes particularmente aptos para cada constelación.

Hago notar enseguida, a tal respecto, que las divisiones del año no corresponden en la Magia a las divisiones del año civil, sino que son calculadas astronómicamente y corresponden a la entrada y a la salida del sol en las diferentes constelaciones. Se recuerde, por lo tanto, que nuestro

año comienza el 21 de marzo, en correspondencia con la entrada del sol en Aries, y al comienzo de la primavera se despiertan transformando en superconciencia aquello que en el hombre vulgar es, por ejemplo, sueño, revelan los "arquetipos" de las diferentes especies animales, es decir los entes que dominan las distintas especies animales, los diferentes individuos de las cuales son como corpúsculos de sus "cuerpos". Tales son los llamados *animales sagrados* o *vivientes* con los que el iniciado se "casa", sellando con estas nupcias su primer cuerpo. Lo mismo se diga para los otros dos estados, en el último de los cuales.*

Sin embargo, habiendo meses en mayor o menor medida aptos, se puede aconsejar la ejecución de este rito en el último mes del otoño y en los tres meses del invierno, es decir: desde los últimos días de noviembre hasta casi todo el mes de marzo sucesivo.

El ritual es particularmente apto para una operación inicial de potenciamiento y de iluminación. Tal objetivo inmediato se concreta con la toma de contacto con inteligencias superiores[1], para tener a partir de ello una iluminación que se puede manifestar de diferentes maneras: en primer lugar por medio de la manifestación directa del Ente invocado, que aparece al operador visible y tangiblemente, que, a partir de ello, da particulares instrucciones, a ser ejecutadas *con inteligencia*, y que podrán también ser tales que él no tendrá más necesidad de otra fuente de instrucción o de conocimiento. Esto lo entiendo con un significado absolutamente totalitario, refiriéndome, sin alguna restricción, a todo lo que es actividad individual, sea en un campo de mero conocimiento, sea a lo que puede referirse a experiencias o direcciones para un desarrollo personal, sea también, como muchas veces sucede, a lo que puede tener referencia a la vida práctica y contingente de cada uno.

Otra forma de manifestación es la correspondencia inteligente con aquel a quien se invoca, realizable durante la misma invocación, o, más comunmente, durante el sueño del que invoca. Es necesario ser cautos en

(*) Debe tenerse siempre presente que estas obras, al haber sido escritas en el hemisferio norte, expresan las épocas de las estaciones en períodos diferentes de los nuestros. (*N. de la Trad.*).

[1] Es bueno recordar que en el campo de la magia ceremonial a la que se refieren las instrucciones que nos da "Lux", la práctica misma hace de modo tal que los estados metafísicos del ser asuman formas objetivas, aun personalizadas, casi como seres reales diferentes (inteligencias, ángeles, seres elementales, etc.). Experiencias de tal tipo no pueden naturalmente ser consideradas metafísicamente como definitivas.

el juicio acerca de tales manifestaciones para no crearse ilusiones o quimeras, que conducirían a peligrosas desviaciones. Es más, está bien suspender totalmente todo juicio, hasta que sobrevenga un estado en el cual no puede haber más duda alguna sobre su proveniencia. Esta conciencia de certeza no se transmite: es experimentada.

Cuando la comunicación acontece en esta forma, la dificultad mayor es recordar netamente, al despertarse y después, aquello que ha sido percibido u oído en la noche. Es decir, transportar el estado de lúcida conciencia de sueño hacia la lúcida conciencia de vigilia. Ello se cumple *fijando*, en el estado que no es ya más de sueño, las impresiones tenidas, reafirmándolas luego a medida que se proceda a despertarse.

El objetivo ulterior del ritual se vincula al problema que cada uno se ha puesto desde el comienzo y que hemos desarrollado hasta aquí en directivas aptas para dar una solución práctica —el problema del Yo— en su totalidad: por lo que se refiere a su esencia —es decir, *qué cosa es el Yo*— y por lo que se refiere a su fenomenología —esto es, *qué cosa se puede*, cómo se manifiesta su acción y cuáles reacciones ella tiene en el ambiente que lo rodea, en el cual él llega a constituirse en punto central— llega a ser llevado sobre otro plano de desarrollo, afín al seguido hasta ahora, y que verdaderamente conduce a la misma meta, al mismo cumplimiento, pero con una variación esencial de método.

Hasta aquí las instrucciones dadas se habían más que nada limitado a lo que se refiere a un desarrollo *solar* del principio agente, que, consistiendo en sí mismo, o apenas apoyándose en poquísimas cosas externas, como el perfume, desarrolla su mismo principio y lo lleva hasta la máxima igneidad.

Lo que ahora se nos propone con estas instrucciones, es partir del estado de conciencia común a la gran mayoría de las personas, comprendidas las mujeres: serán instrucciones que tienen por objeto inmediato el desarrollo, el conocimiento, la integración y finalmente la solución del principio lunar, hasta el punto en el cual acontece la conversión y la *transmutación*. Ello no quita que, si un ya afirmado ☉ viene a operar concordemente sobre este plano, no se verifique un inconveniente, sino una mayor perfección de acción, y una mayor rapidez en las distintas fases de las operaciones. La fusión de los dos sistemas es por cierto aconsejable, porque, reaccionando recíprocamente el uno sobre el otro, grandes ventajas se pueden obtener.

Se recordará (cap. I, Introducción) que como punto de partida se había formulado el problema: «¿Qué cosa soy *yo*?». Este problema no es resuelto por cualquier teoría o noción, sino en vez y solamente por una *experiencia*:

por la experiencia del *Ser* (por ende dice el Dios en *Exodo*, III, 14: «*Eièh ascer Eièh*»). El ritual conducirá justamente a vivir en modo integral esta experiencia incomunicable y absoluta, hasta un estado de evidencia directa y trascendente de todo lo que puede venir de la mente humana.

A tal respecto se habrá ya observado que estas instrucciones son expuestas, y deben ser aceptadas desde un punto de vista absolutamente práctico. No se *debe* nunca reclamar ningún por qué, ni buscar una explicación o una «razón», sino entender bien, aprender bien, ejecutar bien. Estas son las condiciones: que no se discuta esto u otra cosa.

Nosotros le enseñamos a quienes quieren nacer a la vida de los mundos superiores a efectuar los primeros pasos, a dirigirse, a conquistar el sentido de las nuevas realidades que se les manifiestan. Quien, antes del tiempo, quiere tomar la propia iniciativa, puede hacerlo, corriendo por su cuenta todo riesgo y peligro: riesgos y peligros idénticos aproximadamente a aquellos en que podría incurrir un recién nacido que, sin ninguna experiencia y sin ninguna guía, fuese dejado por sí mismo en la coyuntura de los acontecimientos naturales.

Cada forma es la apariencia de una inteligencia. Hay formas visibles y formas invisibles, formas conocidas y desconocidas.

Cada una de ellas es la realización de una fuerza equilibrada que actúa en modo particular, oculto, y que en ella se *coagula*.

Toda fuerza es inteligencia, es espíritu.

Las inteligencias se encuentran dispuestas según su jerarquía. Hay una inteligencia por cada grano de arena, una inteligencia para lo infinitamente pequeño, jerárquicamente sometida a la inteligencia del conjunto, que puede ser un órgano.

Así, por ejemplo, entre los hombres hay fuerzas elementales inteligentes que gobiernan al organismo, sometidas a una única .Esta a su vez está sujeta a la que gobierna a la familia, y a su vez también está sujeta al Numen de la ciudad, y así sucesivamente.

Entender bien todo esto, y comenzar por tener su *sentido*, es una condición esencial para la vía mágica. Los Maestros de una tal vía hablan en nombre del Supremo Jerarca, de Aquel del cual proviene toda iluminación.

Quien sigue fielmente las instrucciones que damos, seguramente un día podrá también él alcanzar alturas sublimes y recibir la corona regia.

Por lo tanto: que la experiencia sea el punto de partida y de apoyo de toda consideración. Frena el pensamiento: no expreses *nunca* tu juicio sobre aquello que no conoces perfectamente.

El hombre posee la facultad de crear, de plasmar nuevas formas, organizándolas libremente a partir de la «materia», o de los elementos que constituyen la materia; o también actuando sobre las fuerzas inteligentes que siempre la dominan; pero el significado secreto, último, sumo, está en la potencia que, a través del misterio de la «virgen», da origen y justificación a todo acto creativo.

Sabe que la palabra es una realidad viviente, que tú creas, y a la cual das un cuerpo y una vida, un ser que se libera de ti y actúa. Ella para nosotros no es sólo un sonido que sale de los labios, sino que es también el gesto, es también el pensamiento, es todo aquello que es expresado por el ser no inmóvil, no cerrado, frío, aislado. Ello es también misterio. Pero te baste para comprender cuál es tu responsabilidad constante.

En la Magia tu pensamiento, tu inteligencia, tu misma voluntad, son simples instrumentos de tu fuerza, de tu potencia que los trasciende.

Debes aprender a conocer, experimentalmente, de acuerdo al orden natural de las propias reacciones, cuál sea su constitución y cómo, por un juego de reflejos que no te explico, pero que tú mismo aprenderás a conocer, con el ejercicio de aquellas, con el uso, con el entrenamiento tenaz, continuado, constante, nunca interrumpido, a través del símbolo y la acción ritual, cómo ellas valen para potencializar, hasta un límite que trasciende toda imaginación y toda apariencia de posibilidad, el principio del cual emanan.

Te es dado el medio, el instrumento, se te dice: éstos son los principios, éstos los métodos, tú opera así.

Y tú, operando de acuerdo a las normas, conoces el resultado directo de la operación y, estudiando esto sobre la base de la ley del equilibrio de los contrarios, podrás conocer desde el efecto, aquello que lo determina.

Pero sobre esto te será dicho en forma más completa en otra parte.

Es oportuno también que te sea esclarecido aun un poco el concepto clásico del triple mundo, que es llamado por nosotros:

mundo físico
mundo espiritual
mundo divino.

El mundo físico es el mundo de la forma, el mundo contingente, en donde se realizan más densamente las fuerzas universales. Es el mundo de la materia impura y de los seres impuros: los elementares inferiores, las larvas y similares.

El mundo espiritual es por alguno designado también con el término mental. Es el reino de los espíritus que dominan y organizan la «materia». Entre éstos se encuentran también los elementales verdaderos y propios y las Inteligencias.

En el mundo divino están los Dioses, aquellos que son el origen y la determinación de los otros mundos subyacentes. Ellos son potencia libre y voluntad que perfectamente se realiza en la inmediata activación.

Podrás conocer el mundo físico observando su organización y los fenómenos y fijando las leyes exteriores que los rigen; pero de manera mejor y más perfecta lo conocerás penetrando el mundo espiritual y recorriéndolo de acuerdo a la ley de las relaciones armónicas.

Conocerás los secretos del mundo espiritual superando las barreras opuestas por el cuerpo, sea dominándolo, superándolo, a veces excluyéndolo, poniendo en relación tu inteligencia con las inteligencias que dominan aquel mundo.

Penetrarás en los arcanos del mundo divino en tanto se te exprese digno que un espíritu divino se manifieste a ti directamente y te ilumine; o «conociendo» tú mismo a los Dioses, en la medida en que tú sepas elevarte hasta ellos, conquistándote su potencia.

Recuerda que en los tres mundos domina la ley de la analogía, que es también la ley de equilibrio, y sabe que el misterio del uno puede revelar el misterio del otro, con tal de que tú sepas comprender y realizar las relaciones de «sublimación» o de «condensación», en forma adecuada con el fin que quieres alcanzar.

Sin embargo presta atención, que esta triple división, que te he enunciado, no tiene sólo un valor jerárquico. A fin de que tú puedas intuir cuál es el complejo sistema de la jerarquía de los entes, observa un instante las jerarquías de la sociedad humana y de los seres naturales, y analógicamente comprende, haciendo la relación entre ellos y el mundo invisible.

Te he hecho mención de la existencia de una ley absoluta, que es ley de equilibrio; agrego especificamente que ella no domina sólo en las operaciones del Arte, sino en toda la vida, porque es justamente en la vida que ella posee su perfecta y única realización.

El equilibrio es vida, en la vida, está en cada acto, está en cada esencia, está en cada potencia, está en cada posibilidad, está en toda realidad.

Habrás escuchado hablar por muchos de esta ley, habrás también leído mucho. Pero quizás no habrás formulado la pregunta de modo tal de poder, si no conocer, por lo menos intuir aquello que la misma representa en

nuestra práctica: a través de ésta nosotros determinamos si el agente es activo, o si lo es la reacción, o bien ambos, y, en este caso, el nuevo elemento sobre el cual actúan [2].

Quien conozca el simbolismo numérico puede intentar recabar una clave al respecto meditando sobre esta extraña receta «para fijar el mercurio», que transcribimos de un antiguo manuscrito:

«De diferentes cosas toma: 2-3 y 3-1; 1 y 3 hacen 4; 3,2 es 10; entre 3 y 4 hay 1; 1 de 3 hace 2. Entre 2 y 3 hay 10 1,1,1 y 1,2,2 y 1,1 y 1 a 2. Entonces 1-1, te he dicho todo».

Volviendo a la práctica de la realización mágica, te advierto que el resultado de una operación puede obtenerse sea por «reflexión» —y de esto te será dicho más particularmente al tratar sobre las cadenas mágicas— sea por «coagulación plástica» en la «matriz» astral organizada en modo de generar diferentes formas, las cuales, a su vez, despegándose de ésta se continúan en la forma de vida a ellos asignada, la que es doble en su esencia: la una activa, creadora, actual; la otra pasiva, generadora, plástica.

Recuerda además que en la operación es necesario determinar exactamente el fin que se quiere alcanzar. Este acto posee ya la potencia de fijar una relación determinante y eficiente entre el operador y el acto que le seguirá tras la ejecución del rito.

Es también necesario que tú tengas una conciencia, sea por experiencia adquirida, sea por un concepto ya bien determinado en ti, del X con el cual quieres ponerte en relación, sobre el cual quieres actuar para alcanzar tu fin. Y en fin: actuar adecuadamente, en las formas ritualmente prescriptas.

La práctica experimental te enseñará, de a poco, cuál grado de intensidad de concentración, o de «proyección» sea oportuno para cada fin.

Ten siempre presente que a cada acción le corresponde una reacción de similar intensidad que restablece el equilibrio, el cual no es inmovilidad, sino sucesivo desplazamiento, sobre planos infinitos de fuerzas.

Sabe entender esto, sabe realizar con sabia prudencia y gradualmente hasta lo sumo. Sabe que un error tuyo puede ocasionarte a ti o a otros serias consecuencias.

[2] Se puede indicar la analogía entre aquello que en magia y en el orden de la interioridad agente, es la «ley de equilibrio» y aquello que en la física modernísima es aquella «ley de simetría» que en el orden de las constataciones fenoménicas ha sustituido al principio de causalidad y al de razón suficiente. La «razón suficiente» de un fenómeno se la reduce hoy a una asimetría, así como en el otro campo la intervención de un ente; o de una influencia en una operación, es una alteración o transformación del equilibrio o neutralidad interior en el curso de la misma operación.

EL RITUAL

[Tiempo] - Este rito de preparación para operaciones mayores, y de iluminación, puede ser cumplido en cualquier período del año y debe ser buscado hasta que la realización del mismo sea suficiente y adecuada para ulteriores ritos.

Es sin embargo oportuno, como ya he dicho, cumplir el rito en el invierno y en el último mes del otoño que lo precede, es decir desde los últimos días de noviembre hasta el 20 de marzo sucesivo. En los períodos de luna creciente será ejecutado completamente; en luna poniente se tendrá simplemente cuidado de mantener encendida la lámpara y de quemar los perfumes, como será indicado. Por lo que se refiere a las mujeres ellas, en el período menstrual, y en los tres días que lo preceden y que le siguen, no cumplirán el rito, ni entrarán en la pieza. Dirán a la mañana y a la tarde, tras las abluciones, la oración de la purificación.

[Alimento] — Podrás comer sólo vegetales, leche y derivados. Abstenerse del alcohol y de excitantes en general. Está concedido sólo un poco de leche o de café. Castidad absoluta, de cuerpo y de espíritu.

Si te es posible reducir la alimentación al mínimo, hasta casi suprimirla, y sustituirla con la alimentación astral, de la cual te he hablado en otra parte, recabarás de ello un gran beneficio.

Es oportuno beber mucha agua.

[Distribución del tiempo] — Levántate a la mañana, antes del surgir del sol, y sumérgete en agua corriente; luego endosa el hábito del rito, el que cumplirás inmediatamente. Hecho esto, atiende tus asuntos, hasta el ocaso, cuando, tras haber renovado la ablución, cumplirás el rito, para luego acostarte. Es bueno que sea corrida la hora de las comidas: desayuno entre las 10 y las 11, almuerzo entre las 16 y 17.

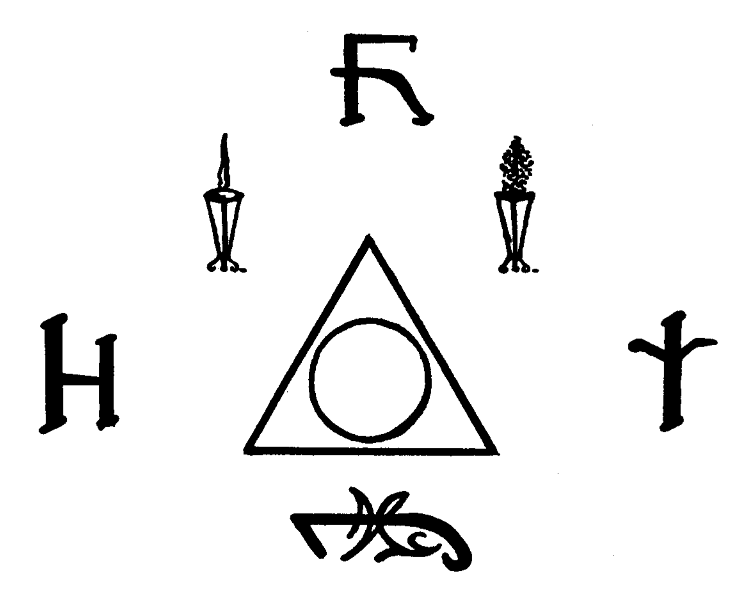
[Vestimenta] — Ten una vestimenta blanquísima, de puro lino, amplia, la cual adecuarás a la cintura con una faja también de lino. Calzado de la misma tela. Al vestirte, tras la ablución, di la oración adecuada, la que te comunicaré seguidamente.

[La pieza] — Procúrate un local amplio, posiblemente subterráneo, el que tendrás exclusivamente acondicionado para los ritos. Las paredes serán

pintadas a la cal, de color blanco, o rojo, o violeta, o celeste. El piso que sea limpiado con agua corriente. Que la pieza sea cuadrada, o redonda, que no tenga el ingreso hacia el oriente, y con precisa indicación de los puntos cardinales.

[El bracero y la lámpara] — Procúrate un trípode, alto alrededor de un metro, en el cual encenderás un fuego de madero de pino y de laurel y quemarás perfumes aptos según las leyes de los días y de las constelaciones, como ya te he indicado en otra parte. Tendrás también otro trípode, que será cerrado en lo alto, en forma ovalada, como un orificio por donde pasará un candil. En lo interior pondrás aceite virgen de oliva.

La lámpara deberá arder ininterrumpidamente durante el período de las operaciones.



[De la operación] — Tras haber cumplido la ablución, y haberte revestido con el hábito de lino, entra en la pieza, enciende el fuego y la lámpara, quema algunos perfumes.

Luego traza en el centro, con «oro» [3], un triángulo equilátero, con el vértice dirigido hacia oriente, e inscríbele un círculo. Traza luego hacia el oriente, hacia occidente, a septentrión y al meridión, en este orden, los signos indicados en la tabla. Y hacia el oriente, a derecha, pon el trípode; a la izquierda la lámpara inextinguible.

Ponte en el círculo, dirigido hacia el levante, quema otro perfume, concéntrate en el espíritu y di en voz clara la invocación al arcángel solar, que hallarás en los *«Elementos Mágicos»* de PEDRO ALBANO.

Daré a continuación otras instrucciones. El que quiera mientras tanto puede comenzar con esto. [4]

[3] Los signos pueden ser trazados con la punta de una espada magnéticamente consagrada, o con agua o carbón o aceite «magnetizados», o simplemente con el pulgar o con el índice de la diestra con «oro», es decir con la mente fijada en el principio solar de modo que a los mismos se vincule la adecuada «dirección de eficacia». En cuanto a la efectiva tintura de oro, véase la receta y el rito de composición, por ejemplo, en el *Enchyridion de León III* (Milán, 1924, págs. 95-7).

[4] Para quien quisiese intentar experiencias en lo relativo a signos y fórmulas, puede eventualmente usar también otras que se encuentran en antiguas obras, partiendo de AGRIPA.

EA

LA DOCTRINA DEL «CUERPO INMORTAL»

La enseñanza iniciática acerca de la inmortalidad no se encuentra privada de relación con la doctrina del *triple cuerpo*, que queremos tratar brevemente aquí.

En primer término se debe resaltar que la palabra «cuerpo» es usada analógicamente para designar «sedes» que la conciencia puede asumir de acuerdo a una posibilidad que sin embargo trasciende a la de la gran mayoría de los hombres. Por tal causa es de destacar aquí que tal doctrina, como cualquier otra del esoterismo, posee una verdad tan sólo en el ámbito iniciático. Hablar de ella en relación con el hombre común no posee ningún sentido: para éste no existen ni los tres, ni los siete, ni los nueve «cuerpos», ni cuantos otros ame imaginar el teosofismo, sino que existe simplemente su estado humano de conciencia condicionado por la correlación con el organismo físico.

Pero digamos más: el hombre ve este organismo, lo palpa, lo describe, tiene de él sensaciones y realizaciones, etc.; pero en realidad él no *conoce* (en el sentido nuestro de «conocer») de éste prácticamente nada. Así como a alguien se le escapa el poder por el cual, ante su mando, un brazo se mueve (y de ello él se da cuenta sea en el caso de una semiparálisis o de una molestia nerviosa), del mismo modo se le escapa aquel por el cual el corazón late. Así pues para él el cuerpo es en grandísma parte una incógnita, una entidad enigmática en la cual misteriosamente se despierta y al cual se encuentra vinculado.

Quien en vez encontrara la vía para llevar una luz en esta zona profunda y misteriosa, éste se encaminaría al mismo tiempo hacia el «conocimiento» de los diferentes cuerpos, del cual habla el esoterismo. Los cuales, podemos ya decirlo desde ahora, no son *otros* cuerpos, sino más bien otros *modos* de vivir aquello que se manifiesta sensorialmente como cuerpo visible. Y son otras tantas fases de la Obra.

Hemos mostrado (cap. V) que la efectiva inmortalidad tiene por condición

una conciencia llegada a aislarse y a mantenerse afuera del apoyo y de la condición del organismo psico-físico. Quien ha llegado a tanto está virtualmente «afuera de las aguas», y el venir a menos del cuerpo, aun ligándose ello a una crisis, se convierte para él en un hecho de relativa importancia. Se ha también hablado de la posibilidad en este punto de dirigirse hacia la Gran Liberación. La vía para ello es la de desvincularse de todas las determinaciones reales, de todas las determinaciones posibles, de despojo en despojo, de desnudez en desnudez, hasta que, cayendo definitivamente el involucramiento hacia las cosas por una absoluta integracion en la «ipseidad», la fórmula «*ego sum*» es superada, el «*sum*» se disuelve y se resuelve en el «*est*». Tal es el punto de la «Identidad Suprema» en el *nirvâna* budista, del «Uno» plotiniano: «vacío como un vaso en el aire —lleno como un vaso en el océano», se dice en el *Hatha Yoga*.

Aparte de ello existe la posibilidad *mágica* de quien, una vez realizado el desapego, retoma contacto con el mundo manifestado e intenta asumir y adueñarse plenamente, en todos los elementos y los procesos, de la forma que le había antes servido de base para su vida de hombre. La acción se conduce aquí sobre aquello que, en tal punto, se podría bien llamar el cadáver; de allí que en la tradición extremo-oriental se utiliza la expresión «solución del cadáver» para la Obra. Pero, en virtud de las relaciones esenciales que vinculan el macrocosmos con el microcosmos, una tal acción, de hecho, se conduce sobre las jerarquías que mandan a los varios elementos de la naturaleza en general.

Como punto de partida debe nuevamente hacerse presente que la *individualidad* de la gran parte de los hombres es una ficción; su misma unidad es la ficticia y precaria de un simple agregado de fuerzas y de influencias, que de ninguna manera ellos pueden considerar como propias. Ya este punto fue esclarecido por *Abraxa* (cap. I).

Las fuerzas de las cuales el hombre depende son en primer lugar de orden orgánico, en segundo lugar de orden psíquico. A las segundas se vincula todo aquello que posee relación con pasiones, sentimientos, creencias, afectos naturales, tradiciones, vínculos de sangre, y así sucesivamente. El hombre común no debería nunca decir: «Yo amo», sino en vez: «El amor ama en mí». Así como el fuego se manifiesta en las diferentes llamas cuando las condiciones necesarias están presentes para ello, del mismo modo el amor —para decirlo mejor: el *ente* del amor— se manifiesta en los diferentes seres que aman al modo de una cosa que trasciende y transporta y respecto de la cual ellos son en mayor o menor medida pasivos. Puede lo mismo

decirse respecto del odio, el miedo, la piedad, etc.. Además toda nación, religión, o institución tradicional posee su «ente», y la reacción instintiva y profunda ante un insulto a la patria, a la fe, a la costumbre, es la reacción de tales entes, y muy poco, tal como habitualmente se cree, una reacción *individual*, la reacción propia de un Yo diferente y autónomo.

Y aun en menor grado se es uno mismo descendiendo en las profundidades del ser orgánico: sistema sanguíneo, endocrino, nervioso; sueño, hambre, etc. Todo ello en los distintos sujetos representa un elemento trascendente y colectivo, del cual es demasiado evidente que otro, en vez que el Yo singular, es el principio activo y director. El Yo se apoya en todo esto y no *es*, ni domina todo esto. Es así como su vida individual es una ilusión que perdura hasta que el contingente nudo de equilibrio que hace relativamente estable y uno su ser psico-físico no se disuelva, y las diferentes fuerzas agregadas no sean reabsorbidas en los respectivos «entes». Los cuales, pues, no es que estén en algún lugar inverosímil: ellos están presentes en los pensamientos, en las acciones, en las pasiones, en las creaciones, en las mismas funciones y en los mismos órganos corporales de los hombres. Ellos compenetran invisiblemente y dirigen gran parte de lo que se denomina vida ordinaria.

Por ello quien quiere comenzar a vivir, debe antes morir, despegándose de un semejante entrecruzamiento de influencias y de dependencias y haciendo suyo el principio de una vida que es por sí misma. La «muerte iniciática», de la cual se ha hablado, constituye al hombre en el primer elemento de esta nueva vida contra la cual la muerte no podrá nada. Pero si la inmortalidad no debe sólo ser la dilatación de la conciencia, si esta conciencia pretende en vez articularse en formas de acción y de expresión apropiadas al uno y al otro plano, entonces es necesario que este elemento libre y sobrenatural vaya a comunicar su cualidad a los diferentes principios y a la diferentes fuerzas presentes en el compuesto humano. Tal es en esencia la teoría del cuerpo mágico, o cuerpo de resurrección. Se trata efectivamente de crearse de nuevo el cuerpo, de recorrer todo el místico y oscuro proceso por el que el mismo se organizó, o para decirlo mejor, por el que fue organizado, y luego prestado a un Yo; pero de recorrerlo desde lo alto del principio que ha vencido la muerte y que es por sí mismo. Los estadios sucesivos de este proceso están constituidos por la toma de relación con los diferentes entes, antes psíquicos, luego cósmicos (dioses), que tienen el señorío sobre los seres humanos y que actúan en sus cuerpos y en sus mentes; sobre los cuales entes el iniciado, en este orden

de operaciones, debe reafirmar su propia autonomía, plegando bajo sí aquellas fuerzas propias que eran su presencia en el organismo. La «vestimenta de gloria», de los Gnósticos en lugar de la «forma de servidumbre», sería la consagración última de quien atraviesa victoriosamente la serie de estas pruebas, emancipándose tan plenamente de las esferas del «Hado» y del dominio de los diferentes «Regentes» y «Arcontes».

El cuerpo inmortal es en primer término un cuerpo simple, no compuesto, en la medida en que simple es el principio que lo invade y lo domina plenamente, en sustitución de la multitud, muchas veces antagónica, de las influencias y de los poderes que dominaban el ánimo y el cuerpo humano.

Este, puede decirse, *es un hecho de conciencia y de potencia, y no más de materia*. En efecto es propio de la enseñanza tradicional el considerar a la materia no como un principio distinto, coexistente con el espíritu. Ella es simplemente aquello que hay de inerte, de pasivo y de inconciente en el espíritu; como tal, ella puede ser siempre «resuelta» o «reducida», y éste es precisamente el caso del «cuerpo mágico». Para ayudarnos con una analogía, se piense en aquello que acontece en los denominados «reflejos ideomotores»: si nos disponemos en un estado de completo relajamiento y se crea una vívida y fija imagen de la elevación del propio brazo, nos encontraremos efectivamente con el brazo alzado, en virtud de un poder directo suscitado por la imagen, sin que se haya actuado por esfuerzo de enervación. *Se conciba ahora algo similar para todo el cuerpo*: o sea que todo el cuerpo, en la intimidad de sus fibras, en todos sus órganos, funciones y movimientos, sea asumido en la mente por medio de una imagen absoluta y radiante. El cuerpo entonces no existiría más como cuerpo: por su sustancia y base tendría únicamente esta mágica imagen: sería un cuerpo recto, movido y vivificado por la mente. Sus órganos se resolverían en símbolos e ideas plasmadoras, que son las «signaturas» astrales o «nombres» de los entes a los cuales corresponden. De allí la denominación de *manomayakâya* (cuerpo hecho de mente) dada en Oriente al «cuerpo inmortal», denominado también *mâyâvî-rûpa*, es decir, forma aparente.

La razón de esa expresión es clara. En este punto en efecto es el cuerpo el que va a apoyarse sobre el Yo, y no más el Yo sobre el cuerpo. Si el Yo por un instante pudiese venir a menos, también se derrumbaría el cuerpo. El Yo ahora lo ha tomado sobre sí y sostiene y manda, a través de la potencia de la propia mente, todo su peso así como para la conciencia ordinaria acontece con un pensamiento común. *Retirar de él la imagen, dejar de pensarlo, significaría pues hacerlo desaparecer, sin el residuo*

de un cadáver (operación conocida en el Taoísmo con el término de *s'i-kiai* = solución del cadáver).

En este capítulo se dice acerca del símbolo de la «Sal» que el hermetismo designa habitualmente como el cuerpo, el elemento corpóreo. La Sal es lo fijo, es el elemento «necesidad», la cualidad de aquello que *resiste* al «Fuego» y que no se puede cambiar. Prisión del Azufre durmiente, el «redespertar» de éste produce sin embargo una virtud, que reacciona sobre el mismo y puede reducirlo, resolverlo en estado volátil, en un modo de ser al que le sean propios los caracteres de *libertad* y de *transformación del aire*. Del mismo modo, la «Vestimenta de gloria» de los Gnósticos era identificada con el *«cuerpo de libertad»* (término retomado por San Pablo), y su correspondencia en el budismo mahâyânico es el *nirmanakâya*, que puede traducirse justamente por «cuerpo de las transformaciones». En otras palabras, el cuerpo regenerado, más que un cuerpo es un poder, o, para decirlo mejor, es el cuerpo en *estado de poder*: el mismo coincide con la libre posibilidad de manifestarse de un cuerpo, y no necesariamente en éste y no en otro, o bien sólo sobre el plano terrestre. La facultad de la palabra es *mía*, en cuanto puedo plasmarla y manifestarla como quiero, o también suspenderla en el silencio. En esta misma relación, el adepto que se ha dedicado a estas aplicaciones llega a encontrarse con el propio cuerpo: él hace de él lo que quiere, puede proyectarlo en una forma o bien en otra, hacerlo aparecer o desaparecer sin que él mismo cambie en semejantes transformaciones. Por lo cual se encuentra en la misteriosofía helénica la expresión: *seminarium* para el cuerpo mágico: por el hecho pues de que éste no es un cuerpo particular y *fijo*, sino más bien la posibilidad activa, la *semilla* para infinitos cuerpos susceptibles, a nivel de principio, de ser formados y «proyectados» por la sustancia mental, a través de una adecuada transformación.

Ello no debe sin embargo hacernos pensar que el cuerpo mágico, puesto que es *aparente (mâyâvî-rûpa)*, sea *irreal*. Todo lo que se ha dicho no se refiere a las cualidades físicamente constatables de tal cuerpo que, bajo este aspecto, en una particular aparición suya, podrá resultar igual a un cuerpo humano mortal cualquiera; sino que se refiere sólo a la función, transformada de pasiva en activa, de necesaria en libre, según la cual el conjunto de tales cualidades se encuentra respecto del poder central. El hecho de que una cosa sea reducida a mi poder no la hace para nada irreal, sino en vez supremamente real. Un cuerpo en el cual no hay más «materia» y que por ende es «aparente» o «mental», significa simplemente un cuerpo

en el cual no hay más nada que *resista* al espíritu y que esté simplemente «dado» al espíritu; que por lo tanto sea un acto perfecto. La transformación no es material, sino *sustancial*, en el sentido en el cual este término es usado en teología cuando se sostiene, acerca de la eucaristía, la identidad y conservación de atributos sensibles en la partícula, y sin embargo ha habido una transformación esencial. Es justamente una *transubstanciación* [1].

El cuerpo mágico es invulnerable e inmortal, subyaciendo a alteración y a corrupción sólo aquello que es compuesto y dependiente [2]. A él le corresponde el término de *vâjra*, es decir, «diamante-fulgor», casi como una cosa adamantina, incorruptible, y hecha de potencia y de luz fulmínea. El «cuerpo ígneo» o «radiante», en el neoplatonismo posee el mismo significado y remite a una doctrina análoga.

En fin, *pensar* en un lugar, *ser*, de presencia real, efectiva, en aquel lugar, es una virtud no milagrosa, sino natural para un cuerpo reabsorbido en la mente (o de aquello que del mismo ha sido reabsorbido en la mente), para un cuerpo sostenido únicamente por su propia imagen. El mismo está allí donde la mente está.

Con respecto a los particulares, el «cuerpo inmortal» ha sido también llamado «triple cuerpo», y, quien lo lleva, el «Señor de los Tres Mundos». Técnicamente el punto de partida es el estado de «desnudez» realizado a través de la muerte iniciática y transferido de los estados extracorporales al estado terreno del iniciado.

[1] El hermetismo alquímico conocía el dicho: "*Transmutemini de lapidibus mortuis in vivos lapides philosophicos*" ("De piedras muertas, transmútense en vivas piedras filosofales"), siendo aquí la piedra un símbolo recurrente para el cuerpo: en *Theatr. Chem.*, 1602, I, pág. 267). PEDRO BONO alquimista (en *Margarita pretiosa* en MANGET, II, págs. 29 y sig.) dice: "Los antiguos alquimistas por su arte supieron acerca de la llegada del fin del mundo y de la resurrección de los muertos. Puesto que el alma [a través de la obra hermética] es nuevamente vinculada, en lo eterno, a su cuerpo originario. El cuerpo se convierte totalmente en glorificado e incorruptible y de una sutileza casi increíble, compenetrando toda densidad. Su naturaleza será tan espiritual como corporal. Los antiguos filósofos (hermetistas) *han visto el Juicio Universal en este Arte*, es decir en la germinación y en el nacimiento de su piedra, puesto que en ella se realiza la reunión del alma a glorificar con su cuerpo originario en una eterna gloria".

[2] HIPÓCRATES escribió: «Si el hombre fuese *uno* no estaría nunca enfermo» y «No se puede concebir causa de enfermedad en aquello que es *uno*». Y DE MAISTRE, citando estas sentencias (*Sur les sacrifices*, 1924, II, 288) agrega justamente: «Una tal máxima luminosa no posee un valor menor en el mundo moral».

La primera operación entonces es pasar a una relación directa con aquello de lo cual el mundo de los pensamientos, de las representaciones y de las mismas emociones constituye un simple y atenuado reflejo particularizado. A tal respecto es necesario proceder a la «extracción del mercurio», que en primer lugar es la realización del estado «sutil» o «fluídico», el cual opera justamente como mediador entre los dos mundos, entre el de la exterioridad sensible y el de la inmanencia *solar*. Por medio de este estado es posible tomar contacto con fuerzas profundas encadenadas en el organismo; en forma sucesiva en el sistema sanguíneo, en el sistema glandular, en el sistema reproductivo, y que tiene esta doble correspondencia: 1) reino animal, reino vegetal, reino mineral; 2) estado de ensueño, estado de sueño, estado de muerte aparente.

Para esclarecer esta correspondencia recordaremos la enseñanza de que los símbolos o «nombres» que se despiertan transformando en superconciencia aquello que en el hombre vulgar es, por ejemplo, sueño, revelan los "arquetipos" de las diferentes especies animales, es decir los entes que dominan las distintas especies animales, los diferentes individuos de las cuales son como corpúsculos de sus "cuerpos". Tales son los llamados *animales sagrados* o *vivientes* con los que el iniciado se "casa", sellando con estas nupcias su primer cuerpo. Lo mismo se diga para los otros dos estados, en el último de los cuales

viene al acto la forma creativa originaria, o dragón (aquel que el *Sepher Jetsira'* ubica en el «centro del universo, como un Rey en su trono»), o Fuego Sagrado, «*Ur*», *kundalinî*. Llevada sobre varios «centros», ella da en acto la jerarquía septenaria (los siete planetas, los siete ángeles, etc.) y ello significa extender la «resurrección mágica de la carne» al plano trascendental y por ende convertirla en absoluta.

Entonces ella retoma, en primer lugar, el mundo de las formas y de los seres finitos sujetos a generación y corrupción, es decir el mundo *causado* o *naturado* y, en correspondencia, para usar la terminología mahâyânica, hace resplandecer el *nirmânakâya*, el cuerpo mágico o aparente, capaz de transformación, y de apropiada acción; retoma, en segundo lugar, el mundo intermedio de los «elementos elementalizadores», de aquello que tiene forma y no tiene forma, del «sonido espiritual» y, en correspondencia, es la esencia hecha de plenitud, de libre goce, de radiación del *sambhogakâya*, «cuerpo» invisible, puramente intelectual; retoma, en tercer lugar, el mundo hecho de iluminación y de «vacío», que es y no es a un mismo tiempo, incontaminado, trascendente, y, en correspondencia, da en acto el

dharmakâya, el «cuerpo» supremo asociado al *Vajra-dhâra*, al «Señor del Centro», inconcebible, denominado también *svabhâvakhâya*, es decir puro modo de lo que está en sí mismo [3].

Pero este cuerpo uno y triple es el mismo «cuerpo inmortal» del «Señor de los Tres Mundos».

[3] Acerca de la doctrina mahâyânica del *trikâya* o «triple cuerpo», véase a L. D LA VALLÉ POUSSIN, *Studies in buddhist Dogma* en *Journal of the Asiatic Society*, 1906, pg. 943 y sig.; P. MASSON-OURSEL, *Le trois corps du Bouddha,* en *Journal Asiat.,* mayo 1913; G.R.S. MEAD, en The Theosophical Review, v. 39, págs. 289 y sig..

DE PHARMACO CATHOLICO

Consule te ipsum, noscas temet, et ambula ab intra.

«No sin alguna hesitación dejamos a los lectores en la dificultad de un texto original del hermetismo alquímico.

A ellos no hay necesidad de decirles que la «alquimia» de la cual aquí se trata no fue para nada una química infantil y supersticiosa, sino la exposición cifrada de una enseñanza iniciática. En la **Exposición** de GEBER PHILOSOPHO hecha por MESTER JUAN BRACCESO (Venecia, 1551, f. 77b) se advierte: «No te dejes engañar, y no creas en la simple palabra de los Filósofos en esta ciencia, puesto que allí donde han hablado más abiertamente, en realidad lo han hecho en forma más oscura, esto es, por enigma, o bien por semejanza». Así el lector debe tener como principio que cada una de las sustancias (sal, azufre, nitrógeno, etc.), de la cual se hablará, son también símbolos relativos a estados de conciencia y fuerzas fluídicas, y que las operaciones indican ante todo las transformaciones que deben ejecutarse para la realización iniciática.

Toda la dificultad se encuentra en interpretar el simbolismo; y ello sea porque el mismo en la alquimia no da un momento de descanso y es tan complejo y variado, sea porque reclama un verdadero y propio poder sutil de intuición. En las notas esclareceremos los puntos más importantes. Pero el lector haría bien a tal respecto en recurrir a los precedentes escritos de ABRAXA, LUX y P. NEGRI, y también, siguiendo con la recomendación del Autor, en volver a leer el texto más de una vez siempre con más paciencia e inteligencia. Puede también ayudarse con la obra de J. EVOLA: «La tradición hermética» (hay trad. española), *en donde el simbolismo hermético-alquímico es sistemáticamente explicado.*

Lo que aquí publicamos no es la totalidad del PHARMACO CATHOLICO, sino una síntesis del mismo hecha por el mismo Autor anónimo, la cual ocupa las páginas 62-73 de la edición original del CHYMICA VANNUS, impresa en Amsterdam en 1666.

Esta es la primera traducción directa del latín, efectuada por un competente amigo que asume el pseudónimo de TIKAIPÔS.

[N. de Ur]

Sabe ante todo que toda cosa fue formada y hecha por tres esencias, en cuerpo análogo y similar por astral impresión y elemental operación. Los elementos se reencuentran en los metales —y no los metales en los elementos— en cuanto la semilla de los metales no está situada tan lejos como ciertos sabihondos se lo han imaginado [1]. Y si bien los elementos, en la formación de cualquier cuerpo tengan que cooperar juntos, no son todavía sin embargo la Materia Prima filosofal, es decir aquella Semilla Astral. Son sin embargo causa de generación y de corrupción, y corrupción de una cosa es generación de otra.

Opinan los antiguos filósofos que toda cosa debe haber sido procreada por odio o por amor —es decir, por atracción o repulsión *(idest ex sympathia et antipathia)*— como por dos cualidades que en los Elementos se contrasten mutuamente, al cumplir aquella operación, por influjo celeste o por específica impresión astral: y así sucesivamente. Ahora bien, en cada mineral o metal están incorporados los Elementos, y ellos poseen las precisas cualidades. Y las contrarias cualidades por las cuales se concibe y nace toda cosa existente son sólo dos; caliente-seco es el Fuego, y es Agua el frío-húmedo elemento opuesto a él; caliente-húmedo es el Aire, y es su opuesto elemento la seca-fría Tierra [2]; y no siendo hallable ningún cuerpo afuera de estos cuatro Elementos —y estando éstos incorporados en todas las cosas que existen—

[1] El "metal" simboliza aquello que hay de más individualizado en la masa de la "tierra". En un sentido vasto sirve para indicar al mismo individuo humano; en uno más especial, al estar identificada la tierra a la sustancia del cuerpo humano, el metal correspondería a aquello que hay en el cuerpo bajo la forma de órganos y de plexos. La semilla o azufre de los metales es pues el poder profundo y originario de organización e individuación, es decir la misma potencia que da forma y vida; la cual es inmanente y puede ser redespertada y dominada a través del Arte, convirtiéndose entonces en el "*mágico fuego filosofal*". Los metales, dice FILALETES (*Filet d'Ariadne*, París, 1695, pág. 27), *muertos*, desde el momento que son despegados de la mina [o tierra: este despegarse es la diferenciación de los individuos vivientes] son *reanimados* en su simiente y llevados así a una *resurrección* —y justamente ésta es la *Medicina Universal*— "Para cumplir la obra de los Filósofos —dice SENDIVOGIO (*De Sulfure*, Venecia, 1644, pág. 190)— es necesario extraer "el alma metálica y, una vez extraída y purgada, es necesario nuevamente volver a donarla al propio cuerpo, de manera que sobrevenga una verdadera resurrección del cuerpo glorificado".

[2] Es obvio que tales elementos no son los físicos, sino fuerzas que se hacen conocer sólo como estados de conciencia; no son los «muertos» y «vulgares», dicen los alquimistas, sino los *vivientes*. Y el conocimiento de las cosas en función de ellos es la conciencia mágica, la física sagrada en oposición a la profana basada sobre los datos de los sentidos físicos.

he aquí pues de dónde surge en cualquier ser elementado un determinado contraste. Por tales razones todo es perecedero y destructible bajo la esfera lunar. Cuando en efecto dentro de un único sujeto coexisten dos contrarios, nace de ello una lucha incesante, de modo que una de las partes reciba refuerzo de su elemento externo [3]: puesto que entonces la parte adversaria debe enseguida retirarse, dejando la victoria a la más fuerte. Nace así una cierta descomposición o escisión del conjunto de cosas compaginadas, hasta tener bajo la vista a una nueva fuerza, generada por disolución.

Elementos constitutivos (*elementa*) de los metales son sus *tres* matrices primordiales: Mercurio, Azufre y Sal, que son como contrarios en lucha y aversión continua; el Mercurio que, en cuanto espíritu aéreo, ejercita hostilidad hacia la Sal, que representa la Tierra; el caliente Azufre, que, en cuanto Fuego, es enemigo del Agua, es por ende contrario también éste a la humedad del Mercurio; el cual, al ser en efecto agua de los metales, representa pues dos elementos: Agua y Aire. Tales *tres* matrices aquí mencionadas —o constituyentes metálicos— poseen luego el alimento propio de nuestros visibles y tangibles constituyentes materiales, y luchan en su mortal morada, hasta aquel tiempo prefijado en que uno de los constituyentes —convirtiéndose, por ayuda externa, en demasiado fuerte para el otro— lo suprima, por no haberle arribado al mismo ninguna ayuda de un semejante suyo [4]. Y así como cae

[3] «El elemento externo» es el correspondiente cósmico de la fuerza presente en modo individualizado en un particular cuerpo y ser.

[4] La sal-tierra ⊖ corresponde al cuerpo que en su inercia y material fijedad es un producto de la interferencia y neutralización de las dos fuerzas opuestas fundamentales: mercurio lunar ☿ que representa la «luz astral», el alma de las cosas, la corriente de las «aguas» como fuerza fluídica (y por ende agua-aire); en contra de la cual el azufre 🜍 es el principio activo del ser individual, que como propio cuerpo ha *fijado* y organizado un cierto *quantum* de energías cósmicas. Estas dos fuerzas son pues *lanzadas* en el cuerpo: extraerlas del mismo, evocarlas; en ellas, luego, *solver* el cuerpo, y finalmente recomponerlo a través de una recomposición de sus fuerzas *mágicamente vivificadas*, habiendo llevado a las dos mismas fuerzas de un estado de antítesis a un estado de superior unidad por medio del sutil poder hermético; en tal cosa se podría sintetizar la tarea del Arte. Entonces el cuerpo deja de ser materia e inconciencia, y se convierte, en tanto *«piedra filosofal»*, en la forma activa e incorruptible del mismo Yo, un *cuerpo de resurrección*.

La fórmula técnica es: SOLVE ET COAGULA. «*Solver* —dice POTIER (*Philosophia Pura*, Frankfurt, 1619, pág. 64)— es convertir al cuerpo de nuestro Magneto en puro espíritu. Coagular es hacer nuevamente corporal a este espíritu, de acuerdo al precepto del filósofo que dice: Convierte al cuerpo en espíritu y al espíritu en cuerpo. Quien entiende estas cosas, posee todas las cosas, el que no, no tiene nada».

en una grave enfermedad el hombre, cuando un único elemento predomine en él; así como le sucede antes, como azufre, faltándoles la grasa, y luego la carne y también la sangre; así como, en suma, si no reponemos en orden al elemento excedente o al sobrante, y no restablecemos en él alguna oportuna armonía, entonces él está obligado a morir —y el médico debe pues saber cuál principio o elemento actúe en el enfermo, o por cuál padezca— del mismo modo, y no de otra forma que en el microcosmos, acontece también en minerales y en metales: los cuales, en razón del refuerzo de uno o de otro elemento, suprimen u oprimen al elemento contrario, hasta tener que seguirle descomposición o escisión.

Aquel que sabe de esta descomposición y puede, a través de aquel tal *mágico* Fuego filosofal, recoger el azufre metálico —en cuanto alma o igneidad de ellos— aquel ha conquistado la gloria de este mundo. *Dúplice* es pues esta igneidad; y tengas tú como nunca presente que, así como los dos constituyentes poseen dos enemigos propios —que son causa de la disolución total—, del mismo modo también los Sabios poseen dos constituyentes semejantes, o más bien receptáculos de constituyentes (*receptacula elementorum*), a través de los cuales, aumentando y reforzando un constituyente u otro, superan al contrario.

Has en efecto oído cómo los Filósofos —en la resolución de todos los metales— hacen uso de elementos contrarios, que bauticé como los dos fuegos: el simpático y llameante fuego hermafrodítico, y el frío metálico; el constituyente ígneo, o alma de los metales, es su Azufre: el frío es aquel Mercurio que se denomina agua de los metales, y que se reduce a través de la Sal [5].

Recuerda además que todas las cosas deben disolverse a través de aquello de lo cual provinieron y en lo cual volverán: es decir el Mercurio, Azufre, Sal. El Azufre de los metales posee un propio Azufre con el cual debe ser reforzado e inflamado, para que pueda conservar el dominio: cosa no obtenible antes de que el Agua ceda al Fuego, es decir el ácueo Mercurio al ígneo Azufre [6].

[5] Referirse al escrito de ABRAXA, cap. VI, págs. 186 y sig. El «fuego hermafrodítico» es ☿, el «fuego frígido» es el «agua» del cuerpo, el simple estado fluídico ☿.

[6] Es la «ignificación de la luz astral» aplicada a la calificación de esta luz en los órganos corpóreos y en el cuerpo en general; la cual ignificación se obtiene haciendo comunicar el ☿ de los mismos con el Azufre 🜍; y es el primer redespertar de la fuerza en el cuerpo o del cuerpo como fuerza. FILALETES (*Introitus*, cap. XI) a tal respecto dice claramente: «El Azufre pasivo, que está en el Mercurio, habría debido ser activo y agente; de ello se ve que es necesario introducirle por otro lado un principio de vida,

Azufre vulgar y Nitrógeno vulgar, son ambos fuegos eficaces, pero encarnizadísimos adversarios entre sí. Si tú sabrás conciliarlos —y, a través del ígneo espíritu, serás capaz de encender el Azufre metálico— nadie, salvo Dios, podrá obstaculizarte en la consecución de salud y de riquezas [7].

Podemos además —en medio de la multiplicación de la Sal— descomponer los metales a través de sal mineral, o tartárica; pero esto no favorece para obtener aquel metálico Azufre, que es alma de todos los metales. Es necesario pues previamente, y con la más gran cautela, atraparlo a través de un semejante suyo: es decir con aquel llameante Fuego obtenido de aquellos dos opuestos, denominados Azufre y Nitrógeno, y comprendidos no pocas veces bajo el mismo nombre.

Y a fin de que tú puedas tener noción también del otro Fuego —el frígido metálico— sabe que no es otra cosa que Mercurio de Saturno, amalgamable con los metales y calcinable a fuego, a través del ígneo y *dúplice* constituyente antes mencionado.

---

pero de la misma naturaleza, que resucita la vida que está escondida y como muerta respecto de su centro. Este Azufre activo se encuentra escondido en el lugar más recóndito de la casa de Aries». Aries corresponde, eminentemente, a la fuerza viril generadora. En modo más general se representa al Azufre como encerrado en una cárcel *infernal*, de cuyo Mercurio posee las llaves (SENDIVOGIO, *op. cit.* pág. 196). La visión cósmica, la inmortalidad y la conciencia profética, son, según SENDIVOGIO, los dones que el Azufre otorga a quien sabe reencontrarlo y liberarlo (ver MAXIMUS, *Brevi note su Cosmopolita*, en «Ignis», nº 4-5 de 1925).

[7] El Nitrógeno ⦶ es la polarización dinámica, positiva, masculina, dinámicamente vehemente de la fuerza individual, cuyo opuesto, en rigor, es la estaticidad, inercia y pasividad de la sal ⊖. Pero en el texto, al figurar el Nitrógeno en vez como el opuesto del Azufre vulgar, en el segundo deberá aquí entenderse a la forma más exterior, pasional y egoísta de la individualidad, a la cual el Nitrógeno ⦶ se contrapone en tanto poder verdaderamente viril. En este sentido el mismo es también denominado *sal infernal*, en la cual «infernal», además de aludir en forma verosímil a destrucciones purificadoras (la conexión de la idea de purificación con el nitrógeno se encuentra ya en *Jeremías*, II, 22), posee también el significado real de «ínfero», por el hecho de que tal fuerza masculina refleja la fuerza creativa o taurina originaria (♈ cuya correspondencia es la vertical de ⦶) que tiene su sede en los centros inferiores del organismo. Se trata sin embargo de conciliar y atemperar Azufre vulgar y Nitrógeno: superación del tenaz Yo animal, sin que por otro lado el sentido de la individualidad, por el mismo llevado, sea destruído por el ímpetu contrario, pero con éste se componga en un equilibrio y en un dominio superior, que permitirá llevar al acto al *Azufre metálico*, es decir de evocar y redespertar la fuerza más profunda y llegar así a amalgamarse con el mismo cuerpo o sal, de acuerdo al símbolo del *verdín* ⊕ (= sal ⊖ = nitrógeno ⦶), como lo interpreta O. WIRTH.

Así pues has recibido de mí una doctrina esencial, clarísima bajo todos los aspectos: que los metales —en razón de una cierta astral representación sidérea (*sideream imaginationem*) y por una acción de Elementos (*elementaremque oferationem*)— son todos generadosa partir de Azufre y de Mercurio; que a través de Elementos los metales tienen que alimentarse y vivir, y finalmente morir, es decir, reducirse a su ser primitivo; que por lo tanto los metales no pueden estar privados de Elementos; y que análogamente los Filósofos veneran sólo dos de ellos, cada uno de los cuales posee un enemigo. Fuego y Agua, es decir Azufre y Mercurio, son tales dos Elementos; y a partir de ellos, a través de la Sal, cada cosa se formó como un ente elementado. También a través del Azufre y del Mercurio cada cosa debe ser descompuesta, y reducida en Azufre, etc. Estos son pues aquellos Elementos *mágicos*, que todo descomponen, y que nos develan un nuevo producto; ésta, yo digo, es aquella primera solución seca, de la cual más ampliamente traté al comienzo.

La *otra* —la solución húmeda— se hace con Mercurio de Saturno [8], al que llamé alma cósmica (*animam mundi*); puesto que, así como Saturno es el primer planeta en el Cielo —y es denominado el padre de todos los planetas— del mismo modo también el Saturno terrestre es el primero y de él tuvieron origen todos los metales; se lo reencuentra por lo tanto en todos y no inmerecidamente he denominado a su espíritu como *espíritu cósmico*.

A no ser que, antes de disertar más ampliamente sobre esta solución, te tengo que informar aun una vez con leal corazón sobre que los Filósofos no sólo poseen dos únicos Elementos mágicos —dos Mercurios y dos Saturnos— sino también sólo dos metales. Y en lo relativo a estos dos Mercurios, en verdad te he prometido —sin enredos ni embrollos— instruirte brevemente sobre cómo contenerte en circunstancias similares. Sabe pues que cuando los Filósofos hablan de un Mercurio propio, no debes entender para nada el vulgar, puesto que el Mercurio de ellos es metálico — es decir,

[8] Por ser Saturno el planeta más antiguo, el Mercurio de Saturno puede tener relación con un estado primordial y —por estar identificado en el texto al «alma del mundo»— puede hallarse privado de la individuación de la fuerza de vida. En la «solución» húmeda que, de acuerdo al texto, en oposición a la *seca* operada por el Fuego dúplice o andrógino (Azufre = Nitrógeno = ☿) se obtiene con Mercurio de Saturno, puede entenderse herméticamente justamente como una variante de la «vía húmeda» en general, y disolutiva, que abre la vía del Agua del «Gran Mar».

Mercurio de los metales— y es caliente-seco y no húmedo-frío, mientras que el Mercurio vulgar es en vez caliente en todo su ser, ni se puede pues reputar ni asumir como Mercurio filosofal[9].

El Mercurio vulgar lleva en sí el germen de la Plata, Obtuvo en vez el otro del Creador de cielo y tierra, el Azufre solar, en forma y propiedad metálica. Es pues Magneto solar, como en vez el Mercurio vulgar puede decirse Magneto lunar. Que la cosa sea así, lo indica el Mercurio con aquella semiluna en la cual los Sabios lo han simbolizado (☿), discriminándolo y escindiéndolo del auténtico Mercurio solar (☿). Reconozcamos luego a los dos Mercurios a partir del vapor que constituye su Azufre; y debe también prestarse atención a cómo sean volátiles —fijos, o fugitivos— y cómo pronto o tarde se dejan sublimar y precipitar; justamente ésta es la *viva vía* para discernir al uno y al otro de aquellos Mercurios.

Sabe además que, así como la Naturaleza generó dos Mercurios —el lunar y el solar— justamente en igual modo se puede, a partir de aquellos dos cuerpos estables, preparar por el Arte un Mercurio semejante; más aun, se puede, a partir de metaloides (*ex mediis metallis* = de medios metales) —como el Antimonio, el Bismuto y el Arsénico— obtener Mercurio vivo, pero con una simple finalidad medicinal; y, salvo esta excelente y propia virtud curativa, no deben para nada reputarse ni proclamarse éstos como un Mercurio filosofal; el cual es un solvente universal (*menstruum*)[10] y a

[9] La oposición de los dos Mercurios y de los dos Saturnos (vulgar y filosófico) se puede quizás referir a la ya mencionada entre la calificación del fuego como Azufre vulgar y como Nitrógeno. El elemento es asumido en un primer momento en su forma propiamente humana (psicológico-anímica), en un segundo momento, tal como el mismo se redespierta en los «ínferos», en fuerzas encadenadas en los metales u órganos corpóreos, como las mismas se encuentran en estado puro, pre-humano, no polarizado, y por ende comprendente aun sintéticamente cualidades opuestas (caliente-seco y húmedo-frío = «fuego helado» y «agua ardiente»). Esto el texto lo confirma más abajo, al referir el Mercurio vulgar al germen de la plata, es decir al Mercurio lunar, mientras que el Mercurio filosófico está unido también al Azufre *solar* en sede de cualidad metálica. La conciencia habitual de los hombres es *lunar*, es decir refleja, y viviente de reflejos (conciencia de fenómenos).

[10] «Universal solvente», es decir lo que puede reducir todas las cosas en el elemento fijo, el elemento Sal. Lo cual quiere decir: aquello que da el poder de resucitar o asumir, en una forma *activa* y por ende mágicamente actuable, aquello que como materialidad constituye un límite y una resistencia para la común conciencia del Yo; definiéndose a la Sal justamente como aquello que *resiste* al Azufre, es decir, al Yo. Metafísicamente es la «reducción a los principios».

partir del Mercurio ha nacido dos veces —entiende, *antes* del lunar, y *luego* del solar— y justamente se lo puede denominar pues Mercurio *dúplice*.

Mercurio lunar puede ser extraído y destilado, si bien con bastante no leve trabajo, del cuerpo saturnio; y posee naturaleza y propiedad igual al mismísimo Mercurio de Luna, en cuanto la Luna fue generada a través de Saturno. Y así como a partir de Saturno se puede obtener el Mercurio lunar, del mismo modo de una mina de Venus se puede extraer el caliente Mercurio solar, a través de Tártaro y Sal amoníaco [11]; los cuales, aun teniéndose entre sí la más grande aversión, deben sin embargo promover juntos esta operación. Aquel que habrá sabido fundir en aceite el Mercurio del frío Saturno y el Mercurio de la cálida Venus, he aquí que tendrá el Solvente Universal: he aquí que tendrá la firme llave con la cual reducir a potabilidad todos los Azufres. Pero volvamos ahora al punto tratado.

Sabe tú pues que por los mencionados motivos los Filósofos, no a despropósito, poseen dos Saturnos; al *dúplice* mercurial espíritu antes mencionado le son sobreentendidos aquellos dos Saturnos de los cuales fue extraído uno y otro Mercurio, y luego fue destilado su espíritu. Muchos han denominado Plomo al Oro, y Oro al Plomo: sin embargo, lo han hecho con el Plomo filosofal, que hasta aquí es desconocido para el mundo. Y análogamente puede ser Plomo filosofal también el otro Plomo, pero no es reputado así por todos —sumamente argentífero, y así sucesivamente— mientras que en vez al aurulento, raras veces se lo encuentra en los metales —y bajo un nombre impropio se lo malgasta (*distrahitur*) en las oficinas— y se hace poca cuenta de ello, a pesar de su blanco color. De gran peso y de naturaleza psico-física (*spirituale ac corporale*), se lo puede comparar y asemejar al Arsénico, en la medida en que —generado por Arsénico y por otros afines— afines son ellos en esto, en línea colateral.

[11] Al comienzo del *Chymica Vannus* se encuentra la sentencia: «*In cruce sub sphaera* (♀ = Venus) *venit Sapientia vera*». El Tártaro se vincula en el hermetismo al *Chaos*, a la «materia» de los filósofos en estado caótico primordial, y puede aludir a una manera particular de «descomposición». Basilio Valentino, por ejemplo lo define como aquello que *disuelve* los metales (ver A. J. Pernety, *Dict. mytho-hermétique*, París, 1758, pág. 480). Aquí hay quizás una alusión a los métodos violentos para activar la fuerza profunda del Mercurio solar; otros hermetistas los hallan escondidos bajo el símbolo de las «aguas corrosivas» y de las «aguas fuertes»: formas de ebriedad y formas que en general sacan partido de una profunda remoción del equilibrio psico-físico. La extracción del caliente Mercurio de la mina de Venus podría aludir también a métodos de magia sexual.

Y como Arsénico es asociable a Arsénico, así se encuentran también las cosas, por este oculto y antiguo Plomo Filosofal[12]. Habiendo en efecto también los Antiguos Sabios usado para el Gran Magisterio sólo dos metales, me limitaré a éstos análogamente también yo: y, con respecto a aquellos dos metales de los Sabios vetustos, daré a luz mi propia experiencia.

Dicen los Filósofos que el primero y el último metal deben reputarse como un único y solo metal: único metal, es decir, usable por el Arte para el progreso de la Medicina Universal. El metal *primero* es el mismo esperma de los metales, en cuanto de él puede traerse a la luz en forma visible la metálica semilla propagativa y el Azufre; y encontramos a tal metal en la mina de Saturno. Raíz de metales perfectos, casi como de lo imperfecto está provisto de un cierto espíritu saturnio especial, y se manifiesta como mina del Mercurio; se denomina Plomo Filosofal, o Azoe filosofal —aquel desde el cual solemos destilar Leche de Virgen— y posee una venérea propiedad[13]. El *último* metal se denomina en vez último por su situación de haber arribado a la madurez de perfecta finitud; y la finitud de los metales consiste en su ser Oro, más allá del cual no opera más la Naturaleza en los metales —sino que en vez debe detenerse y desistir— hasta que no le venga en ayuda el Arte dominador. Este, en tiempo breve —si bien no sin la ayuda de la misma Naturaleza— va tan más allá, hasta que de una compacta masa solar surja afuera un cierto corpúsculo translúcido y diáfano: es aquello que los Filósofos denominan cristalización (*vitrificationem*), y es aquello que de más excelso la Naturaleza y el Arte pueden hacer y alcanzar. Y cómo deba prepararse y conducirse esta cristalización, no puedo ello describirlo aquí, sino brevemente.

[12] El «Oro filosofal» es la regeneración del «Plomo antiguo y oculto» que corresponde al elemento Sal y cuerpo (en fsiología esotérica, propiamente a aquello que en el cuerpo es mineralidad, sistema óseo, así como el Saturno-Plomo es, entre los elementos, el más pesado). Esto posee relación con la «virilidad primordial» detenida (castración de Saturno) y, a través de su etimología griega, el Arsénico, asociado al Plomo Filosofal por el texto, alude justamente al principio de la virilidad.

[13] En cuanto al metal primero como esperma de los metales, es decir como poder primordial generador e individalizador, la alusión a una «semilla *propagativa*», de la cual sería la manifestación visible, y a una «venérea cualidad propia», podría indicar la relación existente entre una tal potencia y la fuerza del sexo. El Arte recaba de ello una «Leche de Virgen», para la «inmaculada concepción». La «naturaleza» llega hasta a producir aquel Oro, que es propio del principio intelectual y volitivo de los seres humanos; más allá del cual debe operar el «Arte Sagrado», para remover el límite, la finitud propia de este Oro y producir el supremo cumplimiento de la conciencia y de la fuerza.

Toma aquel ígneo elemento mágico que, en tanto que de Azufre y de Nitrógeno, está compuesto de dos contrastantes materias infernales. Con este infernal Fuego voraz, comienza desde el límite de Naturaleza; es decir, ataca y calcina aquellas de otro modo inexpugnables puertas del reducto solar, o sea, el Oro; así un fuego incendia al otro, es decir, el uno al otro Azufre. Mientras que ello acontece, el elemento Fuego domina: aquello que en la unión solar es el segundo principio, en cuanto el Fuego, que está en el Oro, se dice justamente alma y Azufre. Cuando por lo tanto el Fuego trae victoria, corresponde al elemento Agua —es decir, al húmedo y fugitivo Mercurio— escaparse hacia su astro; y puesto que el espíritu mercurial es sede del alma —y es denominado el vínculo que une cuerpo y alma— he aquí que nace, por ende, ***una primera separación y la escisión de cuerpo y alma.*** Pero he aquí que se usa, a tal fin, también aquel frío fuego metálico, a ser extraído de un cierto Saturno mineral y no aun fundido, denominado también Mercurio de Saturno; el cual saturnio Mercurio —recabado de aquel no fundido y no maleable Plomo— no arde, y quizás mejor leerías: no corre como el Mercurio usual: posee sin embargo en sí una terrestre cualidad seca, por la cual puede preservar el Azufre solar: que no permanezca quemado, y no se vuele con el propio Mercurio [14].

Y cuando el Oro está amalgamado con el Mercurio saturnio, se convierte en Oro poroso [15]; de modo que mejor y más pronto el fuego infernal puede calcinar aquel sólido cuerpo: encender de él por todas las partes el fuego

[14] Este pasaje contiene una síntesis admirable suficientemente explícita del procedimiento hermético. Por Oro hay que entender aquí la manifestación puramente personal y mental en el hombre del principio solar, es decir el «Oro vulgar». El mismo es calcinado a través del fuego; ello corresponde en términos de Yoga a la «muerte del *manas*». Los alquimistas denominan mortificación y putrefacción a esta fase, a la cual le sobreviene la acción liberadora del Agua filosofal: así BERNARDO TREVISANO habla de un Rey que se quita su vestimenta roja (solar) y endosa una negra para pasar al baño. Se trata del pasaje al estado sutil o fluídico, correlativo de la separación de lo corpóreo. Con lo sutil al estado libre, e interviniendo el seco «frío fuego metálico», se puede proceder a la *fijación* mágica. Ello, dice SENDIVOGIO (*Novum Lumen Chemicum*, Venecia, 1644, pág. 31), es un congelar el agua con el calor y unir a ella el espíritu.

[15] La «porosidad» es vinculada por SENDIVOGIO (Ibid., pág. 50) al método opuesto al *violento*, pero aquí parece que los dos métodos están juntamente unidos: el Oro se abre a las «aguas», se hace compenetrar de ellas por un primer «disolverse» y descomponerse, que luego el fuego infernal conduce a fondo, hasta que no venga en acto el Oro a partir de la descomposición en su estado puro y absoluto.

solar; y, así, reducirlo en cenizas; entonces, a través de un claro rocío celeste, deducimos de él el Azufre: de la masa restante —tras la debida reverberación— lixiviamos aquella superpreciosísima Sal medicinal, de la cual han dicho los Sabios: «*Sal metalar, es Piedra Filosofal*»; o, como otro Filósofo se expresó: «Si Dios no hubiese creado la Sal, no se haría Piedra Filosofal». Pero esta Sal debe ser esclarecida debidamente con espíritu de vino. Hecho esto, he aquí que se une a su Azufre: he aquí coimpregnarse con el espíritu cósmico —con aquel espíritu que fue destilado por Mercurio saturnio— y he aquí pudrirse y fijarse, en un único vidrio y sartén[16]. Así la Gran Obra es completada hasta la fermentación y el aumento, y es medicina universal para todas las enfermedades; quien puede gozar de ella obtiene la renovación del alma y revigorización de toda fuerza que le ha faltado...

Indudablemente se encontrará mientras tanto sumamente asombrado, el *benigno* lector en razón de la esencial y radical instrucción que le he dado en este resumen: en especial sobre aquel saturnio Mercurio frígido —y sobre aquel ígneo-infernal elemento *mágico*— sin los cuales nada es esencial para ser emprendido en la ciencia alquímica. Le sirva esto de respuesta: que, aun habiendo puesto en vista las cosas, demasiado claramente para los ya expertos —y más explícitamente de lo que ningún Filósofo haya jamás escrito— hay sin embargo alguna cosita que le he mantenido escondida: es decir, cómo desde un cierto Saturno —inmaleable mineral no fundido— se pueda extraer un Mercurio tan excelso y tan raro y preclaro,

[16] Es sumamente importante el dicho de que *si no hubiese Sal no sería posible «hacer» la Piedra de los Filósofos*. Del cuerpo material el Yo extrae el sentido de sí, y así él queda como la base sobre la cual se debe trabajar, perfeccionando, integrando e iluminando la potencia que lo ha producido hasta obtener aquel *cuerpo perfecto*, del cual se ha hablado al comentar el *Ritual Mitraico* (cap. IV) y que es idéntico al denominado «cuerpo espiritual» o «cuerpo mágico». Por esto el peligro en las operaciones es que el Mercurio huya y que el fuego no disuelva sólo los metales, sino que los destruya. Por lo cual el Mercurio apto para la Obra no es el Mercurio vulgar, sino un Mercurio fijado; y el fuego no es el vehemente, sino el sutil, andrógino y atemperado. Es necesaria la clausura hermética del vidrio, o *athanòr*; esta clausura hace de modo tal que lo volátil no pueda huir, sino que, chocando con la pared superior, nuevamente se condense y vuelva a precipitar sobre los residuos salinares que el mismo ha dejado abajo, para reaccionar sobre ellos de acuerdo a un círculo que recurre a nuevas sublimaciones y precipitaciones que tienen término sólo cuando todos los residuos son resueltos y los dos —la conciencia superior solar y el cuerpo— se conviertan en uno. Entonces el *athanòr* se abre y del mismo sale volando el Fénix, el animal autogenerado e inmortal.

y cómo reducir luego esto en espíritu purpureante[17]. Cosa no alcanzable sino por una única vía y un único medio, en referencia al cual yo he encendido más arriba una luz: *pero no la distinguirá, espero —y ni siquiera sospechará— aquel al cual Dios mismo no le otorgue el favor*.

Y no sólo me he parcialmente mantenido en reserva esta adaptación del frígido fuego metálico, sino también además la preparación de aquella ígnea clave mágica, que, como muchas veces has escuchado, se obtiene de dos opuestos fuegos contrastantes entre sí, es decir Azufre y Nitrógeno: los cuales, aun pudiéndose ambos decirse infernales fuegos que mutuamente se repelen, sin embargo deben, con referencia a esto, convertirse en una cosa única, para producir juntos un único efecto. Sobre el modo cómo se cumple esta unificación, *invoca pues a Dios para que te ilumine el alma*; yo he exhuberantemente cumplido mis papeles, y he revelado, en este opúsculo, más que lo suficiente. Ha sido causa de ello la caridad hacia el prójimo, que con gusto querría alentar con mi escasa experiencia, y reconducirlo hacia la recta vía... Luego es también justo que, todo aquello que es bueno, sea también común a todos: por lo menos a aquellos que se han ligado y dedicado a los Filósofos y pertenecen a sus huestes. Para los otros que permanecen afuera, todo acontece a la manera del «Escuchen y no entiendan, vean y no aprendan». No lanzaremos perlas a los puercos: los cuales, por lo demás, no las valoran para nada, y es más, las ensucian.

Sobre un solo punto —que podría ocasionarte una gran hesitación— no dejaré de hablar aquí: con respecto a éste y a aquel otro Saturno, o Mercurio. Has oído más arriba: 1) que de la Luna —y análogamente de aquel tal frígido Saturno arietino— se puede obtener un cierto especial Mercurio, singularmente apto para la Obra Filosofal; 2) que de la mina de Venus es nada menos que obtenible un cierto Mercurio solar dotado de Azufre solar, y por lo tanto bautizado aquí por mí Mercurio de Sol, en cuanto usable para la generación del Sol; 3) pero que, no obstante ello, par la descomposición del Oro, yo me he sin embargo valido de Mercurio saturnino. De modo que, ante la duda que nace, responde que se puede también —para grande y mejor comodidad— recurrir al Mercurio rojo en blanca tintura lunar; y como de un extremo no se puede, sin un medio, llegar al otro extremo,

[17] El Saturno inmaleable es pues el cuerpo; el Mercurio posee relación con el estado fluídico (= Luna) que se puede extraer del mismo a través del cual la conciencia puede entrar en contacto mágico con el cuerpo mismo; el Mercurio purpureante es ☿, es decir, el estado fluídico ignificado a través de la *verdadera* naturaleza del Oro (= Sol) que sin embargo, y a su vez, viene a la luz solamente por inmersión o solución del Oro vulgar en el primer Mercurio ☿.

del mismo modo ni siquiera se puede llegar a una roja pintura, sin antes haber tenido la blanca. Así puede, el *benévolo lector*, resolverse ya por sí sólo su escrúpulo, y lamentarse de que aquí sólo he escrito acerca de lo Universal puro y simple, y no ya acerca del Universal universalísimo.

El universal universalísimo (*Un. generalissimum*) es producido —como expuse más arriba— por Mercurio *dúplice*: es animado y fermentado con Azufre solar: coagulado con áurea Sal permanente y ulteriormente aumentada hasta el infinito —sea en cantidad como en calidad— para gracia de los otros dos Azufres. De Azufre se alimenta la cualidad en cuanto vida (*qualitas ceu vita*), y aumenta la cualidad con aquel Mercurio antes mencionado que no sólo lleva consigo índole y potencia de propiedad venérea, sino también conjuntamente naturaleza de frígido mineral saturnio: que a un *dúplice* Mercurio es aquí asemejado —y *duplado* Mercurio es denominado— al cual le son propias todas las cualidades: cualidad de Venus, en gracia del cálido Azufre, y frigidez de parte de Saturno. El *cándido y émulo Amador del arte* eche pues, le ruego, toda duda de sí. Harás aquello que tú querrás; así no podrás acusarme de mentira alguna en cuanto yo no he mendigado de otros libros —para procurarme algún renombre— sino que *me he arriesgado con la obra de mis manos, y sólo luego he entendido lo que tendría que haber sabido antes.* [18]

El misterio fundamental de los Sabios, tal como lo expuse mas arriba —y tal como ahora aquí suscintamente te lo he resumido— te toca ti, *sincero tecnófilo*, esclarecételo bien: *en cuanto frecuente y repetidamente tú leas y releas este epílogo, hasta ser por el mismo, adentro y afuera, bien conducido sobre todo...* [19].

Mientras tanto yo quiero con esto que mi epílogo haya terminado, limitadamente a los dos *mágicos* constituyentes del Solvente o Mercurio *duplicado*, absteniéndome de reasumir el remedio en base al reino mineral. Acoge por lo tanto, con ánimo bien grato, estas primicias de mis sudores: elementos *mágicos*, Solvente y Fármaco Universal (*Catholicus*), y Materia Prima, con los cuales cualquier metal puede ser remitido a sus *tres* principios, y el verdadero Oro Potable debe ser obtenido. La Materia Prima —y también el uno y el otro elemento, así como la ígnea clave— con tan explícitas palabras te lo he siempre lúcidamente expresado, por lo que creo que no desearás más claramente.

[18] y [19] El subrayado es nuestro. Preste atención a estas palabras el lector de buena voluntad, y también aquel que puede haberse fastidiado por no haberse orientado demasiado, a pesar de nuestra glosas, desde la primera lectura de este texto.

VIII

Abraxa

OPERACIONES MÁGICAS EN «DOS VASOS». EL DESDOBLAMIENTO.

Te he hablado de la composición del Caduceo que se ejecuta en un solo vaso: en el cuerpo y en las potencia de un individuo singular. He agregado sin embargo que efectos de importancia mayor pueden ser alcanzados a través de la fuerza de una cadena mágica, o bien de un espíritu natural, o bien de un Ente.

No te hablaré todavía de esto, sino sólo de la composición mágica ejecutada en dos vasos; comprende: en dos personas, en las cuales los dos componentes —el activo y el pasivo, el Sol y la Luna, el Azufre y el Mercurio— se localizan, se polarizan y se exaltan singularmente.

Puesto que hay dos formas del Caduceo, la dirigida a la *visión* —y te instruí sobre ello al hablar del Espejo (cap. III)— y la dirigida a la *acción* —obtenida por ignificación de la luz astral (cap. VI)— así también tendrás, aquí, *dos operaciones*: visión y relación por medio de una "*pupila*" es la una; preparación del Mercurio andrógino por *abrazo fluídico* es la otra.

Comprende ya el principio: a nivel natural en el hombre predomina la fuerza ígnea, en la mujer la lunar. Se pueden así usar dos personas de sexo diferente, en vez de preparar en un solo "vaso" ambos elementos. La utilidad del procedimiento se encuentra en el hecho de que en el desarrollo mágico debes sobre todo dar potencia y predominio al principio solar y no abrirte al principio húmedo, receptivo y volátil sino cuando estés perfectamente firme y seguro de ti; de otro modo la magia se transforma en *medianidad* y penetra el éxtasis pasivo de un psiquismo inferior, si es que no también de alguna forma de estado obsesivo. Ahora tú puedes permanecer totalmente positivo y cerrado si en un primer momento es otro ser que piense él en exaltar la opuesta cualidad, la cual, al crear un estado de relación, tú luego podrás guiar y aprender y, en fin, también absorber y resucitar en ti mismo, habiendo ya adquirido la reclamada calificación imperativa.

***

La joven que usarás en las obras de visión y de comunicación con entes incorpóreos sería bueno que fuese *virgen*. Ello es así pues, al permanecer el estado de virginidad, —y siempre que ésta no sea sólo anatómica— un grupo de fuerzas sutiles no ha padecido aun la modificación, la polarización y la desaturación que acontece a través del hecho sexual de una unión común; de modo que, aparte de su mayor pureza e intensidad, es más viable concentrarlas sobre la dirección de las prácticas iniciáticas [1].

La joven mujer debe someterse a una preparación de acuerdo a las directivas ya dadas al hablar del Espejo. Sin embargo ella no se ocupará del lado activo de firmeza, control y dirección, así como de la sutil dosificación y combinación de Azufre y Mercurio. Se preocupará tan sólo de hacerse abierta y receptiva en todo sentido y hasta el fondo, es decir de extraer y exaltar exclusivamente, y en su máximo grado, el principio ☿. Que ella sepa vencer el miedo de un abandono completo. Que supla la ausencia del principio solar con una confianza absoluta en el operador y en su fuerza, con una total remisión a él, unida a una aspiración sincera y pura hacia la realidad suprasensible.

Es necesario constituir un ambiente para las prácticas, a elegirse, como ya dije, posiblemente en el campo, o en un lugar aislado o subterráneo, en donde reine elevadamente el silencio y estés seguro de que nadie te venga a molestar. Pieza separada, blanqueada a nuevo con cal, con los accesorios estrictamente necesarios, nuevos, simples y netos. La purificación inicial del lugar se hace con sahumerios de azufre y con el lavado del piso con agua marina o corriente; luego, a la mañana y a la tarde, quemar un poco de incienso, mirra y bayas de laurel. Este lugar deber estar estrictamente reservado a ti: no dejarás entrar a nadie, por ninguna razón, menos aun a quien estuviese movido por la curiosidad. Conducirás allí sólo a la "pupila" en el tiempo decidido para la práctica. Entonces usarás el sándalo como

[1] En el término griego κόρη se resalta el doble sentido de *ojo* (pupila) y *virgen*, el que puedes hallar en el mismo texto hermético clásico (κόρη χοσμου en Stob., *Phys.*, XLI, 44-45). En ciertos pueblos salvajes, las muchachas púberes aun intactas son consideradas como estando saturadas de una fuerza peligrosa y misteriosa y mantenidas "aisladas", casi como si se tratase de condensadores eléctricos; a veces incluso en cabañas aéreas de manera que ninguna parte de su cuerpo desnudo toque la tierra, hasta tanto no sean conducidas a la nupcias que las "descargan". (ver G. Frazer, *The Golden Bough*, t. III, cap. LX).

Ella dirá todo lo que ve. Tú la dirigirás en la visión posterior. Agrego que, sobre la base del conocimiento que así te viene, y permaneciendo el estado de comunicación con lo suprasensible, tú puedes hacer vibrar conjuros y órdenes a las potencias, por cuanto ello sea peligroso, en operaciones de tal tipo. De cualquier modo, ten cuidado de que el conjuro debe acontecer en un segundo momento y *con una conciencia absolutamente distinta de la que espera la revelación*. Si ya en esta espera, en lugar de la perfecta *neutralidad*, se esconde el deseo por el contenido de la visión, seguirá simplemente la imagen falaz del cumplimiento de este mismo deseo.

Yendo a una relación profunda, efectiva con la "pupila", su visión puede transmitirse directamente en ti.

Si la operación no se logra, continúa, calla y ruega, repitiéndola a la misma hora.

Uno de los principales obstáculos es la "proyección" de lo que KREMMERZ ha denominado *naturalezas similares*. Se trata de residuos de impulsos y de deseos que han resistido a la purificación —en ti o en la "pupila"— o bien que están al acecho bajo el umbral de la conciencia. Estas fuerzas absorben el poder que produce el desapego, y se sirven de ello para *proyectarse*, para exteriorizarse, en *entes fluídicos*. El mal entonces no consiste tanto en el hecho de que ellas perturban y falsean toda la visión, reduciéndola a fantasmas del "yo", sino que consiste justamente en el hecho de que la proyección les ha dado una vida autónoma; estaría por decir: una *persona*. En tanto criaturas tuyas, ellas saltan sobre ti, o bien se alimentan de tu vida, hasta en formas obsesivas.

Te he ya mencionado que la virtud desarrollada en la "pupila" puedes en un segundo momento *aspirarla*, absorberla, reconduciendo entonces a la unidad la operación en dos vasos.

***

Para la composición correspondiente denominada de *acción* mágica del Caduceo, que yo llamé "segunda", se toma al *amor* cual ignificante de la fuerza fluídica.

El fuego del *Eros*, habitualmente polarizado hacia lo bajo, o sea hacia el sexo y la naturaleza animal, va aislado en el cuerpo fluídico y alimentado de modo tal de producir en él el estado de exaltación necesario para que se constituya aquel mercurio andrógino e ígneo, a partir del cual es llevada al acto la proyección mágica.

Por lo que se refiere a la mujer se requieren condiciones particulares. La virginidad no está entre ellas, sino en esta práctica, a diferencia de las verdaderas y propias operaciones de magia sexual, sobre las cuales te será dicho en su momento, es necesaria una cierta pureza. Y es también necesario un preexistente sentimiento bastante intenso. Esto tú, si te encuentras tan adelantado en la vía, como se reclama aquí, debes ser capaz de crearlo y de atizarlo en ti bajo tu mando. En la mujer no puedes reclamar esto: es necesario que en el orden natural ella *te ame*. La dificultad se encontrará en hallar una joven que sobre la base de este sentimiento preexistente, consienta seguirte sobre el plano del *amor mágico* y que posea las disposiciones necesarias para ello.

Es imprescindible que, por lo menos en este grado, el *eros*, instrumento de lo obra, no sea ya un deseo sexual, una brama sexual, sino propiamente *amor*, algo más sutil y vasto, que envuelve a *toda* la otra persona, como deseo de *toda* la otra persona, sin polarización física; pero no por esto la intensidad debe ser menor. Se te puede también decir: *debes desear al alma, al ser de la otra así como se puede desear al cuerpo de ella*. Ten cuidado de que si esta condición no es rigurosamente realizada no sólo la operación será ineficaz, sino que estarías expuesto a no leves peligros psíquicos. Te he dicho que en otra parte se te hablará de procedimientos que aplican también la unión sexual. Manten sin embargo firme la idea de que para operar en éstos es necesario haber antes aprendido el modo del amor que se exalta sin contacto, que no está ligado a la idea de este contacto y de la satisfacción sexual.

Sabe por lo demás que toda forma de amor *ya en sí misma es magia*; el rapto de los amantes es ya una ebriedad en la luz astral, una ebriedad fluídica. Pero éstos no son concientes de ello. Tú en cambio debes estarlo. Entonces podrás proceder en círculo: puesto que el *eros* te propicia el contacto fluídico y el estado fluídico a su vez exalta al *eros*. Así puede producirse una intensidad-vértigo casi inconcebible para el hombre y la mujer comunes, y podrás intuir cuáles son los peligros que he mencionado, sobre los que volveré cuando se tratará sobre la magia que usa la unión de la carne.

La técnica exterior es simple. Como perfumes usa musgo, ámbar, o sándalo o una saturación más bien intensa, agregando posiblemente un poco de sangre de paloma. La hora más propicia es hacia el alba. Siéntense el uno ante el otro, inmóviles, tú con cara hacia el Oriente. Una vez evocado el estado fluídico (se presupone aquí en *ambos* esta facultad: ☿ está presupuesto, y se trata sólo de transformarlo en ☿ para proyectar en él

luego el ☉ masculino), *amarse, desearse*, así, sin movimiento, sin contacto, en modo *continuo*, aspirándose recíprocamente y "vampíricamente", en una exaltación que va adelante sin temor de posibles zonas de vértigo. Advertirás un sentido de *amalgamamiento* efectivo, un sentir a la otra en todo el cuerpo, no por contacto, sino en un amplexo sutil que la siente en cada punto y se compenetra de ella *como una ebriedad que se posesiona de tu sangre*. Ello te lleva al límite, al umbral de un estado de éxtasis, que es aquel punto de equilibrio mágico en el cual el fluido ignificado y supersaturado puede ser fulmíneamente atraído y proyectado en la idea.

En esta operación se te impone nuevamente el sutil juego de la dosificación de los dos opuestos principios en el régimen del fuego, mientras que en la mujer basta el elemento *amor*, al cual todo se le dé. En el mago la exaltación progresiva del *fuego* deber ser conducida por un principio *frío* que no viene nunca a menos en sí mismo, sino que, es más, se eleva y se ilumina con el crecimiento del vértigo fluídico. Al faltar este principio, cae también toda posibilidad mágica y, cuando también no acontezca lo peor, todo puede concluir en un plano análogo a ciertos estados místicos en donde al respecto actúa un deseo erótico llevado inconscientemente sobre el plano sutil a través de imágenes apropiadas (el "Esposo Celeste", etc.)[3] y exasperado hasta desembocar en una forma especial y solitaria de voluptuosidad psíquica, descrita como goce y beatitud.

Por lo tanto: una exaltación, un vértigo que tiene siempre como vigilante detrás de sí al Yo desapegado el cual está aparentemente ausente en el pleno abandono al Eros y en el "amalgamamiento" pero que, en el punto justo —bajo una perfecta cocción del Mercurio— interviene de golpe, se adueña de la fuerza, la fija y la lanza adonde quiere.

***

La práctica del *Espejo*, tal como te la expuse en el capítulo III, comprende *dos* realizaciones dependientes: la liberación de la visión del ojo, y su activación en un "espacio", que es la misma luz astral, cuya liberación es vuelta posible por un cierto desapego del cuerpo sutil respecto del físico.

[3] Muchas autotituladas «apariciones divinas» de místicas, en relación con ello poseen simplemente el valor de aquellas visualizaciones de «naturalezas similares», de las cuales he hablado poco antes.

Ahora te daré las direcciones a fin de liberar completamente aquel cuerpo, de modo tal de poderlo mover en el espacio y tú con él, dejando abajo al cuerpo físico. En el ocultismo vulgar ello es denominado: *salida en cuerpo astral.*

También en esta realización la que opera es la *voluntad*, como fuerza solar y central ☉. Ten por firme, que la voluntad verdadera viene de la posición que se tenga de sí mismo. Ella es tanto más fuerte en cuanto más absoluta y enérgica es la posesión de sí. La fuerza que ella posee es la de la *determinación* que la manda; y la fuerza de una tal determinación depende del grado de centralidad del "yo". Esta voluntad solar, calma, decidida y central es *nuestro oro*.. En ella debes dar forma precisa a tu nue/ vo fin.

La realización tiene tres fases: 1) desapego no acompañado de conciencia durante el sueño; 2) *idem*, acompañado de conciencia; 3) desapego conciente en estado de vigilia.

El primer aspecto posee estadios progresivos. Ponte estos deberes sucesivamente:

a) Mover con el cuerpo sutil un objeto leve y cercano a tu cama; b) Moverlo en un ambiente lejano; c) Aparecer en el sueño de otra persona; d) Hacer *sentir* tu *presencia* a una persona despierta; e) Aparecer en forma visible a una persona despierta; y éste es el estadio final y perfecto.

Ahora te indico la técnica. Al acercarse el sueño, cuando los pensamientos involuntarios de a poco se atenúan y se aclaran, debes fijar *toda* la mente *sólo* sobre el pensamiento de la exteriorización. Represéntate minuciosa y distintamente en toda la serie los actos requeridos por el fin: el despegarse del doble, los movimientos necesarios, el itinerario que el mismo va recorriendo, su llegar al lugar establecido, el cumplimiento de un determinado acto, el retorno, la reabsorción del doble en el cuerpo, el pleno recuerdo en la mañana.

Piensa todo esto *queriendo*: con voluntad enérgica y, al mismo tiempo, calma, segura y *continua*, sin distracción, sin sacudimientos y sin esfuerzo, con un sentido de seguridad, lúcido y en plena posesión de ti. El "monoideísmo" del acto, descompuesto en todos sus detalles, debe ser creado antes de que se adviertan las primeras señales del adormecimiento. Entonces abandónate al sueño, *como si fuese una cosa ya hecha*. Facilita el recuerdo a la mañana —otros te lo han ya dicho— el despertarse espontáneamente y un leve perfume de musgo, rosa o iris florentino.

En el caso de que quieras ir a visitar a una persona, *piensa* sobre todo en esta persona, evócala ayudándote posiblemente con un perfume de ella

o poniendo bajo la almohada sus cabellos o un objeto que ella haya llevado por un cierto tiempo cerca de su cuerpo. Ten presente que, a menos de no disponer de una fuerza muy grande, es necesario que la otra persona esté prevenida, posea una cierta sensibilidad sutil y, por otro lado, *quiera* ella también el fenómeno. El cual se manifestará más fácilmente en el caso de un lazo iniciático.

Si tú ya te hallas bastante avanzado en las prácticas mágicas, y también en las indicadas por LEO para conservar una cierta conciencia en el sueño; si pues puedes ya apoyar la conciencia sobre el cuerpo sutil en vez que exclusivamente sobre el físico, entonces puedes intentar presidir directamente el itinerario del cuerpo sutil, es decir, *descascarar*, en el momento de dormirte, junto a éste, que por lo tanto conducirás hacia donde quieras, en vez de recordar sólo, si es que te sale, la experiencia, o bien controlar de ella sólo la realidad por medio de los efectos: el desplazamiento efectivo de los objetos, la visión efectiva o la sensación de ti, obtenida de la otra persona.

El tercer estadio de la realización es la salida determinada por el estar despierto. En el gabinete mágico, abandónate completamente y suspende todos tus sentidos: es oportuno cerrarse los oídos con cera. Llega al estado del *silencio* más profundo. Estando aniquilado cada pensamiento y desvanecido el sentido del cuerpo, que todo tu espíritu esté entonces concentrado sobre la sola voluntad intensa, infrangible, casi materializada de *salir*[4]. Cuando los sobresaltos instintivos, de los cuales te he hablado, por la incipiente realización de tu intento tratarán de remitirte hacia atrás, que ellos encuentren la voluntad presente como una barra de acero plantada a través de tu mente, contra la cual ellos choquen, quedando instantáneamente suspendidos en su nacimiento. Sobrevendrá entonces un estado neutro, luego te hallarás en algún lugar y te *darás cuenta de que allí no estás más con tu cuerpo físico.*

Entonces ten cuidado de no perder nunca la sangre fría: sabe conducirte adonde quieras, realizando siempre que eres un ser no material, movido directamente por la mente. El poder, en este estado de actuar también sobre las cosas y personas, depende del grado de ignificación alcanzado por el cuerpo fluídico, y por la energía del principio "Oro".

[4] Si quieres, puedes llegar al estado de concentración, en vez que de manera directa, a través de un espejo, siguiendo en todo lo que te dije en el cap. III, y actuando en el momento de aparecer la luz etérea.

Te he dicho: "*realizando siempre que no eres un ser material*". Esto posee un doble sentido: 1) Neutralizar una eventual y no deseada visibilidad tuya de parte de los demás; 2) Anular cualquier emoción que emane de la costumbre por el cuerpo físico, cuando el cuerpo sutil se encuentra en ciertas circunstancias del ambiente físico que sin embargo no podrían tener poder sobre el mismo. Me explico.

Supon que durante tu nacimiento encuentras alguna cosa que, si tú estuvieses allá con el cuerpo físico, te produciría una contusión o una herida. Si tú no realizas que en este estado *no puedes* ser contuso, pero si realizas en vez la situación en términos de cuerpo físico, se determinará en un estado de pánico, en un *shock*, una imagen astral, que inmediatamente te lanzará adentro del cuerpo físico y allí imprimirá la misma transformación: te volverás a hallar desfallecido y contuso en tu lecho o en tu laboratorio.

No te digo mentiras. Incluso la metapsíquica y la etnología han aribado a constatar cosas de tal tipo: por ejemplo, de personas encontradas casi muertas o heridas en sus lechos luego de que a la noche se habían dado a la caza de la "bruja" o del "ogro" [5]. El cuerpo sutil está constituído por fuerzas profundas que rigen los elementos y funciones del cuerpo animal; y así su modificación se transmite inmediatamente a éste. Pero te repito que una tal modificación es operada sólo por tu mente, por sugestión. Si mantienes firme la conciencia en tu no-materialidad y fría tu sangre, nada en el mundo físico te podrá traer daño alguno.

Si en cualquier otro momento quisieses volver a entrar y no lo lograras inmediatamente, evoca la imagen de tu cuerpo físico allí donde lo has dejado, realízala intensamente e inserta en esta imagen tu calma y fría voluntad de volver.

Te aconsejo, para evitar otro tipo de peligros, trazar alrededor de tu cuerpo, antes de disponerte para la salida, un círculo mágico con el debido conjuro, entonado sin embargo de manera de no paralizar la misma salida. En pocas palabras, he aquí la razón: ***múltiples son en el mundo invisible los seres oscuros que no tienen un cuerpo, que braman tener uno, por lo cual se precipitan apenas ubican uno "vacío"***. Y no está dicho que tú adviertas, una vez que hayas vuelto al estado normal, que ya no estás más solo. El peligro es menor cuando la operación acontece en estado de sueño y sin conciencia; porque entonces hay *algún* otro que está obligado a hacer la guardia a tu envoltura dejada aquí abajo.

[5] Una circunstancia singular en estas constataciones es que sólo el cuerpo recibe las heridas, mientras que los vestidos permanecen intactos.

Naturalmente dispondrás que nadie venga, que ningún choque o fuerte ruido se verifique allí donde tu cuerpo permanece. De otro forma las consecuencias podrían también ser graves.

Una última advertencia: si tú tienes escrúpulos morales, sabe que todo lo que operas en cuerpo sutil sobre una persona que no quiere —sea aun con la conciencia exterior dominada por uno o por otro prejuicio— y que sin embargo permanece ante tu acción oculta, sin defensa (la única defensa es autocancelarse en ella el recuerdo de la cosa), puede producir en ella molestias, que van hasta la neurosis y la alteración de la personalidad.

Al volver de las salidas de despierto, ten cuidado de que las primeras veces puedes advertir un estado de postración profunda, una astenia completa en todo el organismo. Debes reaccionar, sacudirte, ayudándote quizás con una ducha fría y con ejercicios gimnásticos enérgicos. Sucede un estado de agitación, de exhuberancia febril y en fin una tercera faz de fatiga vaga y general, de abulia, de esfuerzo en el pensar. Prevé el todo de manera que, a su eventual verificación, no te impresione, y no te dejes tomar, para esperar en vez con calma que cada cosa vuelva al estado normal. Estas repercusiones pueden durar alguna hora: cuanto más, un par de días.

Arvo

ACERCA DE LA «CONTRA-INICIACIÓN»

Quien busca superar el límite humano y aspira a la conquista del Conocimiento y del poder es necesario que se dé cuenta de la existencia de aquello que, usando la designación de René Guénon, se puede denominar la *contra-iniciación*; y es también necesario que él tenga una idea de las diferentes formas de contra-iniciación y de los distintos medios que la misma emplea para la consecución de sus fines.

Como punto de partida se puede asumir la idea general de que existen fuerzas, las cuales tienden a insertarse en las humanas, individuales y colectivas, no sólo para desviar toda aspiración a la verdadera espiritualidad, sino también para crear corrientes, sugestiones y sistemas ideológicos capaces de confundir el conocimiento de la verdad, de falsificar valores, de fomentar el predominio de influencias inferiores y de toda forma de materialismo, de desorden y de subversión en las civilizaciones.

La oposición de las fuerzas del «bien» con las fuerzas del «mal» es un lugar común en las religiones; pero ella no explica adecuadamente de qué se trata, puesto que no es simplemente una cuestión de orden moral y religioso, sino una acción más vasta, objetiva, concreta, de la cual muchas veces los mismos representantes de la religión no se dan cuenta, si es que no acontece incluso que ellos, sin tampoco percibirlo, padecen su influencia.

Aquí yo pretendo limitarme a algunas consideraciones que tienen incumbencia específica con el ámbito de nuestra ciencia. También será necesaria alguna mención general. Habitualmente no existe movimiento de subversión en la historia y en el pensamiento que no posea sus orígenes «ocultos». Y un punto particular del cual nos debemos dar cuenta es el siguiente: una de las «realizaciones» más recientes de las fuerzas oscuras a las que me refiero es la teoría «positivista», la cual niega trasfondos semejantes y pretende que todo en el mundo de los hombres se explica a través de causas históricas tangibles. ¿Una tal mentalidad «positivista» no es quizás la que mejor se presta al juego de las fuerzas que suelen actuar

«al descubierto»? No sé cuál católico ha indicado a su manera que la más hábil argucia del «diablo» ha sido la de convencer a los hombres de que él no existe [1].

En manera principal tenemos que todo lo que es revolución, subversión, antitradición, demagogia, recibe el sello visible de una fuerza que en el fondo no es humana, y que transporta consigo a comunidades encandiladas por las más diferentes ideologías. Sobre esto De Maistre ha escrito páginas de un valor perenne. Sin embargo, la consideración puramente político-social del fenómeno revolucionario es de aquellas que confunden la exterioridad con la esencia, siendo la esencia de toda revolución un hecho que está menos dirigido contra los hombres y las instituciones que no contra el espíritu y que en los casos extremos —es inútil ejemplificar— se presenta incluso como satánico.

Aparte de ello, Guénon ha sido un maestro en indicar cuáles influencias desde atrás de los bastidores han trabajado en la fabricación de aquello que, en general se denomina como mentalidad moderna, a partir de dominios que, como el de la ciencia, podrían suponerse como los más inmunes en lo relativo a tales acciones. El materialismo y el cientificismo, en efecto, derivan en parte de sugestiones y de limitaciones de horizontes demasiado organizados y tendenciosos, como para que sus orígenes de antes y después y su difusión se puedan considerar como espontáneos y debidos simplemente a una estupidez puramente humana: en especial cuando se constata después la precisa convergencia de los efectos prácticos de todo esto con los fines esenciales, en otra parte más visibles, de la contra-iniciación. Guénon dice justamente: «Lo que es verdaderamente singular e incluso cómico, si es que se tratase de cosas menos graves, por no decir siniestras, es que el materialismo, una de cuyas principales pretensiones es la supresión de todo misterio, posee él mismo entramados sumamente misteriosos; y valga ello además, desde otro punto de vista, para la misma noción de «materia», que constituye su base, pero que es ciertamente la cosa más enigmática y la más ininteligible que pueda imaginarse». Que el hombre —sigue diciéndonos— hoy haya llegado a concebir como vida ordinaria y normal una vida reducida sin más a sus posibilidades más inferiores; que él

[1] Ver *Les faits mysterieux de Beauring*, en "*Etudes carmélitaines*" (1933, pág. 11): "Le démon a mille tours dans son sac et son grand art en ce monde, où l'on ne croit presque plus, c'est de faire nier qu'il existe, car il serait une preuve de l'existence du surnaturel".

haga sin lugar a duda alguna sinónimo de realidad, es más, de realidad en sentido eminente, lo que es tangible, visible, apresable y mensurable, todo esto es en verdad el efecto de una *fascinación*, de una especie de *círculo mágico* que ha conducido hasta a una atrofia y a una exclusión de la posibilidad de toda visión y sensibilidad superior. Y la contraparte de este *círculo mágico* es la concepción de la historia que da a entender que el modo con el cual el hombre considera habitualmente a las cosas es justamente el sano y «normal» por corresponder a aquella civilización que, frente a las otras, puede pretender ser «iluminada» y libre de supersticiones.

Es necesario sin embargo tener presente que la contra-iniciación se aplica sobre una dirección diferente y actúa diversamente cuando el *círculo mágico* al cual he hecho mención en este instante, se debilita: el hombre comienza a sospechar nuevamente que además de lo visible existe lo invisible, además de lo normal lo extranormal, además de la conciencia ordinaria de todos los días se encuentra una conciencia más profunda y misteriosa; todo ello no como teoría, sino como realidad. «Aperturas» de tal tipo en la actual civilización contemporánea se realizan ya muchas veces por múltiples circunstancias en vastos sectores. En correspondencia con las mismas es más que visible la acción de influencias empeñadas en prevenir que tales movimientos conduzcan a resultados positivos, a hacer de modo tal que, en vez, a través de los mismos, el hombre vaya al encuentro de peligros y degradaciones aun más graves de las que pudieron y puedan propiciar el mundo del materialismo y del cientificismo.

Aquí se usa una táctica de *diversión*, eficaz allí donde se ignore que mas allá del reino de lo normal está tanto el de lo supranormal, como el de lo infranormal, que la remoción de los límites de la conciencia ordinaria puede acontecer sea en el sentido de la suprapersonalidad y de la superconciencia, como de la subpersonalidad y de una conciencia dismunuída, y que, más allá de la realidad sensible y «natural», se encuentra no sólo la esfera de lo sobrenatural, sino también la de lo subnatural y del psiquismo inferior.

Todo ello parece ser completamente ignorado por las diferentes corrientes del «espiritualismo» y del ocultismo contemporáneo, por no hablar de los puntos de vista de los «metapsíquicos», de los psicoanalistas y semejantes, los cuales no sospechan ni siquiera del principio de una distinción similar en razón de su estrechez mental y de sus métodos. Ahora bien, justamente en las corrientes del «espiritualismo» y del ocultismo de hoy, GUÉNON y con él EVOLA han mostrado la existencia de un tal conjunto de falsifica-

ciones, de confusiones, de desviaciones ideológicas y prácticas, de convertir en legítima la sospecha de que aquí no sea extraña un acción secreta e inteligente, no simplemente humana, cuyo fin principal es el de conducir a todo espíritu que busca salir del círculo del materialismo práctico tomando la dirección no hacia lo alto sino hacia lo bajo, no hacia la suprapersonalidad, sino hacia la subpersonalidad, no hacia la verdadera espiritualidad y el conocimiento metafísico, sino hacia el mundo de un psiquismo inferior, hecho de un nebuloso visionarismo y de sensaciones que concluyen inhibiendo toda posibilidad de verdadero desarrollo, si no es que a propiciar la alteración de la unidad espiritual: lo cual constituye el fin principal de la contra-iniciación. Como se ve, con esto somos remitidos al orden de ideas que interesa específicadamente a nuestros lectores. Los cuales tienen pues que darse cuenta, ante la pululación de sectas, logias y movimientos variopintos, que la confusión aquí señalada hoy es más vasta y peligrosa como nunca, faltando casi totalmente quien, además de la competencia, tenga también la autoridad para denunciarla en sus justos términos.

Para favorecer la desviación espiritual se encuentra la atracción ejercida sobre la gran mayoría principalmente por todo lo que posee un carácter sensacional y «misterioso» (de tal modo que hoy cierto «ocultismo» se encuentra no pocas veces en el mismo plano que las novelas amarillas y las «películas de suspenso»), en segundo lugar por todo lo que es «fenómeno». Acerca del segundo punto, la ilusión se extiende también a personas de un cierto nivel intelectual, a personas que no son simples espiritistas o metapsíquicos, pero que querrían justamente acercarse al método iniciático: éstos creen demasiado fácilmente que los fenómenos son siempre signos sensibles para una realización espiritual. La verdad es diferente puesto que en un cierto ámbito la posibilidad de producir un mismo fenómeno se la puede alcanzar sobre la base sea de una regresión como de una integración de la personalidad. Por ejemplo, la levitación puede ser producida sea por un brujo, como por un santo, sea por un *medium*, como por un iniciado y es evidente que en cada uno de estos casos el fenómeno posee un significado sumamente diferente.

Prescindiendo del mundo de la *medianidad*, sobre el cual no vale la pena detenerse puesto que su carácter regresivo es demasiado manifiesto, y prescindiendo de los casos que querría denominar de «intervención directa» (aludo a la aparición de ciertos personajes empeñados en transmitir una u otra «revelación» para formar grupos y movimientos —y se sabe todo

lo que se ha hablado de esto no sólo para mistificar—); prescindiendo pues de estos dos casos, hay otros en los cuales el carácter desviado y sospechoso de varias corrientes ocultistas puede reconectarse en última instancia a *contactos* que algunos métodos de desarrollo psíquico han propiciado con fuerzas, de las cuales no se sospecha no sólo su naturaleza, sino ni siquiera su existencia, pero las cuales están siempre alerta en el caso de que alguien privado de una necesaria «dignidad» y superioridad se aventure en su dominio. Justamente sobre esta base una luz más bien preocupante podría difundirse en los bastidores de no pocas logias o grupos teosófico-ocultistas[2].

Un peligro de carácter más general, por el hecho de que el mismo se vincula también a corrientes modernas menos especializadas, las cuales se presentan con gusto como «corrientes de pensamiento», es el basado sobre el panteísmo en mayor o menor medida asociado al culto de la Vida y de lo Irracional. También en contra de esto es necesario tomar postura, puesto que no son pocos aquellos que en el panteísmo, opuesto al teísmo religioso y dogmático, querrían ver un saber superior vinculado de algún modo al ámbito iniciático. ¿Por lo demás, no se ha quizás buscado reducir con el mote de panteísmo a toda la espiritualidad hindú, ignorando así que en ella el panteísmo constituye su más neta negación? (Bastaría al respecto recordar el budismo de los orígenes). Pero aquí no es sobre el error teorético, sino sobre el peligro práctico de aquello que yo quiero hablar. Con las palabras de GUÉNON, el mismo está presente en todas aquellas tendencias que «inducen al ser a «fundirse» —y nosotros diríamos más bien a «confundirse»— en una especie de conciencia cósmica que excluye toda trascendencia y por ende toda espiritualidad «efectiva». La diferentes teorías teosóficas sobre la «superación de la ilusión de la separatividad», sobre

[2] Pueden interesar algunas impresiones obtenidas por un viajero en un cierto centro de la India y por el contacto con una determinada personalidad: «¿Quién sabe qué fuerzas están aquí en obra? *Risikesh* es una central de energías psíquicas y este hombre me pareció un poseído, pero no por Dios. Me pareció que hubiese vendido su alma, y que la hubiese vendido bien, lo cual es algo raro y temible, ¿De dónde nacen las ideas? Los grandes inventores y los grandes dirigentes del mundo son hombres que construyen a través de otros cerebros; su poder es el de coordinación, de ingenio, de iniciativa, dentro de un sentido en función de lo que se reclama en el mundo material. Detrás de ellos hay siempre un trasfondo de hombres en mayor o menor medida desconocidos. R.A.K. me pareció terriblemente vivo, y sin embargo como un vaso del mal, como una ampolla cuyo contenido podría operar terribles devastaciones si se volviese a vertir sobre el mundo» (F. YEATS-BROWN, *Lancer at large*, Leipzig, pág. 252).

la «Vida Una» y así sucesivamente, con los correspondientes corolarios de carácter humanitario e igualitario, casi siempre son índices de esta dirección que representa un verdadero y propio «desarrollo invertido». Vale aquí referir las mismas expresiones de GUÉNON: «La enseñanza tradicional conoce el simbolismo iniciático de una navegación que se cumple a través del océano, el cual representa el domino «psíquico» a ser superado con todos los peligros para alcanzar el fin. ¿Qué debemos decir de quien se lanzara en el medio de este océano no aspirando a otra cosa que a ahogarse en él? Ahora bien no otro sería el significado de esta «fusión» con una «conciencia cósmica», la cual en realidad no es sino el conjunto confuso e indistinto de todas las «influencias psíquicas»; y tales influencias, a pesar de lo que algunos pueden imaginar, no tienen con seguridad nada en común con las «influencias espirituales», aun si a veces llegan a imitarlas en esta o en aquella manifestación exterior. Quienes caen en este equívoco fatal olvidan, o sin más ignoran, la distinción entre «aguas superiores» y «aguas inferiores». En vez de elevarse hacia el Océano de arriba, se hunden en los abismos del Océano de abajo; en vez de concentrar todas sus fuerzas para dirigirlas hacia el mundo libre de forma que, sólo puede decirse espiritual, se pierden en la diversidad indefinidamente cambiante y huidiza de las formas de la manifestación sutil, sin sospechar que lo que ellos toman por una plenitud de «vida» no es en realidad sino el «reino de la muerte».

He hecho mención al principio de que las fuerzas de la contra-iniciación se «insertan» en las humanas; quiero decir que previamente deben existir ya ciertas desviaciones espirituales que aquellas fuerzas se apresuran en acrecentar agregándoles aquello que en magia se denomina una «dirección de eficacia». Ello resulta evidente en el caso que he mencionado recién, puesto que panteísmo, vitalismo, teoría del inconciente, y así sucesivamente son muchas veces simples productos del pensamiento contemporáneo y se trata, a tal respecto, de personas que no se dan cuenta del significado de sus ideas, ni de la medida en la cual éstas pueden ser utilizadas por seres que, en vez, a diferencia de ellos, saben perfectamente lo suyo y, casi diría, piensan por ellos.

Esto conduce a una cuestión sumamente compleja, que es aquella relativa a la naturaleza y origen de la contra-iniciación. Para un cierto sector, a tal respecto nos podemos limitar a hablar de fuerzas, y la acción maléfica de las mismas no debe pues referirse a una intención de ellas, sino simplemente a su naturaleza: así como no procede de una intención, sino de la naturaleza misma de un cierto ácido corroer cuando se le da la manera de

actuar. Aquello que algunos denominan el «mundo intermedio», otros el «mundo ínfero» y otros también el «mundo demónico» (sin tomar sin embargo «demónico» en el sentido moral y religioso del cristianismo), puede ser origen de una acción de tal tipo, cuando el mundo de los hombres y de los pensamientos de los hombres se abra a ellos de manera indiscriminada. Pero, además de simples fuerzas se deben considerar seres propios y verdaderos, me refiero a seres inteligentes y personales, en tanto representantes o agentes de la contra-iniciación; seres vinculados, como los iniciados, a una «cadena». Guénon habla, más aun, de una «iniciación desviada y desnaturalizada», de alguna cosa que ha procedido de una iniciación efectiva «a través de una degeneración que se ha desarrollado hasta la inversión que constituye la esencia de aquello que se puede llamar «satanismo». Sin embargo él en el fondo, admite que, a tal respecto, interviene un hecho metafísico, puesto que de la simple degeneración e involución no se pasa sin más a la inversión y a la intención que, prescindiendo de las influencias destructivas «naturales» de las cuales acabo de hablar, son las que definen a la contra-iniciación. En efecto, en cuanto al punto de partida, Guénon habla de «una rebelión contra la autoridad legítima y la reivindicación de una independencia imposible en el orden de una u otra organización iniciática, de parte de personas que ya habían transfundido la fuerza y que por ello mismo se encontraban más allá de un plano simplemente humano[3]. Pero quizás es necesario remontarse todavía más arriba: a aquellos que, al ser dioses, prefirieron ser enemigos de los dioses.

Esto me lleva a una última consideración. Evola ha puesto en luz el hecho de que un proceso natural conduce al hombre occidental justamente sobre la dirección de la contra-iniciación. A partir del Renacimiento —dice Evola— el hombre occidental ha querido ser «libre», ha querido ser por sí mismo; ha truncado uno tras otro los contactos subsistentes con el mundo superior y ha seguido la vía de la inmanencia y de la conquista

[3] En otra ocasión GUÉNON reconoce en el fondo los dos aspectos distintos cuando habla de acciones similares a las de los necromantes, los cuales actúan dando como vehículo de su voluntad los residuos psíquicos sin alma de los muertos. En tal caso, los residuos psíquicos corresponderían a organizaciones iniciáticas entradas en una faz de extrema degeneración y casi sobrevivientes a sí mismas, mientras que la parte del necromante la tendrían las fuerzas de la contra-iniciación verdadera y propia, las cuales dan a tales organismos degradados la dirección invertida. Se volverá sobre tal argumento cuando se hable de la génesis de la masonería moderna.

del mundo físico. Pero allí donde todo termina en el materialismo y en la realidad material dominada por la técnica, el individuo despegado del mundo espiritual tiende a una especie de ascesis como exasperación de la voluntad dominadora y de su libertad. De tal modo él no puede sino disponerse sobre la línea de las influencias de la contra-iniciación, y ya existen sobre esta dirección y son sumamente significativas apariciones de inconcientes «ascetas del mal». Probablemente son éstas las vías con las cuales, no a lo último, se sellará el destino de toda una civilización. Volviendo a nuestro ámbito, también resultará de estas consideraciones sumarias —así lo espero— la importancia capital que posee el concepto de la contra-iniciación. No se trata de ficciones, sino de cosas muy serias y reales, que sin más deben ponerse en la cuenta de la propia defensa, sea intelectual, como espiritual, cuando nos dediquemos a nuestras ciencias.

Lux

OPUS MAGICUM: LOS PERFUMES

En los ritos de la Magia se aconseja hacer uso de particulares sahumerios, para que las facultades psíquicas del mago sean con mayor rapidez elevadas y excitadas de acuerdo a la tonalidad requerida. Esto puede ser dicho como explicación genérica, pero no es inútil mencionar algunos datos particulares.

Se note sobre todo el uso antiquísimo de los perfumes antes reservados a las solas ceremonias religiosas, como por ejemplo en el antiguo Egipto, en donde su conocimiento, como sustancias y como objetos a manipular, estaba en una época estrechamente limitado a la casta sacerdotal.

A distancia de milenios hoy no hay casi rastro de aquellas particulares nociones que en una época formaban parte de la Ciencia Sagrada, salvo algunas menciones breves y confusas en textos medievales, ya algún vago y superficial estudio moderno acerca de las relaciones entre el sexo y el perfume. Excluyo naturalmente los muchos tratados, muy completos sobre la fabricación de los perfumes o sobre el cultivo de las plantas de donde se extraen; en donde, si bien es completo el tratamiento de la materia desde el punto de vista industrial y químico, falta del todo cualquier observación acerca de las reacciones fisiológicas y psicológicas de los perfumes; es decir, falta la cosa verdaderamente esencial e interesante: el conocimiento empírico del por qué han sido usados perfumes. Ni fisiólogos o psicólogos se han ocupado de ello dedicándoles pocos renglones o cuanto más pocas páginas, todas insuficientes. Entre los muchos que he consultado se encuentran: Luciani, Ellis, Pouillet, Berguet, Kraft, Martineau, Moreau, Penta, Capano, Nuccio, Moll, T'Ardiff, Charcot, Monin, Roux, etc. Si las circunstancias nos lo consentirán, tenemos la intención de publicar un estudio exhaustivo sobre el tema, de donde son extractados estos apuntes breves pero suficientes para el uso del operador inteligente.

Es ya sabido y se encuentra consolidado científicamente que de cada animal, o planta, emana un olor, aun si el mismo no es *normalmente* advertido por el hombre.

Los olores, de las múltiples experiencias realizadas, resultan solamente perceptibles en estado gaseoso, determinando particulares excitaciones del sentido olfativo, el cual, se note, está estrechamente ligado, con particular reacción psíquica, a la esfera de los sentimientos, los cuales despiertan actos reflejos, sea en el campo de los órganos motores, como en el de las glándulas de la esfera vegetativa y reproductiva (Véase principalmente: LUCIANI, *Fisiología dell'uomo*, vol. IV, cap. 4; y A. DUMESIL, *Des odeurs, de leur nature et de leur action physiologique)*.

Es también sabido que la percepción olfativa, localizada en las fosas nasales, se efectúa con ambas fases de la respiración. Esto tiene para nosotros una importancia particular; ello lo habrá intuído el lector al recordar las instrucciones dadas por ABRAXA y por mí.

Dejo para otra circunstancia resaltar las escasas observaciones, de carácter puramente fisiológico, hechas hasta hoy, sobre las reacciones de los olores en los órganos de la respiración y, desarrollando una común definición, recuerdo:

La respiración es el *acto* que pone en relación *mediata* la energía vital cósmica con el individuo[1]. Esta, penetrando en la sangre a través de los pulmones, es absorbida en el cuerpo astral.

Se ruega al lector no confundir este último término, con las acepciones dadas en los *siete cielos* teosóficos, y similares.

Pretendo significar, con PARACELSO, al *cuerpo aéreo*, que es sustancia de vida y de acto; cuerpo que el Iniciado puede conocer operando, y no con charlas o macaneos.

En las operaciones de la Teúrgia y de la Magia, de cualquier grado que sean, las *facultades* astrales son excitadas con cualquier medio, sea directo, con voluntad, sea indirecto, con perfumes y formas ceremoniales.

Quien ha probado las prácticas respiratorias sabe la particular reacción sutil que las mismas suscitan. Con el uso de los perfumes, tal reacción es determinada en un orden de vibraciones, que responden al fin del operador.

Los perfumes son usados siguiendo la ley de las correspondencias astrales —*signaturae rerum*— en los días y en las horas de cada planeta. —Véase

[1] El témino *mediato* se refiere al acto respiratorio, que, como es normalmente cumplido, posee tal carácter de *impureza* en cuanto la esencia individual no tiene directo contacto con la vida cósmica, como en cambio acontece en estadios ulteriores de desarrollo en la medida que se realiza la *respiración astral*, de la cual se hará mención más adelante.

para esto el «*Eptameron*» de PEDRO D'ABANO.— Se recuerde que, en general, ellos participan de la naturaleza del elemento *agua (ver* AGRIPPA, *De Occulta Philos.*, I, 7) y son, por ende, útiles como solventes del elemento tierra, y coagulantes del elemento aire, siendo el agua el *medio* entre éstos.

Los perfumes *naturales*, los únicos usados en nuestras operaciones, se dividen en animales y vegetales. Los primeros están dados por: maderos, hojas, fruta, raíces, flores, resinas y todo aquello que tenga proveniencia vegetal.

Doy a continuación una enumeración de algunos, marcando su correspondencia planetaria. De los animales deben comprenderse sus partes, refiriéndose también a las especiales marcas de éstas.

Sol ☉

Laurel, Aloe, Ambar, Bálsamo, Benzoino, Cálamo, Canela, Cedro, Celidonia, Hiedra, Heliotropo, Fresno, Clavel, Genciana. Jacinto, Ginebro, Girasol, Incienso, Iris, Lavanda, Loto, Orégano, Almáciga, Menta, Mirra, Musgo, Oropimente, Peónia, Pimienta, Verbena, Vid, Azafrán - Aguila, Cantárida, Corazón, Cerebro, Médula, Sangre, Escarabajo.

Luna ☾

Alcanfor, Incienso, Hisopo, Magnetita, Mirto, Amapola - Pato, Aguila, Cerebro, Excrementos, Gato, Menstruación, Médula, Jugos, Sudor, Sangre.

Mercurio ☿

Acacia, Canela, Casia, Clavel, Incienso, Orégano, Almáciga, Pimpinela, Perejil - Aguila, Ibis, Sangre.

Marte ♂

Ajo, Espárrago, Bálsamo, Bedelio, Cardo, Ciprés, Eléboro, Euforbio, Magnetita, Ortiga, Llantén, Mostaza, Azufre - Aguila, Lechuza, Hiel, Genitales, Sangre.

Venus ♀

Aloe, Ambar, Naranja, Cilantro, Láudano, Mirto, Musgo, Rosa, Sándalo, Timo, Valeriana, Verbena, Violeta - Aguila, Gato, Sangre, Testículos.

Júpiter ♃

Acebo, Aloe, Benzoino, Haya, Fresno, Clavel, Jacinto, Beleño, Iris,

Almendro, Maná, Almáciga, Menta, Nuez moscada, Peónia, Pino, Encina, Rebárbaro, Estoraque, Ciruelo, Vid, Violeta, Azúcar - Oveja, Aguila, Cola de Caballo, Sangre.

Saturno ♄

Acónito, Asfodelo, Benzonio, Cicuta, Ciprés, Cilantro, Beleño, Mandrágora, Mirra, Amapola, Pino, Resina, Ruda, Apio, Serpentaria - Aguila, Lechuza, Gato, Pelo, Sangre.

Y he aquí un breve elenco de los más usuales, ordenados de acuerdo a los planetas y los días a ellos correspondientes:

Domingo	☉	— azafrán, bálsamo, incienso.
Lunes	☽	— amapola, alcanfor, mirra.
Martes	♂	— euforbio, eléboro
Miércoles	☿	— almáciga, clavel.
Jueves	♃	— fresno, estoraque, benzoino.
Viernes	♀	— amapola, mandrágora, magnetita.

Y de acuerdo a las constelaciones y a los meses:

Abril	♈	— costo
Mayo	♉	— almáciga
Junio	♊	— alcanfor
Julio	♋	— incienso
Agosto	♌	— sándalo
Septiembre	♍	— magnetita
Octubre	♎	— opopanax
Noviembre	♏	— áloe
Diciembre	♐	— asa
Enero	♑	— euforbio
Febrero	♒	— timo
Marzo	♓	— mirra

Se tenga también presente que, en general, todas las gomas participan

de las marcas del Sol; las hojas, de la Luna, los leños, de Marte; las cortezas, de Mercurio; los frutos, de Júpiter; las flores, de Venus; y las raíces, de Saturno.

***

Recuerdo brevemente que en la armonía de las operaciones, los perfumes corresponden también a los colores y a los sonidos. Son conocidas las recientes creaciones de instrumentos, a cuyo teclado no corresponden notas, sino relámpagos luminosos, o rocíos de perfume. BACON y más recientemente B. ALLEN y FIELD, han buscado fijar una escala musical en relación a los colores y los olores. Para estos últimos, es interesante la «gama de Pierre», referida por HUBET (*Plantes à parfums*, París, 1909).

Los procesos de extracción de las sustancias olorosas son normalmente: desecación, pulverización, soluciones, destilados, tinturas, alcoholados, óleos esenciales, óleos por infusión, pomadas. He ya hecho mención a alguno de estos procedimientos al tratar sobre las hierbas mágicas (ver «*Ignis*», año 1925, pág. 336).

Mientras que los perfumes usuales son producidos con uno o más de los mencionados medios, para los fines de Magia las sustancias son directamente puestas sobre un bracero, en donde el calor de carbones ardientes hace volatilizar sus principios olorosos.

Se advierte que, salvo casos particulares, la materia del sahumerio *no debe quemar*.

Los humos desarrollados no se *olfatean* con aspiración y expiración breve y rápida, como acontece con los perfumes, sino que se aspiran larga y profundamente, reteniendo luego la respiración por breve tiempo, y por ende exhalando con *fuerza* y *lentamente*, absorbiendo su esencia vital, y determinándose en el particular *plano armónico*.

Podría escribirse ampliamente sobre el poder «vampírico» del cuerpo astral, pero sea suficiente con mencionar que la esencial característica de esto es precisamente el *aspirar* el fluido vital, para transmitirlo al organismo y *alimentarlo*.

Esto, he dicho, es suficiente para sugerir algún experimento: aspirar el perfume de las flores no recolectadas hasta poder alcanzar a *sustituir en una cierta medida el alimento habitual*.

Acordarse de no intentar esta experiencia con olores animales —y particularmente humanos (sudores en general, genitales, axilas, etc.)— *ni intentar usarlos en las operaciones mágicas sin precisas instrucciones de quien puede darlas*. Para un conocimiento suficiente bastará observar las reacciones que acontecen, *aislándose* tras haber aspirado tres o cuatro veces con el

rostro cerca de una toalla usada por otra persona especialmente si es de otro sexo y, tras pocos minutos de observación, concentrándose en la respiración rítmica y en el *silencio. Advierto que todas estas últimas formas de vampirismo son extremadamente dañinas y peligrosas para el que opera y para quienes se le acercan* [2].

Entre los perfumes más usados se encuentran el incienso y la mirra, ambos con atributo solar genérico, y que se pueden usar bajo cualquier signo, pero que sin embargo actúan sobre planos diferentes, con reacciones que, aun no contrastando, no son por lo tanto adecuadas hasta completarse la una con la otra por una perfecta unión en la totalidad del resultado.

El incienso es perfume mágico por excelencia, en cuanto posee más que cualquier otro el poder de condensación *fluídica*. Por esta razón no es oportuno usarlo en las operaciones que no tienen un fin absolutamente determinado en la obtención de apariciones, y similares. La mirra es útil en las operaciones cuyo objeto es el contacto con las fuerzas naturales.

El *Eucalyptus* será usado en todas las operaciones teúrgicas y en aquellas que establecen reacciones entre inteligencias.

Sepamos ser los primeros en usar e introducir en el uso de las operaciones mágicas esa planta que, conocida desde 1790, ha sido introducida primero en Inglaterra, de donde ha pasado a Francia, extendiéndose luego a todo el continente, en época muy reciente, en 1856, por obra de RAMEL.

El Eucalipto pertenece al género de los mirtáceos, grupo de los leptospermas, es originario de Australia y de las islas del Archipiélago Indiano, cuenta con cerca de 150 especies. De la destilación de la hoja y del madero se obtiene un aceite esencial oloroso —el *eucaliptol* ($C_{24} H_{20} O_2$), uno de los homólogos del alcanfor, poco soluble en el agua, bien en el alcohol y en el éter, que, variadamente tratado, es usado en la industria farmacéutica, de perfumes y licores.

El fruto que nosotros usamos está marcado con el carácter solar e incluye en sí, en una maravillosa síntesis, también a los caracteres de los elementos. El calor disuelve y hace evaporar la esencia de la cual está saturado y que reacciona sobre zonas diferentes, armónicamente, con particular acentuación sobre las facultades superiores.

Puede ser usado como perfume sintético, puesto que es el único que posee todos los caracteres elementales. Unido a poco incienso y mirra es el más útil en las operaciones de Magia.

[2] Son peligrosas para el que opera, como infecciones, intoxicaciones y también obsesiones astrales. Por el contrario el que permanece activo y vigilante, aspirando psíquicamente el olor de una persona cercana puede ponerse sobre su «ascendente» y así sujetarla más fácilmente a su propia influencia oculta.

IX

Arvo

EL PENSAMIENTO CONCIENTE. EL RELAJAMIENTO. EL SILENCIO.

La familiaridad que posee el que escribe seriamente sobre esoterismo con estadios y cualidades particulares del espíritu lo lleva muchas veces a limitarse a menciones muy sintéticas. No pretendo contradecir al lector, pero, puesto que esta publicación es accesible para cualquiera y se ha partido del principio de no dejar a un lado nada en cuanto a su claridad, no estará mal volver sobre algunos asuntos relativos a la *modulación*. Estas simples notas quisieran contribuir a tal fin, estando así dirigidas a la *práctica*; notas que, por lo demás, no podría ni siquiera decir como mías [1].

Muchas veces los detalles son la causa del fracaso; y una actitud errada, no correcta al comienzo, puede perjudicar luego todo el desarrollo.

El Pensamiento que es potencia

¿Cómo es necesario tomar ⨀, es decir el pensamiento que es potencia?

1) Como *pensamiento conciente*, sobre todo como *viviente conciencia del pensamiento*. La primera cosa a entender es que no tenemos habitualmente una verdadera *conciencia del pensamiento*: pensamos, tenemos pensamientos y esto es todo. Por lo tanto hay que realizar en primer lugar el **pensamiento conciente**.

En un momento de calma, fíjate todo en este firme saber:

¡YO PIENSO!

[1] Varias directivas que yo aconsejo se podrían reencontrar en el denominado movimiento del *"Neugeist"*. Véase por ejemplo K.O. Schmidt, *Selbst und Lebensbemeisterung durch Gedankenkraft* y *Wie konzentriere ich mich?* (Baum Verlag, Pfullingen).

Date cuenta de que el pensamiento manifiesta la misma potencia del **ser.** Pensando tú *eres.* Aquello que te mantiene de pie y sin lo cual tú te derrumbarías como un conjunto incoherente de cosas inanimadas, es la *mente*; y tú te encuentras en el centro de esta *fuerza* y de esta *unidad*, ahora que dejas resonar en ti, plenamente despierto, la mágica fórmula:

¡YO PIENSO! ¡YO SOY!

2) Pensamiento conciente... Pero aquí se encuentra ya comprendido un segundo grado, puesto que tú sientes entonces que el pensamiento es una **fuerza.** Concéntrate en el pensamiento, con esta conciencia: «En mí hay una fuerza que es *poder intelectual*. Aquí se encuentra el principio de la fuerza mágica, no en la voluntad «común». El pensamiento integrado en la conciencia que soy *yo* que piensa, revela una forma superior de *acción*: fuente de evidencia y de certeza que se transforma en el sentido que *puedo* hacer y luego, en una fuerza realizadora directa.

3) Este pensamiento animado de fuerza interna es el pensamiento justo. Concentrado, reflexiona sobre aquello que es el falso pensamiento: es el pensamiento nervioso, incierto, agitado, exterior, es el pensamiento sin continuidad, sin energía, sin claridad, por la mitad, distraído, que va de idea en idea, de sensación en sensación. Opone en vez el nuevo sentido del pensamiento positivo, cumplido, del pensamiento recto, con decisión, con fuerza, con claridad del fin, sin temor, sin incertidumbre. Positivas, calmas, rítmicas, precisas, pesadas en todas las partes, concientes deben ser las fórmulas, cuando tú actúas.

4) El pensamiento debe buscar la unidad, rehuir la multiplicidad. El pensamiento se realiza como potencia cuando un solo pensamiento domina la mente y la dirige incansablemente y elásticamente hacia un fin único, casi como si fuese la única cosa que existe en el mundo. Entonces se hace plástico, creativo. Saber bien lo que se quiere y fijar y querer la imagen plástica sin interrupción, elásticamente, en unidad con todo el propio ser, es recoger un sistema de fuerzas ocultas en un poder de realización.

5) Esta concentración debe ser en sumo grado activa. También el miedo, la preocupación, la esperanza, el deseo, el odio, conducen a una concentración, que sin embargo es negativa. Tú debes en vez partir de un estado

equilibrado del ánimo y, procediendo por intensificación y por una especial exaltación, debes alimentar el pensamiento, acrecentarlo, saturarlo, encenderlo hasta advertir el punto en el cual sientes: Yo puedo. Con relación a esto, ELIPHAS LEVI dice que quien conoce las dos corrientes opuestas del «Gran Agente Mágico», o «Luz astral», y conoce también el arte de su equilibrio, posee la clave del poder. Esto es absolutamente verdadero.

6) En fin, el pensamiento que es potencia es el pensamiento de un espíritu libre, es pensamiento que posee un carácter solar, el pensamiento que es también fuego de amor. Mientras que te encuentres preocupado sólo en tu persona y en tu Yo, con sus intereses inmediatos y sus pasiones; hasta que los otros seres y las mismas cosas tú los poseas como una realidad extraña y extranjera y seas esclavo, frente a ellos, de las reacciones instintivas, hasta entonces tú no eres libre y la fuerza de tu mente permanece impedida del mismo modo en que lo está tu cuerpo limitado en el espacio. Solaridad es en vez la virtud que irradia, libertad es el estar abiertos, el saber retomar en sí, emitir una corriente de vida que te hace sentir a los otros seres, en simpatía, aun cuando ellos te rechazan y te odian. Es entonces cuando los límites dan marcha atrás. En forma oculta, aun si quieres matar, es necesario que primero ames al que golpearás. Pero, cuando la apertura de ánimo posee el sentido propio del poder dar, del poder retomar en ti para transmitir tu fuerza, tu fuego para volver a elevar, para conducir adelante, entonces sentirás un misterioso afluir de energías que dan vida al pensamiento agente, que dan una luz y seguridad sin par. El grado más alto del justo pensamiento ☉ es éste.

Sigue este consejo mío: por una *semana*, de noche en la quietud, realiza a pleno aquello que es la primera cualidad del pensamiento creador, es decir del pensamiento conciente. Represéntate en modo viviente todo aquello de lo cual te he hablado; ejercítate hasta que tú no hayas completamente comprendido todo aquello que encierra esta palabra. Luego toma una segunda semana y haz lo mismo para el segundo punto, es decir para el *pensamiento como fuerza*. Y lo mismo para lo demás. Si tú ejecutas todo con serio y justo esfuerzo, estas pocas semanas pueden realmente conducirte hacia un *redespertar*. El sentido de la justa dirección ya lo tendrás.

El relajamiento

ABRAXA ha requerido la atención sobre el hecho de que en las operaciones mágicas debe estar excluído todo lo que es esfuerzo, del mismo modo que

toda resistencia o reacción de parte del cuerpo. Ello quiere decir que hay que aprender, sobre todo, la facultad del *relajamiento (détente, Entspannung)*.

Para arribar a un relajamiento completo, deberías proceder paso por paso: comenzar por concentrar la atención sobre un dedo e imaginarlo inerte, abandonado, muerto, y luego pasar a los restantes dedos, a la mano, al antebrazo, al brazo. Realiza esta fórmula:

«Yo recabo toda fuerza de los músculos de mi brazo. Los músculos duermen completamente. Ellos están relajados. No siento mi brazo: el mismo duerme, está completamente dormido y relajado. Es una masa sin vida».

De igual manera recorre mentalmente las varias partes de las piernas, partiendo de lo bajo, con la misma sugestión, es decir con el mismo mando mental; y *siente* cómo todas las tensiones se disuelven, *casi como una nieve puesta sobre una estufa encendida*. En fin, considera a todo el cuerpo con este pensamiento *conciente*:

«Todos mis músculos están distendidos. Ellos están distendidos. Yo me siento: yo ***estoy*** *distendido. Estoy calmo. Estoy distendido».*

Y luego:

«Estoy absolutamente calmo. Todo en mí se encuentra distendido, disuelto. Estoy calmo, calmo, rítmica proporción, cósmica armonía...»

Procede en estos ejercicios con buena voluntad, hasta que ellos te salgan en pocos segundos. Hazlo *autoconcientemente* y con celo. En poco tiempo, te será posible en cada momento, a través del solo mando mental, o a través de la sola evocación de una imagen plástica mental, relajar completamente tu cuerpo.

El Silencio

Luego del relajamiento físico, viene el relajamiento interno, o *Silencio*. Las sensaciones corpóreas han desaparecido, los pensamientos se hacen siempre más inusuales y lentos, y tú te mantienes en una espera sin impaciencia, en una clama conciente. Realiza esta fórmula:

«El mundo externo ha desaparecido. Yo estoy solo, profundamente en mí... Yo callo. Yo estoy calmo. Pienso y siento que soy calma completa. Estoy calmo, todo en mí está calmo. Todo en mí es calma y paz infinita.

Yo — soy — libre — — calmo...».

Luego, no pensar más en nada. Permanece así. Haz aparecer de repente en ti alguna imagen plástica, viviente.

Calma - como en una lejana, profunda y abandonada tumba.

Calma - como en el fondo de un tranquilo y transparente lago alpino.

Calma - como en una noche estrellada.

Calma - como en una vasta ciudad bajo el ardor del sol de verano, *desierta*, serena, sin ruido, completamente distendida en espera del fresco de la noche.

Tú aquí en efecto te encuentras a la espera de la noche, en la cual surge el *sol espiritual*, en el cual se despierta el milagro de la *interioridad*.

En esta calma profundidad, la mente se encuentra libre, el pensamiento, evocado allí y compuesto según el arte hermético es *magia*.

EA

CONSIDERACIONES SOBRE LA MAGIA Y SUS PODERES

El uso frecuente que en estas monografías se efectúa del término magia hace oportuna una precisión acerca del significado que nosotros, esencialmente, le atribuimos, así como acerca de la legitimidad del mismo.

Aparte de las caricaturas modernas de las disciplinas mágicas, las cuales, en especial entre los Anglosajones, se confunden con los métodos para «convertirse en fuertes», para adquirir el «magnetismo personal», para alcanzar el «éxito en la vida» y así sucesivamente, aparte de esto, también en el mundo antiguo y tradicional la palabra «magia» muchas veces tampoco se refirió a un nivel espiritual muy alto. Podía indicar un conjunto de métodos para un uso de fuerzas no simplemente físicas, el cual podría también no tener un carácter espiritual, del mismo modo como no lo tienen en su campo el uso de las fuerzas que son propias de la técnica moderna. Ello ha llegado hasta el punto de que en ciertos casos la magia pudo ser concebida como alguna cosa semejante a una profesión, y operaciones de este tipo de magia minúscula pudieron ser cumplidas incluso por cuenta de terceros.

Sin embargo sería arbitrario circunscribir en este ámbito inferior a toda la magia; es más, decimos enseguida que quienes, partiendo de diferentes puntos de vista, tienden a limitar a este sentido el contenido del término «magia», demuestran una cierta unilateralidad tendenciosa, de la cual es posible que ellos no siempre se den cuenta, pero que no por esto es menos real.

A su vez en el orden de la simple terminología no se nos impone para nada una tal restricción. Se puede recordar así que «magos» fueron en su momento denominados los representantes del antiguo culto mazdeo del Dios de Luz, entre los cuales de manera notoria no se trataba de la magia en el sentido restringido y minúsculo: parece, es más, que el término derivara de una antigua raíz ario-iránica que se reencuentra por ejemplo en el verbo alemán *mögen* y que significa *poder* en el sentido más vas-

to. Por lo demás, en la misma tradición que tenía que especializarse luego en conferir al término «magia» cualquier posible significado tenebroso de «ciencia maldita» —pretendemos referirnos al cristianismo— no se halló dificultad en conservar el término «magos» para los tres misteriosos personajes que habrían saludado el nacimiento de Jesús. Tampoco en la Edad Media el término «magia» tuvo el sentido restringido aquí mencionado. Este se pudo aplicar, en última instancia, a aquello que entonces se denominaba como «magia natural», en contra de la cual AGRIPA —para citarlo sólo a él— concibió sin embargo una *magia celeste* y una *magia divina* como disciplinas que tienen fines y una dignidad muy diferentes. ROGER BACON denominó a la magia como «metafísica práctica». Un testimonio sumamente interesante, que vale la pena recordar, es el uso que el hermetista italiano C. DELLA RIVIERA hizo de los términos «magia» y «mágico» en su obra *«Il mondo magico de gli Heroi»,* salida al principio del Seiscientos; aquí la magia es concebida como sinónimo del arte de quienes saben abrirse nuevamente el camino hasta el paraíso terrestre para participar del «Arbol de la Vida» situado en su centro: cosa que evidentemente alude a aquella restauración del estado primordial, a aquella reintegración del poder y a aquel contacto con el «Centro», que constituyen el fin esencial de la iniciación propia y verdadera. Un detalle interesante —y se verá luego por qué lo es— es que para DELLA RIVIERA el «mundo mágico» se hace una misma cosa con el «mundo de los héroes» y quienes siguen la vía mágica son denominados por él «los discípulos *regios* del alto Júpiter».

Todo ello nos muestra pues que es lícito usar el término «magia» sin tener que confundirlo con la práctica empírica de los poderes psíquicos, refiriendo a su vez como «alta magia» a un particular modo de entender la misma ciencia iniciática integral. Podemos también admitir que a este significado quizás se acerca más el antiguo término *teúrgia*; pero también aquí serían necesarias reservas, puesto que literalmente «teúrgo» significa tanto «hacedor de obras divinas» como «hacedor de dioses» y en el segundo caso el arte teúrgico sería el de dar forma de apariciones a ciertos poderes de lo alto evocados o redespertados: sería pues alguna cosa que se vincula en más o en menos a lo que se suele llamar «magia ceremonial», la cual permanece, como nivel espiritual, por debajo de la *alta magia* tal como nosotros la entendemos.

En cuanto a la razón por la cual de nuestra parte nos interesamos en usar el término «magia», la misma es doble y pasaremos a explicarla brevemente.

En primer lugar, es para poner de relieve el carácter de ciencia experimental y de técnica que es esencial a la vida iniciática en general y que la distingue de todo lo que es misticismo, medianidad y similares. De paso, se puede resaltar que en el cuerpo de las religiones positivas el componente mágico esta presente en todo lo que es *rito* con un carácter definido y objetivo, opuesto al dominio puramente subjetivo y psicológico de la fe, de los sentimientos y de los estados de ánimo.

La segunda razón es que, a pesar de todas sus falsificaciones y transposiciones fabuladoras, en el tipo del mago se mantiene de manera muy visible aquel ideal de una *virilidad espiritual*, que es también esencial para el tipo más alto del iniciado y del adepto. El mago ha siempre reclamado a la mente la idea de una *superioridad dominadora*.

Con lo cual se puede hacer mención a un orden de ideas para nosotros sumamente importante, puesto que define la tradición a la cual nos vincularemos. Será necesario sin embargo remitirnos un poco desde lejos en el tiempo. Es sumamente útil reconocer, en el conjunto de las antiguas civilizaciones, la presencia de dos tradiciones suficientemente distintas, las que se pueden definir aproximadamente como *tradición regia* y *tradición sacerdotal*. En sus orígenes estas dos tradiciones no eran sino una misma cosa; la diferenciación sobrevino en un período sucesivo y ella debe ser entendida como la de dos diferentes modos de retomar justamente la espiritualidad de los orígenes y de continuar aquello que es denominado como la *tradición primordial*; sobre cuya base han sido posibles interferencias e integraciones recíprocas de la tradición regia con la sacerdotal. Sin embargo, si en el sacerdote se comprende a quien simplemente media en la relación entre el mundo humano y el divino, en el rey (según su dignidad originaria) en vez debe verse a aquel que es directamente un ser divino, por lo cual él actúa una función de mediación ya con su simple presencia. Entonces se debe reconocer que la tradición regia es sumamente más cercana que la otra a la tradición primordial y por ende, al supremo ideal de la iniciación. Esta prioridad se nos aparece como difícilmente refutable para quien tenga en mente aquello que la realeza tradicional representó, por ejemplo, en Egipto, en Irán, en China, entre los Incas, en Japón, en la misma Roma antigua; a este último respecto no será inútil recordar que el título *pontifex maximus* fue un título regio, un título del *augustus*, del Emperador Romano (como ya lo había sido en los orígenes de Roma) y que el catolicismo, al retomarlo y aplicarlo a la jefatura de una jerarquía simplemente sacerdotal, cometió poco menos que una usurpación. Ahora bien, si la dignidad mágica,

tal como se dijo, conduce espontáneamente a pensar en una virilidad espiritual y en una superioridad dominadora, es evidente la relación que ella posee con la tradición de la realeza inciática, como es evidente, por contraposición, que es justamente esta tradición —por decirlo así— la que la legitima y le confiere a ella la plenitud de su significado frente a los horizontes propios de toda espiritualidad de tipo sacerdotal. Que la tradición de la realeza iniciática se haya apagado desde hace ya mucho tiempo por lo que se refiere a adeptos que sean también jefes visibles de pueblos y de Estados, ello sin embargo significa poco: la tradición secreta de la realeza iniciática subsiste y ha subsistido, en su justo lugar, del mismo modo que la de la iniciación en general, y no es por cierto una casualidad que en el hermetismo se ha hablado de un «Arte Regia» y de un *rex physicorum*, que los Rosacruces se referían a un *Imperator* y que incluso en los residuos degenerados y en las falsificaciones de la Masonería de nuestros días hay dignidades que se vinculan a la idea del «Sacro Imperio».

Pero hay aun otros aspectos de la cuestión. El uno se refiere a las calificaciones: las que no son las mismas para la dignidad regia y para la sacerdotal. Para la primera entra evidentemente en cuestión sobre todo la raza espiritual del guerrero y del héroe. Ahora bien, hay una tradición sumamente significativa en el orden de ideas aquí expuesto. Hesíodo refiere la enseñanza tradicional acerca de las cuatro edades, las cuales corresponden a las fases del descenso y de la involución propias del ciclo más reciente da la humanidad. Ahora bien, él, por cierto no por casualidad, sino remitiéndose a las ideas de la Hélade antigua, define como generación de los héroes a aquella en la cual Júpiter-Zeus habría dado la posibilidad de participar una vez más en el estado primordial, a pesar de la aproximación de la edad última, o «edad de hierro»; participación ésta que corresponde a la reintegración iniciática. Se entiende entonces por qué Della Rivera habla de «héroes», de «discípulos regios del alto Júpiter» (Júpiter valió siempre como un dios de la realeza) y nuevamente de «mundo mágico de los héroes» y por qué hemos creído importante reclamar la atención sobre este testimonio, que por lo demás no es por cierto el único, para sostén de la tradicionalidad y de la ortodoxia de un orden de ideas semejante.

Todavía un aspecto de no poca importancia a ser tratado es el siguiente: el límite superior, si se lo puede llamar así, de la tradición sacerdotal es una ascesis de la contemplación pura y una orientación del espíritu, que da especial relieve a la esfera del conocimiento frente a la esfera de la acción. Naturalmente, elevándose hacia las regiones superiores del espíritu las

diferencias no pueden no atenuarse, y allí donde se habla de conocimiento, siempre que haya alguna referencia al orden iniciático, se entiende también realización, del mismo modo que el término *theoria*, en su significado griego originario, muchas veces puesto con el término «contemplación», implica, en oposición a acepciones que vinieron a predominar luego, algo activo: el acto del pensamiento puro. Ello no impide sin embargo que subsista una cierta diferencia, al menos a nivel de acentuación; y quien insiste demasiado en el camino del conocimiento inclinándose a reivindicarle una primacía advertirá, respecto de la vía mágica, la misma desconfianza y, podemos decir, el mismo *animus* que el sacerdote ha tenido respecto del adepto regio.

Sobre el plano más bajo, el caso más típico de este *animus* se encuentra en el cristianismo. El cristianismo posee el carácter de una de las tradiciones más unilateralmente sacerdotales desarrolladas en un sentido semejante, tanto de haber terminado casi completamente en una simple religión privada de cualquier esoterismo. Así pues la toma de postura del cristianismo en contra de todo lo que tenga un sabor de «magia» y de «artes diabólicas» ha sido siempre tan precisa como sintomática, y el mismo en el concepto de «magia» y de «Artes diabólicas» no ha hesitado en asociar, al final, también todo aquello que, en general, tiene relación con el mundo de la iniciación. Pero también en un plano superior no falta quien, aun reconociendo plenamente el significado y la dignidad de la vía iniciática, por entender sin embargo a esta vía en forma unilateral en término de «conocimiento», tiende también él en mayor o menor medida a desacreditar la noción de magia, buscando restringirla al ámbito de una ciencia sumamente poco interesante de manipulación de poderes sutiles. Lo que hemos expuesto muestra sin embargo que una tal restricción es arbitraria, ella indica la influencia a la cual se obedece cuando se insiste en la misma, mientras confirma la legitimidad de hacer de la magia un sinónimo de *ars regia* y de ciencia iniciática del Yo.

***

Luego de estas consideraciones de carácter teórico queremos precisar algunos pocos puntos internos del campo mágico y relativos al concepto iniciático de los poderes.

1) Es una máxima iniciática que «no debes buscar la potencia, sino que es la potencia la que te debe buscar a ti». En nuestra tradición la poten-

cia es *femina*. Ella busca un centro, y quien sabe proveérselo con su propio consistir, con la propia renuncia (decimos justamente renuncia y esperamos ser comprendidos), con la propia dureza creada para dominar a la propia alma, para aislamiento, para resistencia, a éste ella se le une irreversiblemente y le obedece, como a su varón. Del mismo modo que las aguas forman naturalmente unos remolinos alrededor de los pilares firmes de su corriente, en modo igualmente espontáneo se forma el aura alrededor de quien, como una fuerza que se conduce adelante y no se mira a sí misma, hace propio el modo del ser. El ser es la condición de la potencia, una impasibilidad (casi diríamos una frigidez) que no la mira a ella es aquello que la atrae. Al deseo de potencia la potencia se sustrae en vez como una mujer al abrazo lascivo de un amante impotente.

2) Quien comprende esto, comprende también la naturaleza del peligro continuo que se vincula a los poderes. Cada poder es para el Yo como un torrente de fuerza sutil fijada y encadenada por su cualidad «central». Viniendo a menos la firmeza, es decir, el *ser* por el cual un poder es atraído por el iniciado y le obedece, el mismo lo derriba. En tales casos la consecuencia es habitualmente retroceder en un estado más bajo que aquel del cual se había partido. Los poderes se transforman entonces en entes que *poseen* a quien ha caído.

3) Se habla a veces de un «rechazo de los poderes». Esto es un sin-sentido, del mismo modo que lo es la «renuncia al *nirvâna*», del cual igualmente se habla en ciertos ambientes teosóficos. El *nirvâna* no es como una habitación en la cual se puede entrar o no entrar a voluntad. El *nirvâna* es un *estado*, y una vez que ha sido realizado, no hay manera de «renunciar a él» por el simple hecho de que el mismo constituye, de una vez por todas, una parte integrante del propio ser. Igualmente se podrá es cierto hablar de una renuncia al *uso* de los poderes, la cual cosa equivale a tener el poder en un estado de simple posibilidad, pero el *rechazo* de los poderes no tiene sentido, puesto que ellos se vinculan a nivel natural con la dignidad metafísica del iniciado y son, en un cierto modo, el crisma de la misma; por lo cual, en rigor, los poderes podrían ser rechazados sólo cuando se pudiese renunciar a aquella dignidad, lo cual es imposible por la razón recién expuesta al hablar del *nirvâna*.

Es verdad que en cualquier caso los poderes, lejos de ser siempre deseables como se imagina el profano, son tales que el que los posee sin

haberlos solicitado, con gusto se descargaría de ellos si pudiese hacerlo. Cosa que puede presentarse por analogía al pensar en las dignidades y en los puestos de mando en el mundo de los hombres que implican no sólo el riesgo, sino también un alto grado de compromiso y de responsabilidad: responsabilidad, en primer lugar, frente a sí mismos.

4) La atracción que sobre las mentes comunes ejerce la noción de los poderes mágicos se basa en un equívoco grosero: por un lado se concibe a un hombre cualquiera con sus diferentes deseos, fines, pasiones e intereses, y a este hombre se lo piensa como investido de poderes; allí en donde el sujeto de los poderes, el hombre mágico, es en cambio un ser sustancialmente diferente del primero: el mismo no puede tener nada en común con el primero y es un verdadero y propio cambio de estado que le ha puesto en mano los poderes (ello vale por lo menos para el dominio de la *alta magia*; en la magia negra que, sin moralismos, nosotros mismos podemos denominar magia negra y que es aproximadamente lo mismo que la brujería, las cosas pueden ir de otro modo). Así pues acontece que la gran parte de aquello que un hombre común podría desear hacer y conseguir con los «poderes» cesa casi por completo de tener interés para quien ha conseguido el estado que lo introduce a la real posesión de los mismos. Ello vale tanto más rigurosamente por cuanto más se asciende (o se gana en profundidad: es la misma cosa dicha en modo diferente), y constituye la razón por la cual quienes pueden, menos lo manifiestan.

5) En muchos persiste una concepción incluso infantil de la acción mágica: casi como aquella de un hecho que se determine sin un nexo causal, más o menos como es propio de las varitas mágicas de las fábulas que *ipso facto* producen automáticamente éste o aquel efecto. Evidentemente aun si no se refiriesen justamente a varitas mágicas, sino a fórmulas misteriosas o a signos secretos que tendrían un poder análogo, el horizonte no cambia en mucho. De pasada, queremos resaltar que por un ejemplo de situaciones de tal género, en todo caso, no es al mundo de la verdadera magia, sino al de la técnica moderna que habría que referirse: el poder de hacer saltar por aire una roca apretando la tecla de un interruptor, o también simplemente de hacer brotar fuego frotando un fósforo, es en el fondo justamente de tal tipo: aquí estoy yo y allá se produce el efecto provocado automáticamente, «mágicamente», a partir de un poder que no es el mío, que me resulta totalmente incomprensible y extraño por más que se pueda conocer también

perfectamente su modalidad o, para decirlo mejor, sus *hábitos*. Además una magia semejante de la técnica admite las posibilidades que, en razón de lo que se ha mostrado en el punto anterior, la *alta magia* excluye: se puede hacer de ella un uso indiferente para cualquier deseo o fin de una individualidad humana de cualquier tipo.

En vez el verdadero acto mágico es, desde el punto de vista de la experiencia interna, justamente lo contrario del milagro en el sentido supuesto de fenómeno incomprensible y asombroso. El mismo procede de un estado de absoluta *evidencia-conocimiento* al que le resulta inseparable el sentido de una directa, real causalidad, del *poder* que desemboca directamente en el efecto. Este efecto es realizado en función de sus causas y la causa hace una misma cosa con el *estado* de una vida integrada y de sus culminaciones. Se recordará que hemos ya tratado acerca de esto al hablar del concepto iniciático de conocimiento.

Hay sólo que agregar que fórmulas, ritos, signos que en su origen servían de apoyos y de auxiliares para acciones que tienen un significado semejante, en razón de una degeneración pueden haber sido transmitidos sin que hayan sido ya más entendidos. Ello no impide que, para todos los factores sutiles que se le vinculan y por reacciones indirectas sobre el operador (es aquello de lo cual efectivamente se trata en los casos en los cuales se cree que todo se reduzca al poder de una autosugestión y a los medios para crearla), el uso de aquellos instrumentos mágicos transmitidos pueda, en determinadas circunstancias, continuar a producir los mismos efectos; efectos que entonces podemos ser llevados a considerar como «mágicos» en el sentido malo y milagrero, justamente porque en semejantes casos el proceso causal escapa en gran medida a la clara conciencia.

6) El punto ahora tratado remite a operaciones que son justamente ejercicio de poderes y no poseen una finalidad exclusivamente iniciática. Y se debe admitir que varias de las instrucciones de magia comunicadas en estas páginas se refieren a este plano o, por lo menos, se pueden referir al mismo. ¿Se puede seguir la justa vía y sin embargo entregarse a operaciones de tal tipo? Lo que se ha dicho en el punto 4) mantiene su validez. Sin embargo se puede concebir una faz intermedia en la cual la experiencia mágica puede tener el significado y el valor de una especie de *deporte*, no en el sentido vulgar, sino como un entrenamiento de fuerzas y de órganos, que aquí no son del plano físico y corpóreo y que corresponden a quien comienza a conducir una doble vida, en lo visible y en lo invisible. Hay que agregar que, así como un deporte sano desarrolla cualidades de disciplina,

de coraje, de perseverancia, de dominio lúcido de una situación, disposiciones análogas son desarrolladas —y naturalmente en una cualidad y en una medida más altas— en las acciones y en las experiencias de las cuales se ha hablado; y estas disposiciones no pueden sino ser de ayuda para las mismas realizaciones iniciáticas en sentido propio. Queda sólo saber reconocer el límite, más allá del cual, justamente como en el deporte físico, no se tiene más un desarrollo, sino una desviación, puesto que se termina dando un valor en sí a cosas que poseen sólo uno contingente.

Planteamos en fin esta última cuestión. ¿Es pensable un uso del poder, cuando el mismo no sea concebido en los términos planteados en el punto 4) (es decir para la satisfacción personal de deseos y de pasiones humanas), y que no tenga la finalidad totalmente contingente y subordinada de la cual se acaba de hablar? Se puede contestar afirmativamente. En primer lugar, en la misma vía iniciática y sobre un plano totalmente trascendente, puesto que hay tradiciones precisas en las cuales la capacidad de *actuar* constituye una prueba, cuya superación conduce de la «identidad pasiva» propia a una especie de beatitud cósmico-extática, a la «identidad activa» que es la verdadera realización inciática y «regia» del Principio Supremo. Se habla de esta prueba en ciertas enseñanzas esotéricas islámicas; en la tradición hindú nos da de ella el sentido el Dios K*r*sh*n*a, cuando en el *Bhagavad-gîtâ* (IV,6; IX,8) dice: «En mí todos los universos se encuentran ya cumplidos; aun dominando mi naturaleza, yo me manifiesto entre los seres y actúo» [1].

La última posibilidad a considerar es la de acciones efectuadas no en la vía del cumplimiento —a la cual en el fondo se vincula la misma posibilidad aquí mencionada, aun constituyendo su última etapa— sino por un adepto que ha ya recorrido tal vía. Pero, respecto de tales acciones posibles, se puede decir muy poco, al escapar éstas, por hipótesis, a las medidas y a las motivaciones humanas. Es cierto que en su base no pueden encontrarse pasiones y fines particulares; pero ni siquiera las nociones de «bien» y de «mal» pueden informarlas, perteneciendo tales nociones y su neta contraposición de igual modo a la esfera humana; pero lo que tiene la cualidad de *centro* y de «invariable medio» es por igual distante del uno como del otro, del «bien» como del «mal», y la misma naturaleza la deben poseer las acciones desindividualizadores de quienes han realizado el vínculo de acuerdo a la esencia con el «Centro».

[1] Tal es el verdadero sentido de lo que, en el campo de una doctrina seria, puede corresponder a la mencionada "renuncia al *nirvâna*".



ABRAXA

LA MAGIA DE LA IMAGEN

En un ser convertido en *viviente* la mente no es más «pensamiento». Es actividad que *determina* a través de *imágenes* instantáneas. El mago crea en sí mismo con imágenes, destruye y transforma en la esfera de la materia de sus sentimientos y de sus sensaciones; con imágenes él actúa sobre el propio organismo; con imágenes él opera sobre los otros. El sustituye el acto material y la «voluntad» de los hombres por la fuerza de la imagen.

Pero para llegar a tanto es sobre todo necesario despertarse en un estado de *rapidez sin tiempo* en el sentir, en el concebir, en el detener, en el intervenir. Lo que la conciencia común, tarda, inerte y obtusa alcanza habitualmente a percibir es el equivalente a la lentitud sonambólica. Los *actos* a ella le huyen, abre los ojos sólo cuando ya está el «precipitado» del hecho (la cosa, la sensación, el movimiento material), y así tan sólo sombra de fenómeno es aquello que ella percibe, un mundo de conocimiento-constatación, no de *acción* (magia).

En este sentido se comprende como exterioridad de fenómeno y lunaridad al mismo mundo que tú llamas «interior»; así tú no conoces y vives la *imagen* cual acción, sino simplemente y tan sólo cual imagen: el *acto* suyo es demasiado rápido, y tú no le estás presente a él. En tanto simple eco, ella pues o «se presenta» por sí, o puede ser sólo «evocada». La relación *creativa*, que a través de ella te haría actuar desde lo profundo (*imago = imo ago*), no la conoces.

Para acoger y percibir esta rapidez de lo que no es aun «físico», la mente debe lograr desvincularse del órgano del cerebro. Tú reencuentras pues por condición necesaria la traslación de la cabeza en el «corazón», de lo cual en precedencia ya se te ha hablado. Esto es también el «baño» que disuelve y libera al «Oro», recabando al Hermes *alado*, símbolo por lo demás justamente de *rapidez*, que corresponde al del *antílope* referido, en el esoterismo hindú, al «centro» sutil del corazón.

Tú sabes ya que este «descenso» conduce a la percepción de lo «su-

til» y de lo «volátil». Pero lo «sutil» es la *segunda dimensión en profundidad* de la realidad, aquella en la cual ella no es más materia, exterioridad en espacio y tiempo, pensamiento discursivo, sino actividad, ritmo. Tú entonces *«renaces hacia atrás»*. No estando más embrujado por el *espectáculo* de las cosas y de las ideas, puedes así despegarte y captarlas en el ámbito presensorial.

La voluntad es esfuerzo; el deseo es tendencia hacia alguna cosa que no se tiene; la fuerza es un medio entre un fin y la realidad en la cual ella busca traducirse venciendo una resistencia. En la imagen mágica, en vez, no hay esfuerzo, ni tendencia, ni intervalo de cumplimiento: es un actuar que es un ver, y un ver que es un actuar; la ideación es realización *ipso facto*. No tiene futuro, es más rápida que la antítesis, su ley es el ES, el mando-presencia.

***

Con imágenes puedes tú en primer lugar mantener en línea firmemente los sentimientos y las turbaciones que sobre ti, discípulo que luchas, descendiesen. Si brama, miedo, ira, sensación, odio, voluptuosidad se manifestasen de repente en tu ánimo, en tu sentir y en tu querer, salta hacia atrás y fija el sentimiento en una imagen: actúa sobre ésta, y el acto mental producirá la transformación y el aniquilamiento correspondiente. Ejemplo (*Majjhimonikâyo*, XX):

«Como un joven floreciente que de repente se diese cuenta de tener atada al cuello la carroña de una serpiente o una carroña de perro o una carroña humana y asustado, espantándose y temblando, enseguida se la arrancara y la tirase»

La afición va unida prontamente a la imagen de la carroña, y la mente realiza el horror, y el gesto de arrancarla y lanzarla. El acto mental, cuando se refuerce en un acto material, da lugar a la práctica ritual y simbólica, de la cual te hablaré en otra oportunidad, si bien tú puedas desde ahora entrever el sentido. En el África septentrional, por ejemplo, sobre los montes se encuentran montículos de piedras, considerados saturados de un poder maléfico: han sido creados por una materialización del acto mental, por medio de la cual, una vez fijado el afán del ascenso en la imagen de una piedra, se tira esta misma piedra.

Un pensamiento o imagen de negación, desconfianza, distracción, o que simplemente tú no deseas, asúmelo elásticamente, y realiza enseguida

una mano que, así como con una astilla clavada repentinamente, la extrae y la tira. Y si el elemento se ha ya introducido y ha absorbido parte de tu fuerza: «de la manera como un hombre fuerte aferra por la cabeza y por las espaldas a uno más débil, lo doblega, lo abate, lo mantiene quieto debajo de sí». Un dolor, un malestar, un cansancio, fíjalos en la imagen de un copo de nieve que se disuelve al contacto con una masa de metal incandescente. La sombra de un humo que, en el fuego de la mente se pierde en el cielo puro, azul, tersísimo, en razón de una turbación, una inquietud, un deseo, una fiebre mental. La mente se fija en medio de la imagen de un puño que aprieta a un pequeño animal, hasta que permanezca quieto, sin movimiento, inerte; o bien de la de un tremolar y de su sucesivo detenerse, tras el clavarse de una flecha lanzada en contra de una mesa; o bien de la de una barra de acero siempre presente que detiene toda reacción; o bien de una mano que sistemáticamente toma y reconduce a su lugar en el centro, a la mente inestable que se escapa de todo surgimiento involuntario de una asociación de pensamientos.

Para disolver el ánimo, el cielo libre, el aire, o bien: «como lago profundo, límpido y claro, así se hacen serenos los sabios» (*Dhammapada*, VI, 82); o: «todos los deseos fluyen en él como las aguas fluyen en el gran mar que, llenado continuamente, sin embargo permanece inmutable» (*Bhagavad-gîtâ*, II, 70); o todavía: «Como una llama que resplandece inmóvil en un lugar sin viento» (*Bhagavad-gîtâ*, VI, 19). A esta última imagen se puede pasar por transformación de la de una llama aun envuelta de humo y móvil, en la cual se fija un eventual estado inicial turbado por modificaciones aun no dominadas.

Sobre todo esto, nota: en primer lugar, que es necesario detener el pensamiento o sentimiento cuando aparece. Va como agarrado en vuelo, antes de que tome tierra en tu alma y se difunda. Previene. Sofoca en germen. Hazte ágil, lábil, listo a despegarte y a sustraerte. «Como una semilla, que huye bajo el golpe de la lezna».

En segundo lugar, la práctica, en buena medida, te remite a la preparación del Caduceo: el estado emotivo hace de mercurio fluídico ☿ que se fija en la imagen, la cual es ignificada en el acto mental ☉; es decir todo depende de la amalgama, tan rápida como completa, del sentimiento con la imagen, y de la aptitud activa a conservar frente a esta última, sobre la cual, como un haz de rayos solares recogido en el fuego de un lente, toda la mente se debe concentrar.

En las invocaciones teúrgicas, las diferentes imágenes, que expresan

los atributos referidos a la entidad o divinidad, van actuadas en el sentido fluídico de todo el propio ser. La mente pasará de la una a la otra, en una serie de transformaciones aptas para producir la exaltación necesaria para que se cree la simpatía y la comunicación.

Una imagen general de potencia grande es aquella de un cuerpo oscuro que se consume y cae dando lugar a un cuerpo hecho de luz radiante y de fuerza gloriosa. Esta imagen en realidad brota en todos los momentos de repentino y mortal peligro, en un instante demasiado rápido para que la conciencia humana común lo pueda percibir; y ella resurge y restaura y transfunde fuerza en el organismo mientras el mismo se abandona y hunde en el sueño. Otra imagen es de gran potencia, puede truncar fuerzas adversas incluso en la corporeidad: es la de un esqueleto gigantesco, blanco, hecho de fulgores.

Si procedes en estas prácticas, surgirá siempre más distinto el saber en ti, aprenderás que los pensamientos y los sentimientos no son cosas incorpóreas y «espirituales» fluctuantes por el aire, sino casi como objetos tangibles y en movimiento, que se pueden manejar, desplazar, proyectar, alterar, posar, cargar o descargar, y que tienen cada uno una forma propia, la cual en ciertas condiciones puede incluso ser vista.

La imágenes mágicas pueden ser inventadas, pero tú comprenderás bien cuan más eficaces sean aquellas que se acercan a las formas y a los signos reales de los estados que ellas fijan. El que ve, puede pues sugerir imágenes que den la palanca más poderosa para la magia mental; y él conoce también símbolos los cuales, realizados plásticamente en la imaginación, la marcan e informan de modo de conducir a un contacto efectivo con las potencias que les corresponden. El lento ascenso de la Luna sobre el horizonte, y el Sol que se eleva dispersando la niebla de la noche, son por ejemplo dos imágenes-vías para la comunicación con fuerzas cósmicas, en forma respectiva de destrucción y de creación. El sentido de la Luz y el del Fuego, evocados en la concentración, propician la experiencia de dos aspectos del cuerpo sutil; y así sucesivamente.

Al haber distanciado todo lo que en el sentir y en el querer es brama o aversión, simpatía o antipatía, manía de afirmación, apego, egoísmo y reactividad instintiva, con el ánimo firme, calmo, recogido, impasible, el mago distingue con el ojo soberano en figuras a los sentimientos que descendiesen sobre él, así como aquellos de quienes sean por él fijados. Sobre estas imágenes, él podría actuar directamente: basta que su mente las asuma y las proyecte transformadas, basta que su ojo, con un acto

de ver-mandar, las mude en otras, para que en modo oculto y preciso se produzca una modificación semejante en el alma de la otra persona.

Así como también, si él quiere, puede evocar en sí la figura de un determinado sentimiento, encenderla, saturarla con su fluido; si luego, manteniendo fija la mente sobre otra persona, actuando interiormente el gesto de un quitar de un lugar y posar en otro, ve la figura en tal persona, en el corazón, en ella permanecerá transferido aquel mismo sentimiento o estado.

Estas operaciones son posibles también cuando no se haya arribado a la visión, con imágenes no reales —es decir no correspondientes a «signaturas», sino inventadas—, en tanto que tengan sin embargo un poder sugestivo y analógico suficiente, en tanto que se sepa *fijar* bien en ellas el elemento correspondiente y en tanto, en fin, que la acción no tenga que ir demasiado en profundidad por la presencia de resistencias excesivamente enérgicas.

***

En fin, en su potencia mas alta, la imagen agita, arde, provoca resurrección en el mismo mundo de las cosas de la naturaleza.

La sustancia de la naturaleza es *brama* ▽.

En la inteligencia y en la voluntad conciente el fin del movimiento es una idea, un fin, algo que puede ser pero que no es aun: es una *posibilidad* a realizar. Pero la llegada de la brama trae identificación, ensimismamiento oscuro, necesidad. Ella acerca cada vez más el acto a la realización a la cual el mismo tiende: la duración del movimiento se contrae, la virtualidad se confunde con la tendencia y la tendencia con la acción. Con la disminución gradual del intervalo que separa al movimiento y a su fin, la idea no se distingue más, se confunde, se precipita en el acto y en el objeto: toma siempre más la forma del ser, se convierte en el ser mismo. Nada separa más al agente y a la acción, al ideal y a lo real, al sujeto y al objeto, y esta inteligencia que se hunde totalmente en su acto, que es toda un conato ciego y se convierte así en instinto, en mecanismo, en automatismo, fuerza vibrada y convulsiva absorbida en sus objetos, *tal es la esencia profunda de aquello que se te aparece como naturaleza*. En la naturaleza rige el ensimismamiento del fin con el principio del acto, la degradación de la libertad en mecanicidad; es la precipitación de inteligencias elementales perdidas todas en la tendencia ciega en perseverar en el acto mismo que las constituye,

en la sustancialidad de sus «imágenes». Es así cómo, aprisionados en la materialidad de las cosas, duermen signos y símbolos, abismales imágenes de luz, gestos de potencia y de iluminación que la ley de la brama ha oscurecido y crucificado en la esfera del hado [1].

Y la misma contracción y aceleración por la cual la idea, disolviéndose de la esfera de la libertad, se degrada en sensación, instinto, naturaleza, es la velocidad sin tiempo de *actos* que atraviesan tu mente sin que ésta pueda darse cuenta y retener su percepción; y por lo cual pues, la mente misma no ve sino *hechos* —cosas, seres en forma de exterioridad, de ex-sistencia— y movimientos materiales en serie: *precipitados* (en sentido químico) del mundo sutil.

Pero cuando tú hayas llegado a detener en ti la sed, la brama, el oscuro tender, el conato irracional que domina lo profundo de tu ser, y habiéndote adecuado tú mismo a la rapidez *mágica* en el concebir y en el intervenir; entonces tú podrás dirigirte hacia una análoga realización en la esfera de la naturaleza. Podrás detener en tu espíritu los actos de los entes antes de que se precipiten en forma de cosas materiales, y entonces no se te aparecerá más un mundo de materia, sino un mundo de *imágenes*, y acción y no más pasión, será tu conocimiento. En tu *Sí* (amor, consentimiento) vivirás en forma transfigurada, bajo la especie de actos intelectuales, las fuerzas oscuras de los entes. En tu *No* (oposición, dominio), proyectando tu fuerza ☉ en la imagen que rige el cuerpo de brama ☿ del ente, crearás una transformación trascendental que se traducirá en un invisible seguir tu mando de parte de aquello que en el orden de la naturaleza depende de aquel ente. Puesto que tu consagración de Disuelto, Rechazado, Rehuído es un poder de libertad, se impone al demonismo, a la ley de necesidad de las fuerzas compuestas de brama, y las detiene.

Así, a medida que te *fijes* a ti mismo arrancándote de las «Aguas», crecerá la capacidad tuya de interceptar y de retener en su estado sutil las diferentes energías e impresiones; y brotarán naturalmente en ti imágenes correspondientes, en lugar de la representación de los fenómenos reflejos y de las apariciones recabadas de los sentidos físicos. Primero, las imágenes de tu mundo interno psicológico —pensamientos y sentimientos— y tu misma «figura». Más profundamente, las imágenes sepultadas dentro de los órganos y las actividades de tu cuerpo. Más profundamente todavía, los signos de los reinos, de las fuerzas y de las influencias naturales y estelares, de los Doce y de los Siete.

[1] Véase F. Ravaisson, *De l'Habitude*, París, 1927, págs. 36-40, 44-45, 47, 50-51, 60.

Y si te es dado llegar hasta la situación de adepto, acontecerá que nada más actuará sobre ti directamente y contingentemente. Todo se te presentará en primer lugar en la aparición súbita de una imagen que busca ser acogida y querida: así pues el cansancio, el amor, la enfermedad, el sueño, y cuanto gradualmente se despierta y surge del reino subterráneo del instinto y del automatismo fisiológico. Y acontecerá según la ley de necesidad sólo aquello por cuyas imágenes te habrás dejado superar, es decir, aquello cuya imagen tu mente no ha sabido sostener en sí, para reducir en *Sol* a la naturaleza oscuramente demónica, a la ciega espontaneidad.

PEDRO NEGRI

EL ANDRÓGINO HERMÉTICO Y UN CÓDIGO PLÚMBEO ALQUÍMICO ITALIANO

En 1910 vio la luz un opúsculo titulado: «*Un librito de Alquimia sobre láminas de plomo en el siglo XIV*, conservado en la Biblioteca del profesor SCIPIONE LAPI con introdución, notas y 13 facsímiles de ANGELO MARINELLI, con prefacio del profesor CESARE ANNIBALDI, Ciudad de Castello, Tipografía del Establecimiento S. LAPI, 1910».

El código plúmbeo original es un «pequeño volumen de forma rectangular, numerado en el lado *derecho* y en el *reverso* con láminas de plomo del espesor de aproximadamente un milímetro. Para MARINELLI y para ANNIBALDI el librito es sin duda del siglo XIV, pero CARBONELLI, que en una obra (GIOVANNI CARBONELLI, «*Sulle forme storiche della Chimica e dell'Alchimia in Italia*, Roma, 1925) se ha ocupado de este librito y lo ha confrontado con otro código plúmbeo, similar a éste, conservado en el Archivo Diplomático Florentino, hace remontar los dos códigos a la misma edad y dice que poseen los caracteres de la primera mitad del siglo XVI. Nosotros retenemos, y veremos las razones de ello, que por lo menos en lo que concierne al librito publicado por MARINELLI, se trata de una obra aun más tardía y precisamente de la primera mitad del siglo XVII. Y también el otro, sobre el cual sostuvo una lección CESARE GUASTI, lección contenida en sus *Obras* (Vol. II, parte I, págs. 93-102, Prato, 1896), es en todo caso un poco anterior. La cuestión, en razón del contenido del librito, no es de simple erudición; y, entre otras cosas, se vincula a una cuestión de índole histórica sumamente ardua y controvertida, la cuestión relativa a las relaciones entre el Hermetismo y la Masonería.

En la tapa del librito, que posee un lomo tallado, se ve en el centro de la primera página la imagen del sol con rostro de hombre, contorneada por rayos alternados, algunos derechos, otros serpenteantes, y en la cuarta página, en el centro, la de la luna arqueada con rostro de hombre, cuya barba en punta forma una de las extremidades. El texto del librito está entremezclado con ilustraciones, reproducidas (si bien no fotográficamente) por

MARINELLI. Remitiéndonos ahora al opúsculo de MARINELLI para los detalles particulares, describiremos brevemente estas ilustraciones, siguiendo el orden del contexto, y reproduciendo paulatinamente el texto del librito.

La primera lámina contiene un carruaje sumamente adornado, tirado sobre las nubes por cuatro caballos, en el cual se encuentra sentada una figura humana vestida, con la cabeza circundada por una aureola radiante. Tal figura con una mano sostiene las riendas, y en la otra tiene un rebenque con varias colas. El rostro es imberbe, y por lo tanto MARINELLI cree que representa a la aurora sobre su carruaje iluminado por el sol, el que se distingue en lo alto a la derecha.

La ilustración lleva al pie de página esta expresión: *«Pater eius est Sol; mater eius est Luna»*; expresión extractada de la *«Tabla de Esmeralda»* atribuída a Hermes, el «Padre de los Filósofos». En cuanto a la auriga que guía los cuatro caballos, esto nos hace pensar en el «Carro triunfal del Antimonio» (1604) de Basilio Valentino, y más precisamente aun en el *«Auriga ad quadrigam auriferam»* de Nicola Barnaud (1601). Es evidente y perfectamente conforme con los gustos y con las costumbres de los hermetistas el acercamiento de la palabra *auriga* con la palabra aurum, acercamiento etimológicamente errado, pues debe en vez vincularse auriga con el sánscrito *arv* = caballo (el corredor),aunque en los tiempos de Barnaud ello tenía que parecer innegable y sugestivo. Los cuatro caballos representan a los cuatro elementos; las nubes nos dicen que la escena no se desarrolla en la tierra, sino en el cielo; es decir que no hay que fijarse en el significado material, sino en el espiritual [1].

En la página 2 del librito está representado un hombre barbudo y semidesnudo con una hoz, sentado sobre un relieve del terreno, a los pies de un árbol. Sobre el pecho lleva el signo de Saturno y al pie de página de la laminilla está grabado: *Hic est pater et mater eius, sive lapis noster et philosophorum* (Esto es su padre y su madre, es decir nuestra piedra y la de los filósofos). Que se trate de Saturno, ello está confirmado por la hoz; Saturno en verdad, divinidad itálica de los sembradíos (*ab statu dictus Saturnus* — Varrón), lleva la hoz para la cosecha de las mieses. No deberá en nada maravillarnos entonces toparse desde el comienzo con Saturno, cuando se piensa en el *saturnia regna* de la *edad del oro.*

Alquímicamente Saturno es el plomo, es decir justamente aquel metal

[1] Ello pude significar también que se trata de operaciones y de elementos referidos al plano sutil [*N. de Ur]*.

del cual es hecho materialmente nuestro código plúmbeo, así como también el otro código plúmbeo que hemos recordado. El plomo fue considerado por los antiguos alquimistas egipcios como el generador de los otros metales; su nombre se aplicaba también a cada metal o aleación blanca y fusible, y por lo tanto al estaño (plomo blanco), a las aleaciones de plomo y de estaño, asociadas también al antimonio, al cinc, etc. Nuestro plomo es aquel que Plinio y los antiguos denominaban negro (y esto parece también significar etimológicamente la palabra plomo) en oposición al plomo cándido, es decir al estaño. Los minerales de plomo son frecuentemente argentíferos y operando sobre ellos parecía que no hubiese otra cosa que hacer que imitar y ayudar a la naturaleza en la obra de transmutación. El fuerte peso específico del metal, la lentitud de movimiento del planeta Saturno, el más alejado de todos (no conociéndose aun a Urano y a Neptuno), hacían del plomo un símbolo natural de lo que es en nosotros denso, tardío, pesado, es decir de lo que es el organismo corpóreo en su plenitud. No es simplemente una inducción nuestra que tenga que haber sido establecida sobre esta correspondencia sino que es un dato de hecho, como resulta por ejemplo de la siguiente sextina en francés:

Il est une partie dans l'homme
Dont le nom six lettres consomme.
Si tu y vas un P adjouiutant
Puis l'S en M permutant
Tu trouveras sans nul ambages
Le vray nom du subjet des Sages.

La tercera figura de nuestro librito hermético representa al *Rebis* o al hermafrodita hermético.

Este símbolo, quizás el más importante del hermetismo, se remonta, de alquimista en alquimista, hasta a ZOSIMO PANOPOLITANO, iniciado en los Misterios de Egipto al final del siglo III o al comienzo del siglo IV de la era vulgar. «Este es el divino y gran misterio, —dice ZOSIMO— el objeto que se busca. Esto es el todo. De él proviene el todo y por él el todo existe. Dos naturalezas, una sola esencia; puesto que la una atrae a la una, y la una domina a la una. Esta es el agua de plata (ἀργύριον ὕδωρ), el hermafrodita (ἀρσενόθηλους de ἄρρεν = viril y θῆλυς = femenino), el que siempre huye, el que es atraído hacia sus propios elementos. Es el Agua Divina que todo el mundo ha ignorado, cuya naturaleza es difícil contemplar

puesto que no es ni un metal, ni agua siempre en movimiento, ni un cuerpo (metálico); ella no es dominada» (*Collection des Anciens Alchimistes Grecs*, pub. par M. Berthelot, París, 1888; Vol. III, pág. 146; del; Ms. 299 de la Biblioteca San Marco de Venecia del XI siglo). En ZOSIMO este carácter andrógino, como se ve, está referido al mercurio (hidrargirio de los Griegos).

Este símbolo reaparece en los más antiguos textos alquímicos latinos del Medioevo, que no son otra cosa que traducciones o derivaciones inmediatas de textos árabes o hebraico-árabes, y recibe entonces varias denominaciones: Magnesia, piedra Diabessi, y entre éstas, la singular denominación de *Rebis*, es decir, *Res bis*, la cosa dúplice. Así pues, en escritos atribuídos a ROSINO (quizás una deformación de ZOSIMO), anteriores por cierto a 1330 (puesto que ROSINO es citado por PEDRO BONO DE POLA en 1330), se dice: «Toma pues de la piedra hallada por doquier, que se denomina *Rebis*, es decir *binas res*, dos cosas, es decir lo húmedo y lo frío, lo seco y lo cálido» (*Rosini ad Sarratantam episcopus* en *Auriferae Artis quam Chemiam vocant antiquissimi authores, sive Turba Philosophorum*, Basilea, 1572, págs. 333-34). Y el alquimista RICARDO ANGLICO, contemporáneo de PEDRO BONO: «La piedra es única, única la medicina que, de acuerdo a los Filósofos, se denomina *Rebis,* es decir la cosa doble *(res bina)*, es decir del cuerpo y de espíritu blanco o rojo» (RICHARDI ANGLICI, *Correcorium* en *Theat. Chemicum*, 1602, Vol. II, pág. 453). Y LORENZO VENTURA de Venecia dice que «Aquella cosa, de la cual se hace la piedra es denominada *Rebis*, o sea *res bis* compuesta... De dos ella en efecto está compuesta, del esperma del varón y del menstruo de la *fémina*, es decir nace del rojo y del blanco...» (LAURENTII VENTURAE VENETI, *Liber de conficiendi lapidis philosophicis ratione*, en *Theat. Chem.*; II, 286 de la primera edición, 1602. Se encuentra también en la colección de *Gratarola*, 1561). Este elenco de escritores herméticos que hablan del *Rebis* se podría sin dificultad continuar; mencionaremos todavía a GASTÓN CLAVEUS (*Apologia Chysopeia* en *Theat. Chem.* II, 46, ed. 1602), a FILALETES (*Introitus apertus...*, Amsterdam, 1667, pág. 63, cap. XXIV), e IRENEO FILALETES (*Enarratio methodica trium Gebri medicinarum...*, Amsterdam, 1678, pág. 13).

Al comienzo de la segunda mitad del siglo XVI aparecen luego en los libros y manuscritos herméticos también numerosas representaciones gráficas del *Rebis*, todas bajo la forma del Andrógino, y de las cuales es necesario tratar brevemente, para examinar las variantes, y establecer la proveniencia y la fecha del Andrógino representado en el librito hermético.

La más antigua de las representaciones que hemos podido rastrear, está

contenida en la segunda edición (1593) del *Arte aurífera* y reproducida también en la tercera (1610). El segundo volumen de esta obra contiene el texto del *Rosarium philosophorum*, atribuído aquí en forma errónea a ARNALDO VILLANOVA, que aparece también en la *Biblioteca Chemica Curiosa* (II, 87) de MANGET (pero sin las figuras), como tratándose de un autor desconocido; se trata de una traducción de las obras alquímicas del XIV siglo, derivación, si no traducción, de textos árabes o árabe-hebraicos. La décima figura (*Artis auriferae quam Chemiam vocant*, Basilea, 1593, II, 291; y 1610, II, pág. 190) representa (ver nuestra figura 1) al andrógino hermético erecto de pie sobre una luna curvada; posee el dorso alado, sostiene en la derecha una copa de la cual emergen las cabezas y los cuellos de tres pequeñas serpientes y en la izquierda sostiene una serpiente enrollada. Abajo, en la parte derecha, se ve un pájaro, y a la izquierda un pequeño árbol con seis copas de rostros lunares y una en su cúspide. La figura diecisiete (pág. 359 de la II edición, y pág. 235 de la III) es una simple variante de la décima: el Andrógino está vestido en vez que desnudo, se encuentra, en vez que sobre la luna arqueada, sobre un montículo del cual salen tres serpientes, y tiene detrás de las piernas un viejo león. Las alas son de murciélago, en la diestra aparecen todavía las tres cabezas de serpiente y en la izquierda la serpiente enrollada; a la derecha en lo bajo se encuentra un cisne o pelicano, con un pequeño, a la izquierda el árbol pequeño del cual recién habláramos. En lo alto se encuentra la expresión: *Perfectionis ostensio*.

De acuerdo a la suma autoridad de MIGUEL MAIER esta figura «expresa el compendio de todo el arte con alegórica descripción por medio de los versos en alemán y de la figura bicéfala de aspecto masculino y femenino, que tiene en la diestra tres serpientes y en la derecha una serpiente» (*Symbola Aureae duodecim nationum authore Michaele Maiero*, Frankfurt, 1617, Lib. VI, pág. 274). Se compare al respecto lo que ha dicho «Abraxa», cap. VI, pág. 175 y sig.

Tres años después de la última edición del *Arte aurífera*, encontramos en una célebre obra hermética una representación del *Rebis*, con una importante innovación, la cual aparece también en nuestra laminilla, y precisamente con la sustitución de los dos más importantes símbolos de la Masonería, la escuadra y el compás, en los símbolos herméticos en las manos del *Rebis*. En efecto, la segunda edición del *Theatrum Chemicum* (Argentorati, 1613) contiene (volumen IV, pág, 468) la obra titulada: *Aurelia Occulta Philosophorum Partes Duo*, que es fácil identificar con el *Azoth* de BASILIO VALENTINO, cuyo texto se encuentra también en MANGET (1702) (*Bib. Chem. Cur.* II, 217) en donde es atribuido al árabe ZADITH. El *Aurelia*

Occulta Philosophorum está adornada con una docena de figuras, de las cuales la quinta, que reproducimos (fig. 2) representa al *Rebis*.

En lo alto se encuentra la expresión *Materia Prima*. Toda la figura está encerrada adentro de un huevo (el huevo filosófico de la generación hermética); en el centro, derecho en el medio, se encuentra el *Rebis*, vestido, con los pies sobre el dorso de un dragón caudato, con alas, provisto de cuatro patas y lanzando fuego desde la boca. El dragón se encuentra a su vez encima de un globo alado, adentro de cuyo círculo se encuentran inscritos una cruz, un triángulo equilátero y un cuadrado. En los vértices superior e inferior de la cruz se encuentran escritas las cifras: 1 y 2 y a lo largo del contorno del triángulo y del cuadrado las cifras: 3 y 4 respectivamente.

El *Rebis* de BASILIO VALENTINO sostiene en su derecha un compás, en la izquierda una escuadra. La derecha corresponde a la parte masculina de la figura (particular que aparece invertido en la laminilla del librito alquímico italiano). Sobre el pecho del Andrógino se encuentra escrito *Rebis*; y es interesante observar que la palabra *Rebis*, escrita de derecha a izquierda, tiene todas las letras dadas vuelta, y es vista como aparecería mirando al escrito ordinario a trasluz o bien en un espejo. Desde el centro del pecho se irradian rayos que van hacia los símbolos astrológicos de los siete planetas, o hacia los alquímicos de los siete metales correspondientes, dispuestos alrededor circularmente y elevándose empezando desde la izquierda (parte femenina) y luego descendiendo, en este orden: Saturno, Júpiter, Luna, Mercurio, Sol, Marte, Venus. De modo que el signo del Mercurio está en lo alto, en el medio, entre las dos cabezas, la masculina y la femenina. Enseguida después de esta tabla sigue una larga explicación, muy sibilina, que no referimos aquí en honor a la brevedad.

El *Rebis*, en la variante *de* BASILIO VALENTINO, se convirtió rápidamente por su importancia en un símbolo hermético fundamental. No sabemos si figura en la edición en alemán de 1613 del *Occulta Philosophia* de BASILIO VALENTINO. Figura en las versiones francesas del *Azoth* (París, 1624, 2ª edición 1659) y en la tercera edición del *Theatrum Chemicum* (1659-610). El mismo está también reproducido en la CXL incisión contenida al final del III volumen de la Basilica Philosophica de MYLIUS (1620), y es pues, junto a las otras figuras de la *Basilica*, reproducido en el *Hortulus hermeticus* de DANIEL STOLZ (Frankfurt, 1627). Podremos fácilmente completar la enumeración de estas reproducciones del *Rebis* de BASILIO VALENTINO yendo hasta las más recientes de SILBERER, de POISSON y de WIRTH; pero a nosotros nos basta observar cómo este símbolo haya aparecido sólo en 1613 y se haya rápidamente difundido en la primera mitad del siglo XVII.

El Andrógino, representado por la laminilla del librito hermético italiano, es una evidente derivación de ello, y sólo la ordinariez del dibujo puede haber inducido a antedatar la fecha, como ha sido hecho por MARINELLI y en parte por CARBONELLI. También la expresión que se encuentra al pie de página es evidentemente extraída de la figura del *Aurelia Occulta Philosophorum*.

El *Rebis* de BASILIO VALENTINO se diferencia de las representaciones anteriores del Andrógino hermético, y en especial de las del «*Ars Auriferae*» por los símbolos de carácter masónico y no alquímico que sustituyen a la serpiente enrollada, a la serpiente tricéfala y a otros símbolos, con otras variantes. Otra innovación, sin salir por lo demás del campo del simbolismo hermético, es la de los siete planetas alrededor del Rebis y del dragón y del globo alado bajo el *Rebis*.



Figura 1

Este dragón y este globo han desaparecido en la representación de nuestro librito, y así también ha desaparecido la palabra *Rebis* que figuraba sobre el pecho del andrógino. En compensación este *Rebis* está provisto de un ojo como codo, representación evidente de una visión que no es la ordinaria; y además sobre los dos muslos, en correspondencia respectivamente con el lado masculino y femenino del Andrógino, se ven rústicamente dibujados los dos órganos genitales, el masculino y el femenino. Por arriba de la vulva está dibujado un globo con encima una cruz y arriba del pene un rombo. Este globo traspuesto por una cruz con un rombo

alado constituye uno de los símbolos del antimonio (ver *Theatro d'Arcani* del médico LUDOVICO LOCATELLI, Bérgamo, 1644, pág. 409); el antimonio y ya no más el plomo sería pues, en aparente contradicción, la *prima materia sapientis*. Que se trate efectivamente del antimonio ello está confirmado por la primera tablita del código plúmbeo florentino, que contiene un triángulo equilátero con el vértice en alto, y nueve letras escritas a lo largo de los lados. Encima está escrito: *Benedicta* (sic) *lapidem Prima materia est*. Las nueve letras (*nueve*, como *nueve* son las tablitas de plomo de este código) constituyen la palabra *antimonio*; y es raro que GUASTI y también CARBONELLI no se hayan dado cuenta de ello. Bajo el triángulo se encuentra escrito: *Ego sum Ambasagar quo dabo a tibi veri secretum secretissimum noster*; es un latín disparatado que dice: Yo soy Ambasagar que te daré nuestro verdadero secreto secretísimo.



Figura 2

El tratadillo florentino se cierra diciendo que la materia sobre la cual es conveniente operar «es de vil precio, denominada Saturno, padre e hijo» y agrega: «Ves en el triángulo»; y de este modo identifica por ende Plomo (Saturno) y Antimonio. Lo mismo hace en la página VII el librito de MARINELLI diciendo: «Tal materia se denomina mineral elegido e inmaduro o Saturno vuestro *ex hoc* ♁ ◇ ésta es tierra mineral negra». Por lo demás la identificación entre Saturno y Antimonio es hecha al comienzo del

Liber Secretus de ARTEFIO que es el primero (XI siglo) en operar la palabra *antimonio* que deriva quizás del árabe *athmond* o de *ithmi* (στίμμι) con el agregado *al*. También esta identificación nos remite a BASILIO VALENTINO, a sus tiempos, a su *carro* y a su *regla de antimonio*. Fundiendo el mineral con el *azufre negro*, es decir con el antimonio de mina ($Sb_2 S_3$, trisulfuro de antimonio; antimonio crudo), el azufre da sulfuros con todos los metales extraños, y el oro del mineral se une al antimonio metálico vuelto libre (regla de Antimonio de los antiguos) dando una regla, es decir un botón, de antimonio y oro. Basta ahora calentar convenientemente esta regla, aprovechando el punto más bajo de fusión y de la volatilidad del Antimonio, para separar el oro. Esta fusión con el (sulfuro de) antimonio se denominaba el baño del rey, o baño del sol (*balneum sollius regis*); y el antimonio, por cuyo medio desaparecían todos los metales y permanecía el oro, era denominado el *lobo* que devora todos los metales.

En cuanto a Ambasagar GUASTI se puso en la cabeza que debería ser el autor del tratadillo, aun confesando no haber logrado hallar ni al autor ni a la obra suya original. La clave del misterio está provista por la IV lámina del librito alquímico de MARTINELLI que reproducimos aquí: «En la figura cuarta —dice MARTINELLI— se ve a un hombre muy poco recubierto por un paño suelto y que rige con la diestra un pequeño globo recubierto por una cruz y con la izquierda un reloj, y en cada codo posee un ojo, personificación evidente y por demás curiosa del 'tiempo'».

Al pie de la página la laminilla lleva la frase: *Ego sum Tubalchaimo qui dabo tibi verissimum secretum secretissimum nostrum.* Es la misma frase del código florentino, sin errores esta vez, y con la sustitución de Tubalchain en lugar de Ambasagar. En la derecha esta figura lleva el primer símbolo del antimonio; en la izquierda lleva una tablita cortada superiormente en forma de semicírculo, teniendo adentro un símbolo que MARINELLI ha tomado por un reloj y en el cual en vez CARBONELLI distingue el signo del fuego △ y el del oro ☉ Sin embargo este círculo está adentro de un cuadrado y ello remite a la memoria el cuadrado traspuesto por un triángulo, otro símbolo del antimonio en uso en el siglo XVII. Se puede también observar que estos cuatro elementos: el círculo, la cruz, el triángulo y el cuadrado, se reencuentran con una diferente disposición representados adentro del globo alado del *Rebis* de BASILIO VALENTINO; y se puede quizás ver también en el círculo adentro del cuadrado una representación de la *cuadratura del círculo*, otro símbolo usado justamente en la mitad primera del siglo XVII, en sentido hermético, (ver MIGUEL MAIER, *De circulo*

phisico quadrato, hoc est auro..., Oppenheimii, 1616). Hay sin embargo que observar que efectivamente en la laminilla no está dibujado un círculo, sino una espiral y, si esto acontece intencionalmente y no simplemente por la impericia del artista, se debe recurrir a otra interpretación. La espiral no es uno de los habituales símbolos de la alquimia o del hermetismo; ella simboliza el *vórtice* de la vida; y, colocada adentro del cuadrado, símbolo de la forma, y bajo el símbolo △ del fuego hermético, ella simboliza al vórtice de la vida en la continua creación en el juego de los dos aspectos opuestos de la forma representados por las dos copias de lados opuestos del cuadrado.

En cuanto a Tubalchain, él es justamente aquel «martillador y herrero en todas las obras de cobre y de hierro», de las cuales habla la Biblia (*Gen.*, IV, 19-22); y he aquí brevemente en qué modo y con cuáles títulos ocupa su puesto en la lámina alquímica. En los siglos XVI y XVII la mayor parte de los eruditos buscaba explicar todas las lengua refiriéndolas al hebraico, que, habiendo sido usado, como es sabido, por Adán, Eva y el Padre Eterno en los tiempos del Paraíso terrestre, tenía que ser la lengua madre de todas las demás. De acuerdo a estos conceptos Tubalchain fue identificado con Vulcano, sea por la semejanza fonética, sea por haber sido también Vulcano el herrero de los Dioses. «Vulcano es manifiestamente formado a partir de Tubalchaín», escribe JUAN FUNGER en su *Etymologicum Trilingue*, Frankfurt, 1605 (ver págs. 859, 916, 917 de la edición de 1607). Y veinte años después la misma identificación es hecha en otro libro de etimología, aun más difundido: «Tubalchaín, Tubalkain, es decir *terrenus possessor*, o sea Vulcano, Maestro del cobre, es decir de los metales...»

(CHRISTIANI VECMANI, *Manudutio ad latinam linguam*, 5ª ed., 1672, pág. 1124; 1ª ed. 1626). Y SAMUEL BOCHART: «Vulcano es Tubalchaín, la cual cosa indica el mismo nombre». (*Opera Omnia*, 1712, vol. I, pág. 399). El acercamiento es hecho también por VOSSIO, por STILLINGFLEET (1662), etc.

Mientras que los eruditos identificaban a Vulcano con Tubalchaín, los alquimistas y hermetistas por su parte les atribuían un carácter alquímico y hermético. GERHARD DORN (segunda mitad del XVI siglo) denomina «alquimista a aquel Vulcánico Abraham Tubalchaín, astrólogo y aritmético máximo que trajo de Egipto a la región de Chanaam... las múltiples artes y ciencias». (*Congeries Paracelsicae* en Teatr. Chem., 1613, II, 592; los escritos de DORN aparecieron en 1567-69). MIGUEL MAIER refiere (*Symbola Aureae Mensae*, 1617, pág. 22), cómo no sin razón «de parte de muchos se atribuye el primer uso de la Química» a Tubalchaín. OLAO BORRICHIO,

historiador y apologista de la alquimia, identifica también él a Vulcano con Tubalchaín (*De Ortu et de progressu Chemiae*, Hafniae, 1668). Esta identificación y este carácter alquímico de Tubalchaín se mantuvieron en una cierta boga a través de todo el siglo XVIII, boga que no fue extraña probablemente a la adopción de Tubalchaín como «palabra de paso» de parte de las logias masónicas de Francia y del Rin entre 1730 t 1742. Ella aparece en efecto primeramente en el *Ordre des Franc-Masons trahi...*, Ginebra, 1742, y en el *Der Neu-aufgesteckte Brennende Leuchter...*, Leipzig, 1746, en el período en el cual en la Masonería, en especial en el continente, comenzaban a florecer los grados marcadamente herméticos.

El Tubalchaín de nuestra laminilla es pues el Tubalchaín inventor del arte de trabajar los metales, inventor pues de la transmutación, de la cual puede a buen derecho vanagloriarse de poder dar el secreto; pero también esta identificación remite aproximadamente a la primera mitad del XVII siglo, momento de su máxima boga; y así todo concuerda en hacernos asignar esta fecha a la fabricación del librito alquímico.

En cuanto al Ambasagar del otro código plúmbeo se podrá quizás pensar que pueda significar *ambus agar* = que yo sea llevado a hacer ambas (las operaciones), el *albedo* y la *rubedo*; o quizás todavía que por un error no extraño y no aislado esté por *ambas agam* = que yo haga ambas operaciones. O quizás, en fin, puede darse que las nuevas letras sean, como en el caso de las nueve letras de la palabra *vitriolum*, las iniciales de alguna máxima hermética. Nos parece casi cierto que esas palabras: Tubalchaín, antimonio, ambagasar, vitriolum, estén intencionalmente compuestas de nueve letras, y el fin de nuestro librito hace entrever el por qué de ello. La tradición que atribuye nueve letras al nombre de la «primera materia» es sumamente antigua; los alquimistas griegos así la indicaban:

Ἔννεα γράμματ᾽ἔχω, τετρασύλλαβος εἰμί, νόει με ·
Αἱ τρεῖς ηὲν πρῶται δύο γράμματ᾽ ἔχουσιν ἑκάστη,
Αἱ λοιπαὶ δὲ τὰ λοιπὰ · καὶ εἰσιν ἄφωνα τὰ πέντε ·
Οὐκ ἀηύητος ἔσῃ τῆς παρ᾽ εμοί σοφίας ·

La clave de esta adivinanza es la palabra άρ - σε- νι-κόν = arsénico, que está compuesta de nueve letras, de cuatro sílabas, de cuatro vocales y de cinco consonantes. Arsénico era el nombre antiguo de la oropimente (*auri pigmentum*) que es un sulfuro de arsénico, y estaba considerado como un segundo mercurio por la identidad del comporta-

miento. Es fácil ver que la palabra am-ba-sa-gar está compuesta con el mismo número de letras, vocales y consonantes, y silábicamente semejante a ar-se-ni-kon. Con alguna variación se conforman a la misma ley de composición las palabras Tubalchaín, vitriolum, antimonio, y otras de menor importancia en la literatura hermética, como por ejemplo ἀμ-πε-λῖ-τις= terra vinealis, que era reputada de parte de los hermetistas del siglo XVIII como la verdadera solución de la adivinanza aquí referida. También en los manuscritos alquimistas se reencuentran rastros de esta tradición, y un ejemplo se encuentra en una representación de GERBER en un viejo manuscrito, referido por CARBONELLI (*op. cit.,* pág. 57) que lleva al pie de página la palabra: *Riovabret.*

Los Dioscuros

PROBLEMAS DEL ESPÍRITU EN LA ÉTICA TRADICIONAL

Introducción

"..Sin embargo los últimos.. se encuentran tan ofuscados con su Karma que, a pesar de la instrucciones dirigidas a provocar ese reconocimiento, no reconocen más nada y van cada vez más hacia lo bajo..."

Otros en modo orgánico y detallado (baste citar a los dos máximos expositores: Evola y Guénon) han puesto bien en evidencia el drama vivido antes en Occidente y luego en todo el mundo, en razón de haberse retirado hacia el Cielo las fuerzas espirituales. Hoy, cualquiera que posea todavía una sensibilidad, tiene frente a sí una realidad, la que no deja duda alguna acerca de las conclusiones a las cuales llegaron estos escritores en base a los textos sagrados de cada tradición: que un ciclo llega a su fin. Es en el orden natural que todo aquello que está condicionado y situado en los límites del tiempo y del espacio tiene un inicio, un desarrollo sucesivo, un apogeo triunfal, una decadencia y un final; más allá del cual, si una semilla encuentra un terreno fértil, sobreviene un nuevo nacimiento y todo recomienza de acuerdo a los ritmos y pulsaciones cósmicas cuya armonía absoluta comprende en sí todo desorden parcial.

En el estado actual de las cosas parece que no existe posibilidad alguna de detener o de rectificar un proceso disolutivo cuyo curso es siempre cada vez más rápido, pero que, aun así, una lucidez y un realismo imponen que nos preparemos para cualquier evento, recogiendo en sí y en los otros la quintaesencia de la Ciencia Sagrada y tendiendo a formar un hombre, allí donde ello sea posible, que sepa resistir a todo lo que aun pueda acontecer y que, en el peor de los casos, se convierta en la simiente de un renacimiento sucesivo. Quienquiera tenga en sí, en estado de latencia o en acto,

la posibilidad de llevar una contribución concreta, sin importar de cuál entidad ella sea, hacia la construcción de un puente entre dos épocas, la actual, que existe bajo el signo de la decadencia y la otra, puesta en el futuro, de un posible renacimiento, posee el deber absoluto, categórico e impersonal de activarse. No hay justificación o comprensión, sino inexorable condena hacia aquellos que, teniendo las posibilidades no combaten y que por inercia se dejan abandonar en forma masoquista a un perezoso fatalismo.

Conscientes de esto, un pequeño grupo de personas aceptó la tarea ardua, superior quizás a las singulares posibilidades, pero impostergable, de volver a encender en forma visible el Fuego de Vesta y de custodiarlo en Roma.

Desde más de treinta siglos el **Centro del mundo** está en *Roma,* una *Roma* comprendida no como capital de un imperio, sede de un particular poder religioso, o como informe megalópolis moderna, sino más bien como un preciso punto focal de aquella geografía sagrada que los antiguos conocieron y que no tiene nada que compartir con la moderna, con la cual tiene en común sólo el nombre. Lugar de fuerza máxima, punto de encuentro entre el Cielo y la Tierra, Puerta a través de la cual pasan y tienen modo pues de manifestarse influencias espirituales, en *Roma* se concentra todo inicio y todo fin, y cada tensión de relieve, por cuanto lejos pueda desarrollarse en el mundo, está con lazos sutiles vinculada al corazón del *Lacio*. Sagradas latencias hindúes y pielesrojas, árabes o japonesas, irlandesas o celtas podrán volver a manifestarse e influir la realidad que las circunda **tan sólo si antes en Roma un Fuego volverá a manifestar su potencia.**

El final y el principio, la noche y el día, los caballeros de la Luna y del Sol, mortal el uno e inmortal el otro, los *Dioscuros*, elevados por la *Diosa Luz*, manifestación primera de la realidad espiritual, se manifiestan como símbolo de cíclica invencibilidad, a quienes asuman la tarea impersonal y sobrehumana de evocarlos con el preciso objetivo de operar un redespertar de los hombres y una orientación hacia el mundo de lo Divino.

Una vez que se ha fijado el símbolo y la orientación, una vez que se ha corroborado el hecho de que una respuesta favorable habría podido haber para quien haya puesto interrogantes absolutos, los primeros comienzan a reunirse. Una selección sobrevino entonces por dificultades naturales y subjetivas, pero en realidad ilusorias, lo cual acontece fatalmente en toda acción de tal especie.

En algunos la llamada fue sofocada por miedo, inercia, reflejos con-

dicionados demasiado radicados. Optima excusa para otros, la fascinación por lo exótico: aquello que se encuentra demasiado lejos geográficamente y por ende difícil de concretar permite fabular acerca de sueños que no requieren compromisos. Muchos permanecieron indiferentes: la verdadera dimensión espiritual, desnuda, concreta, al alcance de la mano es demasiado remota para quien es presa fácil del cáncer del romanticismo o de veleidades intelectuales.

En fin, pocos prosiguieron tranquilamente, llegando a superar incluso el peor mal que aflige al hombre contemporáneo: el individualismo.

Lo Sagrado, de lo cual los *Dioscuros* son los infaltables anunciadores, posee así la posibilidad de volver a manifestarse, en tanto realidad sutil y poderosa, que puede convertirse en concreta a través de hombres serenamente comprometidos a acogerla y a transmitirla.

De manera contemporánea, en razón de un fenómeno de causa y de efectos, de ecos y rebotes, vuelve a nacer y tenderá a acentuarse un interés por la Tradición, con el florecimiento de obras nuevas, la reedición de antiguas, nuevos descubrimientos en el orden arqueológico, lingüístico, religioso. Todo ello al comienzo tenderá románticamente a ser legado a vacíos vestigios de un pasado cercano o lejano. Será necesario tiempo y trabajo para que el eje vertical de la Sabiduría sagrada se imponga y se delinee por lo tanto la nueva forma que asumirá el Espíritu en el futuro cercano, el cual obviamente no tendrá nada que compartir con esquemas ya vaciados de todo contenido.

La simultánea reanimación, mal inevitable y previsible, considerada la frágil y empobrecida sustancia de que está hecha la mayoría de los hombres, de pseudo-tradicionalismos, espiritualismos espurios, ocultismos indígenas o importados y así también el florecimiento de falsificaciones de todo tipo, representarán un óptimo banco de prueba para los mejores, una selección eficiente para todos, un buen abono para fortalecer la planta de la Tradición.

Pero todo esto es de escaso relieve, lo que cuenta es que a los pocos de la primera hora romana se acerquen aquellos elementos esparcidos por doquier (y estas notas también les son dedicadas a ellos) para que todos, vueltos serios y responsables por una atenta y preliminar meditación acerca de la crisis dramática que está atravesando Occidente, conozcan en modo por lo demás posible y claro las finalidades que se deben perseguir y los medios de diferente género que son necesarios y que se presentan hoy como profundamente diferentes de los usados en el pasado.

Excluyendo, tal como hemos mencionado arriba, intentos de retrasar el proceso de decadencia, como también restauraciones de cualquier tipo, tres son los objetivos que se deben perseguir en lo inmediato:

1) Empeñarse con todos los medios a disposición para que los pocos aun capaces de una reacción positiva puedan ser recuperados y estabilizados,. cada uno de ellos según su propia naturaleza y en relación a las propias concretas posibilidades.

2) Constituir ciudadelas tradicionales inaprensibles, y esto incluso en el plano material y geográfico, para que la **quintaesencia** de las tradiciones anteriores y los elementos fundamentales de la Ciencia Sagrada puedan ser transmitidos a las generaciones sucesivas.

3) Preparar silenciosamente las escuadras de los combatientes del espíritu para que, si y cuando los tiempos se tornen favorables, este tipo de civilización pueda ser destruida en sus raíces y ser sustituida con una civilización normal.

Recordando siempre al respecto que los tiempos pueden ser convertidos en favorables y que el hombre es el artífice del propio destino.

***

RECUPERACIÓN Y ESTABILIZACIÓN DE ELEMENTOS POTENCIALMENTE VÁLIDOS

Lecturas, debates, grupos de estudio y otras actividades análogas son el fundamento preliminar de toda la acción y de esto ya se ha hablado, pero debe ser subrayado que por sí misma se trataría de una acción estéril si no es oportunamente y contemporáneamente integrada.

Si nos limitamos en efecto a la sola especulación cerebral, es demasiado probable que la Tradición decaiga al nivel de un vacío tradicionalismo, que la Ciencia Sagrada se convierta en un hobby cultural y que todo ello sea vivido luego a un nivel de círculos de jubilados, ideales para ocupar en modo "original" el tiempo libre. Salvo que, como ha acontecido sea en un pasado reciente como en tiempos más actuales, haciéndose del fantaseo intelectualoide un arte, se termine valorizando todo el pasado tan sólo en cuanto tal, yendo en consecuencia a legitimar indiscriminadamente entidades colectivas, religiosas o políticas que en lo externo, pero tan sólo en lo externo, y muchas veces por finalidades oportunistas, han asumi-

do vestigios y símbolos en sí mismos perfectamente ortodoxos. Un fósil es tan sólo calcar aquello que, ocupando el vacío dejado por un ser viviente, ha asumido tan sólo su forma.

Nos encontraríamos en efecto en posturas no casualmente similares a las de las viejas y abstractas ideologías del ochocientos (todavía en auge) que constriñen a toda la historia en los obtusos esquemas economicistas de la denominada "*lucha de clase*", la que estaría presente también en un mundo como el actual, caracterizado por el contrario justamente por su situación de estar privado incluso de clases. Para el que es tradicionalista tan sólo a un nivel intelectual todo acontecimiento pasado es siempre admirado bajo la forma de oscuros e involucionados simbolismos: es en tal manera que él reputa fijar la mirada detrás de sí, pero nunca en sí mismo, nunca hacia una dirección que trascienda al elemento temporal. Otras observaciones a realizar sobre esta actitud de un abstracto nostalgismo es que la misma es propia de un tipo humano envejecido; es el viejo, en especial cuando las cuentas de la propia existencia no concuerdan con aquello que se había propuesto, que cae en la tentación de agrandar los hechos y desavenencias de la propia juventud, quizás en realidad banal y gris, hasta convencerse a sí mismo de cómo ha estado llena la propia vida "mítica" y poder morir así feliz, feliz de las propias ilusiones.

Tradición no es vejez triste y amarga, es juventud, es dinamismo, es sentido de grandeza cósmica que anula y convierte en ilusorios los acontecimientos transitorios de la existencia de la historia humana. Y es justamente esta alegre y serena apertura hacia un divino resplandeciente que permite renovarse y recomenzar, en cada momento, sin importar en cuáles dificultades, puesto que la luz nunca teme a las sombras.

Cada forma de entumecimiento es esclerosis y adoración del elemento muerte, así como cada amarga tristeza en notar la vacuidad de lo que nos circunda no es en nada de ayuda. Por el contrario, semejantes actitudes van a reforzar aquellos lazos que deben ser superados de acuerdo a un imperativo absoluto.

Para una primera conversión de las propias energías dispersas hacia el centro de sí es necesario no sólo reunirse en pequeños grupos de estudio, en los cuales efectuar una lectura atenta y meditada de textos mayormente aptos, sino también suscitar en esta acción preliminar un fervor vibrante, casi una especie de "Fuego Interior".

Sólo en tal manera los resultados pueden ir más allá de una mera profundización cultural en mayor o menor medida "escolástica" y constituir

en vez una primera y concreta asimilación de las verdades metafísicas de las cuales los textos son apenas un soporte.

Al mismo tiempo debe ser buscada en sí mismos una cualidad difícilmente expresable y traducible en escritos y palabras, en cuanto valor puramente interior: **el desapego de la realidad circundante**. ¿Cómo comprender este "desapego"? Sobre este punto la píldora no puede ser endulzada: **debe existir por lo menos en estado potencial**. Todo tipo de trabajo intelectual o de práctica ascética es sólo un auxilio, quizás indispensable, para acrecentarlo, convertirlo en siempre más evidente hasta cuando, yendo a ocupar todo el espacio de la conciencia, puede acontecer una identificación y un primer reconocimiento.

La capacidad de hacer todo, desarrollando una vida banal o aventurada, como perteneciendo ya de hecho a otro mundo, y sintiéndose en razón de ello espectadores de todo lo que se desarrolla en nosotros y afuera de nosotros, puede dar una imagen de aquello que debe ser buscado y hacia lo cual hay que tender. Es así también posible delinear un tipo de hombre que, habiendo alcanzado o al menos intuido como cierta, una inviolabilidad interior, puede permitirse la vía de "cabalgar el tigre", representado por todo aquello que hay de disolutivo y presente en nuestra realidad actual.

Es evidente entonces cómo el mismo no puede ser derribado por nada y cómo evita con naturalidad desperdiciar sus energías en actitudes, veleidades y gestos teatrales, mientras que aquello que será llevado espontáneamente a hacer se referirá en forma exclusiva al estudio y a la realización de las posibilidades concretas para preparar un mañana más digno.

Es bueno precisar todavía mejor lo que se ha dicho en lo referente a los grupos de estudio. Puesto que el hombre de hoy es llevado -y muchas veces en contra de su voluntad- a la abstracción y al fantaseo, los principios generales deben ser esclarecidos cerebralmente pero sólo como un primer paso. En la práctica las lecturas sirven para volver a confirmar todo aquello que ya se presentía aun si de una manera oscura por lo cual, inmediatamente después, tras continuar con lecturas y comentarios, es oportuno aplicarse a técnicas de afinamiento interior y de disciplina que serán aptas para los tiempos actuales y para la vida particular que se desarrolla.

También respecto de las denominadas técnicas de realización espiritual, es más, sobre todo respecto de éstas, es necesario tener las ideas claras. Todo el mundo pulula hoy en pseudo-sectas de todo tipo; según la moda del momento prevalece algún santulón hindú, luego retoma vigor la *teosofía*, se desarrollan yoguismos y espiritismos, misteriosísimas (aunque no

demasiado) magias, alquimias e iniciaciones sufíes, ni tampoco debe excluirse
que, así como se ha llegado a lo grotesco en el campo del Eros con las ferias
sobre el sexo, mañana se llegue a celebrar exposiciones internacionales
de esoterismo, especialmente si a las centrales consumistas les parecerá
una inversión provechosa.

También aquí, en el triunfo babélico del delirio fantástico, un Instinto
superior e innato debe oficiar como guía, por lo cual quien se encuentra
privado de éste fatalmente está destinado a perderse. A nivel general las
técnicas de redespertar interior, si son serias, aparecen a los principian-
tes como largas, comprometedoras y tediosas, sin una fenomenología
manifiesta, sin fisiologías "ocultas", sin asombrosas conquistas o pertur-
badoras apariciones. Los "viajes astrales" corresponden a quien actúa con
seriedad, a los festivales de cancioncitas y a "escenarios mágicos", tal como
pueden imaginarse leyendo textos en donde en realidad se menciona una
cosa muy diferente, y que hoy son sustituidos con mayor eficacia por las
películas en cinerama.

Tal como decíamos, el que desee emociones fáciles tiene una vasta gama
de elecciones y cada uno hoy encuentra lo que busca.

¿A qué cosa deben apuntar pues inicialmente las técnicas? A la firmeza
interior, a la coherencia en los propósitos, a la destrucción de aquel or-
gullo que, antes de ser grave impedimento, es por sí mismo una cosa pueril,
un equilibrio en la profundidad pero estupidez en superficie, a la capa-
cidad de insertarse tranquilo pero activo en el mundo circundante eliminando
el miedo de ser arrastrado por éste. Debe recordarse a tal respecto que el
que es desequilibrado e inestable en un plano lo es en cualquier otro y quien
tiene miedo es vulnerable justamente en aquello que teme. ¿Pero qué cosa
es lo que en el fondo hay que temer? Basta reflexionar y notaremos cuan
loco, en qué medida es desequilibrado, totalmente privado de autonomía
interior, presa pasiva de cualquier corriente de ideas y de cualquier moda
es en general el hombre de hoy y que justamente un estado normal de salud
mental es el primer objetivo que debe alcanzarse.

De allí pues las excusas, aquello que verdaderamente da miedo es la
verificación que debe ser hecha de una coherencia entre el pensamien-
to y la acción, entre las propias aspiraciones y la efectiva y concreta rea-
lización de las mismas. He aquí por qué el intelectualismo puede volverse
cómodo y proveer excusas a todo tipo de fantaseo. Cualquiera sea el régimen
de vida que él conduzca, el lujo de soñar se lo puede permitir y rehuirá
de la prueba concreta y real justamente por el temor de ver infringidas las

propias ilusiones. Pero el que pertenece a la sana raza de hombres normales, aun si tales sólo en potencia, no puede rehuir de la verificación: si ésta es positiva, aceptará el durísimo deber de vivir según la propia naturaleza; si es negativa se resignará con sabiduría: para todos los hombres hay una función que desarrollar, con tal de que tengan el coraje de ser sinceros consigo mismos.

Las técnicas a las que hemos hecho mención más arriba y que no es por cierto el caso de explicitarlas aquí, no porque sean secretas, sino justamente para evitar los peligros y las sugestiones de las que hemos hablado, en sus características individuales y de grupo permitirán también estudiar la posibilidad de crear espacios y defensas en función antimoderna, *ipso facto*, en cualquier parte que ellas sean puestas en práctica. Se llega así al punto dos.

CONSTITUCIÓN DE LAS CIUDADELAS TRADICIONALES

Una lectura superficial y sin embargo no suficientemente meditada de autores contemporáneos y, en particular de EVOLA y GUÉNON, ha inducido a muchos a concentrar la propia atención, y muchas veces en modo morboso, sobre los escritos referidos al final de este ciclo que muchas veces es considerado como próximo. *Edad de Hierro*, noche de la humanidad, *kali-yuga*, tal es definida la época actual y en verdad también personas normales, que nada hubiesen leído al respecto, deberían en verdad estar dotadas de un exceso de fantasía optimista para poder considerar luminoso el mundo de hoy. Constatado todo esto, nos queda por ver qué cosa debe hacer un hombre, siendo cierto que no existe una condición externa en la cual no se pueda sin embargo estar activos por sí y por los otros. Podremos puntualizar la cuestión con la expresión "a situaciones diferentes, medios diferentes". Por el contrario, la tendencia general ha sido la de permanecer indulgentes en estados morbosamente pasivos; las dos tentaciones siempre presentes, la de la abstracción intelectual y la de la inercia, han prevalecido y así por un lado nos hemos perdido en especulaciones sobre cómo esta crisis general habría tenido que resolverse y sobre cuando tal resolución habría podido acontecer. No considerando así la eventualidad de que esta *Edad de Hierro* podría paradojalmente durar todavía por siglos; al ser los males actuales terriblemente leves en relación a aquellos por los que debemos estar preparados y que, siempre en plena *Edad del Hierro*, han podido

desarrollarse civilizaciones, por cierto "mineralizadas", pero no por esto no orientadas hacia la luz como la egipcia y la romana. Por otro lado se ha inmediatamente aferrado una buena ocasión para hacer emerger en sí un instinto autodestructivo del cual tenemos una óptima referencia histórica en el Antiguo Testamento de la tradición hebraica ("muera Sansón con todos los Filisteos").

O bien ha habido una indulgencia en femeninas perezas permaneciendo en la espera de lo que debe acontecer, casi como si se tratara de un buen espectáculo televisivo en el cual el espectador no está directamente implicado. Ya se ha tratado acerca de la manera más común de reaccionar, es decir la de dejarse abandonar hacia una actitud de nostalgia romántica hacia el pasado, así como de sus inevitables consecuencias en la inútiles y dañinas dispersiones de energías en un irracional activismo político y pseudoreligioso.

En todo esto lo que debe alarmar y redespertar los espíritus activos es que reacciones similares se encuentran entre civilizaciones en su ocaso, en la élites que abandonan el campo de batalla, no por una inexorabilidad del destino o por una fuerza indetenible de los acontecimientos, sino exclusivamente por una renuncia interior.

La verdadera resistencia es interior en el sentido literal de la palabra. No excusas por justificación de un interior conformismo, sino un punto firme, inalienable e indisoluble, del cual se puede y se debe volver a partir.

Si no existe esta resistencia todo esfuerzo es veleidad y toda rebelión una vacía actitud exterior, pero si un primer núcleo de inquebrantables es creado, de carácter supraintelectual y despegado de emociones y de pasionalidades, entonces todo es nuevamente posible y **un número reducido de hombres, como una minoría elegida, puede cambiar el rostro del mundo.**

Un último obstáculo, siempre de carácter romántico, a ser eliminado es aquella especie de amargo criticismo que sobreviene en quien comienza con ojos nuevos a mirarse alrededor. Una reacción ésta inicialmente comprensible pero que debe ser rápidamente anulada; en efecto, si por una parte revela una presunción de sí y de las propias capacidades sin siquiera haber cumplido verificaciones obligadas, por la otra implica un residuo de sobrevaloración del prójimo, un continuar a esperarse de otros aquello que puede venir sólo de uno mismo y sobre todo un no querer tomar en consideración al propio deber natural que es el de modificar una realidad y no de ponerse en pasiva crítica frente a la misma.

***

Cuando todo esto de lo que hasta ahora hemos hecho mención ha sido comprendido verdaderamente y reconocido como propia exigencia fundamental, hay que plantearse como objetivo primario la **constitución de una sociedad de hombres libres.** Aisladamente cuanto más puede haber posibilidades de resistencia y, en algún caso, de formación interna; unidos a los propios semejantes estas posibilidades se amplían y una influencia sobre el ambiente circundante se convierte en posible.

Hemos ya dicho sociedad de hombres libres, pero es evidente que no entendemos aquí referirnos a aquella extraña libertad, vanagloria de quienes aceptan los actuales encuadramientos socio-políticos y que es la forma de peor esclavitud que el hombre haya conocido jamás; hecha como está de viejos esquemas retóricos, de querido olvido del problema principal que es de orden metafísico, entramada en condicionamientos psicológicos de todo tipo y basada en su esencia sobre el culto de un materialismo oscuro, alienante, y de hecho privado de todo realismo y de inteligencia.

Libertad es respiración cósmica, es alegre aceptación de una existencia en sus límites naturales, es sentido de perennidad y es profunda indiferencia ante cualquier acontecimiento externo. Libres pueden ser sólo hombres normales, normales en cuanto ya separados de la corriente del mundo profano, no condicionables por ende por ideas y pseudomitologías pasadas, presentes o futuras, indiferentes a aquello que enceguece a la gran masa estandarizada. Hombres que viven en este tiempo y simultáneamente en otro, hecho de ritmos y de ciclos, en este muerto espacio geometrizado y simultáneamente en un mundo viviente en donde "todo está lleno de Dioses", y su espacio y su tiempo apuntan a remitir sobre esta tierra para que por doquier se manifieste el milagro de la Sacra Naturalidad.

Sociedad de hombres libres deberán llegar a formarse también de manera concreta y, si claridad de ideas, firmeza en las orientaciones, impersonalidad de los intentos, son cualidades necesaria para el hombre considerado como sujeto, a mayor razón son indispensables para superar los diferentes obstáculos que hasta hoy han impedido alcanzar fórmulas asociativas que funcionan eficazmente y coordinadas entre sí. La peor herencia transmitida por el pasado y que adquirió relieve excepcional en el bajo Medioevo, es aquel particularismo que, convertido hoy casi como una reacción instintiva, se produce por doquier, impidiendo cualquier renacimiento.

El particularismo corresponde para las comunidades de hombres a la

protervia individualista del sujeto y, cuando prevalece, como lamentablemente acontece en forma normal, cualquier aspiración a una Armonía superior, capaz de comprender en sí las diferencias particulares, es frustrada inmediatamente y toda energía empleada hasta aquel instante es irremediablemente perdida. Secta, división, rivalidad producen dispersión atomística y esta última abre las puertas a fuerzas oscuras y telúricas que sólo entonces adquieren el poder de prevalecer. La realización completa de la idea que ya fue imperial, de un orgánico componerse de hombres dirigidos a realizaciones espirituales como fin primario de la existencia, acontece sólo por crisma divino y se encuentra por ende por encima de la voluntad de los hombres; pero se puede tender a ella y es tarea primera la de preparar el terreno apto para que un descenso de lo alto sea posible.

Para hacer ello es suficiente con trabajar asiduamente habituándose a superar los diferentes contrastes, aprendiendo a distinguir lo que es secundario y no cambiando por la dignidad aquello que es sólo pequeño e individualista orgullo; de manera precisa: **querer realizar una impersonalidad activa.** Cuando ésta comienza a ser presentida se actualiza en manera espontánea una rápida disolución de los impedimentos y una potencia concreta, hasta ahora absolutamente inimaginable, se convierte en disponible permitiendo las primeras realizaciones fácticas.

Un ejemplo clásico de una dramática incapacidad, todavía ahora existente, de saber acoger en sí un mensaje que, de acuerdo a los principios de la verdad, tenga un valor exclusivamente realizativo está dado por un fascículo del cual han sido adquiridas miles de copias. En el mismo se lee "... hombres que estén frente a nosotros no para predicar fórmulas sino para ser ejemplos..."[1] ¿Cuántos han hecho caso a aquello que leían? ¿Cuántos por el contrario, frágiles ante la tentación de vacuos bagajes culturales, se han llenado con bellas frases sintiéndose pues, tan sólo en razón de una lectura hecha en forma rápida, diferentes de aquellos que realmente son? Se pruebe por ejemplo a releer aquel fascículo , pero en forma fría , sin fatuas exaltaciones, con el mismo estado de ánimo con el cual se lee un tratado de física: se constatará que la frase "... no de bellas ideas tiene necesidad el mundo de hoy, sino de hombres que sean ejemplo..." no justifica vanidades y ebriedades, sino que indica por el contrario el camino para liberarse de las trabas de la retórica y de las autoilusiones.

Estas indicaciones conducen directamente al tercer punto.

[1] J. Evola; *Orientaciones*, pág. 7.

***

PREPARAR A LOS COMBATIENTES DEL ESPÍRITU

Ingenieros, comerciantes, campesinos, obreros, maestros, esparcidos entre la masa, difundidos por doquier; un pequeño ejército invisible e impenetrable, sin partido, sin religión, sin apegos en el corazón, sin pasado, con la Patria en el cielo y en la sangre, pequeño ejército formado por hombres impasibles, en tanto que indiferentes ante destrucciones morales y materiales, vestidos por fuera de gris pero resplandecientes interiormente por la Victoria, inaprensibles, cual agua en las aguas y luego, por irrupción de lo Sagrado, un mundo putrefacto sustituido por una nueva realidad viviente. Cuando el Sol retorna, las tinieblas se retiran y la noche, ante el triunfo de la Luz, permanece como un vago recuerdo.

Para que todo esto se desarrolle en el modo justo es necesario tiempo, el mayor compromiso, tenacidad, capacidad de resistir a cada prueba sin retirarse, considerando que muchas veces y de manera voluntaria se cae justamente en las pruebas más banales e insignificantes.

En la realidad actual el peligro se encuentra en el abatimiento, en la angustia, en el aburrimiento; estados de tensión y de intensa emotividad son raros, esporádicos y, más veces de lo que se crea, artificiales; debe olvidarse en este mundo un clima heroico como soporte de las propias realizaciones interiores. Aun cuando se presentasen situaciones de ruptura no nos conciernen y la prueba a superar consiste en ser capaces de permanecer extraños a ellas.

¿Qué sentido tendría por ejemplo entusiasmarse y adherir a un conflicto, quizás militar, querido por complejos industriales en lucha por la conquista de un mercado subdesarrollado? ¿O bien un apoyo entusiasta a estados de desorden guiados fríamente por otros, cual válidas válvulas de desahogo y útiles medios para descargar las tensiones periódicas de estratos juveniles inquietos, de otra forma peligrosos para un sistema si fuesen dejados librados a sí mismos? Y se diga lo mismo en relación a anacrónicas defensas de privilegios conservadores (poco importa si del tercer o cuarto estado) de tabúes, mitos, morales, religiones, posturas políticas, destinados de cualquier modo a caer y cuya eventual y provisoria supervivencia no influye en ninguna manera en el proceso destructivo en curso. Esta defensa tendría el mismo sentido de dedicarse desesperadamente a la salvación de la cristalería a bordo de una nave que, presa por furiosas tempestades, se está hundiendo.

Cuando comienza a haber un desapego activo del mundo actual y al mismo tiempo se está en grado de adaptarse perfectamente (el estar sumergido en el agua sin mojarse), se comprende por una claridad intelectual que sobreviene espontáneamente, cómo la única salvación para el hombre, hoy como siempre, reside en el descenso de lo Sagrado y que, sin ella, toda acción meramente humana se encuentra destinada al fracaso, cuando no lleva a la larga a siniestras y titánicas falsificaciones. La exigencia que por ende surge con inmediatez es entonces la de la "Lengua espiritual" a la cual referirse y a utilizar, dado que sin un preciso "soporte" cualquier descenso de lo Sagrado es imposible.

Lo Sagrado en efecto no es la abstracta dimensión de un pensamiento sin frenos, sino una fuerza precisa y concreta que, ante su aparición, se anuncia con signos y trazas perceptibles y visibles. En este tiempo, vuelto árido y gris por una técnica que domina y congela incluso los planos del *eros* y de la religiosidad, ninguna construcción religiosa compleja, entre las sobrevividas hasta hoy puede ser restaurada y reanimada, y sería absurdo pensar en intentos de resucitar aquellas de las cuales hemos conservado el recuerdo tan sólo a través de documentos históricos.

Intentos de este tipo caerían entre la indiferencia general, siendo ya demasiado vertiginoso el movimiento que aleja al hombre de todo esto.

Sólo un tipo de religiosidad reconducida a su potencialidad primordial y a su quintaesencia espiritual, pobre pues de barrocas superstructuras litúrgicas o ceremoniales, puede ser comprendida y aceptada, puesto que con su severa dureza puede sacudir el letargo dominante. Pertenece ya a la lógica del mundo actual que en esta dirección fatalmente se deberán mover las fuerzas decididas a conseguir un renacimiento. Es necesario volver a elevarse hacia dimensiones primordiales y simultáneamente penetrar en lo profundo de nosotros mismos y de nuestra sangre hasta reencontrar dominios inasibles para el saber profano y conocer realidades asimilables sólo si son vividas realmente como potencia y como adquisiciones concretas.

La Vía que se debe recorrer es la de la *Roma Prisca* en la cual los *Númina* eran puras Fuerzas, privadas de nombres y de figuras; es aquella de las poblaciones protoitálicas, en la cual la sonrisa arcana de pocos rostros no tenía aun rastros del desesperado telurismo de etruscos ya helenizados; es aquella de las civilizaciones megalíticas que en toda Europa han dejado rastros de cultos solares; es aquella en fin de todos los pueblos que, empeñados en volver a traer el Cielo en la tierra, no dejaron detrás de sí escorias relevantes, casi como para burlarse de estos alejados y apagados

"hombres modernos" que, cual ciegos, burdos y presumidos, todo lo querrían medir con el metro de un lógica cerebral privada de cualquier soporte trascendente.

¿Cómo puede ser traducida a un nivel mental de seres, cuya dimensión es ya únicamente mineral, la percepción de un Cosmos viviente que el Yo, puesto en su centro, plasma a su placer? ¿Cómo puede ser comprendido el valor de la palabra entendida únicamente como sagrada vibración apta para modificar la realidad? ¿Cómo puede ser concebido un pensamiento que, actuando en modo exclusivamente creativo, se identifica con la realidad de manera que queda privado de sentido su poder persistir como movimiento mental que permanece en sí mismo? Es esta incapacidad ya generalizada de percepción viviente de las cosas que crea un diafragma difícilmente franqueable entre lo profano y lo sagrado, que petrifica las cosas alrededor de nosotros, que obliga al hombre a una angustiosa destrucción de su habitat natural, que conduce al individuo a una frenética carrera hacia el olvido de sí mismo y de lo Real, haciéndolo precipitar en la anulación de sí en lo Colectivo, en el Número, en la agitación. **La resistencia es sobre todo interior**: modificando gradualmente la propia estructura psicofísica y mental y sacudiéndose del atontamiento hipnótico, hay que crear un primer "campo mágico" en sí y en la realidad circundante. La primera resultante será una particular armonía con la Naturaleza y un florecimiento interno del principio mágico *Vis-Amor*. Cuando el proceso es conducido rectamente y es mantenido inmutable toma forma un equilibrio que tiende lentamente a estabilizarse y que anula, privándolos de influencia, a aquellos desequilibrios parciales originados por situaciones interiores y ambientales múltiples.

El "Individuo", aquel yo artificioso que se rige no sobre sí mismo, sino sobre acontecimientos extraños, desaparece, pero ello no conduce a traumas o descompensaciones si una lucidez absoluta acompaña a todo el proceso de redespertar. La personalidad entonces tiende a volver a ser aquello que es **naturalmente** en cada hombre normal: **la máscara sonriente de un Númen inmortal**. Y el mundo, transfigurado por la Luz triunfante, aparece cual escenario majestuoso, en donde cada uno se sitúa en perfecta adhesión a la parte que se ha elegido en la mutable hierofanía de las formas.

Volviendo cual Señores en el propio cosmos, es con espontánea soltura que se procede a una depuración de los propios elementos vulgares y se puede contribuir entonces, con una eficacia distinta, a una transmutación del ambiente.

Muchos encontrarán que el querer apuntar a tales objetivos, mientras que el proceso de general oscurecimiento continúa su avanzada, podría ser utópico, veleitario o evasionista, pero es luego de una fría y objetiva meditación que tales cosas son afirmadas. Otras vías no existen: utópico y romántico es el mero fijar la mente sobre enunciados del tipo de "mantenerse de pié" y "defensa de la personalidad", los cuales sólo en el contexto operativo en el cual fueron escritos revisten un significado preciso.

Debe sin embargo ser suficiente una breve meditación para poner de relieve las contradicciones en las cuales se puede caer adhiriendo en modo superficial a enunciaciones como las referidas aquí: ¿"Quién" se mantiene de pié? ¿La agregación de tendencias heterogéneas y muchas veces contrastantes la una con la otra, constituyen ellas solas al yo del hombre de hoy? ¿Es con palabras tan vacías, palabras que cada uno se repite a sí mismo y a los otros, que se presume "defender la personalidad"? ¿Pero si la personalidad es sólo un juego ilusorio de influjos diferentísimos y estratificados, mutable reflejo de elementos espaciales y temporales que van y vienen, indiferentes al denominado "duro querer" de quien presume guiar al todo, **cómo** y **qué** cosa es defendida? ¿Se puede pretender mantener fija y rígida la móvil ola del mar? ¿No será por el contrario esta "personalidad" la primera cosa a dejar a un lado, a descartar, así como el payaso se deshace del molesto disfraz luego de su bufonesco espectáculo?

Cuan ardientes Caballeros del Númen inmortal, cuan Guerreros de aquel Dios que en su doble ser hace mención sonriente al vacío misterioso que gobierna a la forma y a lo condicionado, sin temor, porque nada hay que temer, sin prisa o agitación, porque el tiempo es ilusión de la mente, se opere decididamente y al mismo tiempo se ofrezca la justa ayuda a quienes, retrasados, aun están sumergidos en los sueños del presente o del pasado. **La espada está clavada en la roca**, se necesita que no nos limitemos a contemplarla sino que, con el acto justo, la saquemos afuera para que, tras haberla empuñado, se alcance a ser portadores del poder de cambiar el rostro del mundo.

***

En este trabajo se ha querido deliberadamente rebatir y martillar sobre algunos enunciados básicos para un redespertar y sobre los cuales parece que poquísimos hayan puesto su atención. Si no se redespiertan quienes poseen en estado latente la **dignitas**, primera virtud del hombre que vive

lo sagrado, el estado de petrificación y de plomífera pesadez en el cual ha caído la humanidad no puede ser removido.

La Tradición no está hecha de ideas sino de hombres y si éstos no existen, ninguna acción, espiritual en su esencia y metapolítica en sus aplicaciones, es concebible.

Los Dioses tienen su origen en el excelso Sí mismos de los hombres, por un profundo querer de éstos ellos se vuelven a despertar, adquiriendo entonces el poder efectivo de volver a animar la realidad.

La acción de redespertar no es dada a través de infantiles y anacrónicas "artes mágicas", siendo la única magia desde siempre un acto de iluminación sapiencial y consecuentemente transfigurador de sí mismos y del mundo. Cada acto particular, sea que se trate de una "práctica" o de una meditación "*ab imo*" es, repitámoslo, sólo un instrumento para facilitar el florecimiento interior de conocimiento y potencia.

Por ende no asentarse espasmódicamente en iniciaciones, esoterismos y magias, puesto que cada evocación posee un efecto cierto y cuando pasión e ignorancia guían la acción, el efecto es el de abrir el camino a morbosas obsesiones que no tienen nada que ver con lo Sagrado y mucho con la psiquiatría.

Por cierto es difícil mantenerse en el justo equilibrio quedando alejados contemporáneamente de fantasías ocultistas como de groseros escepticismos, pero la vía que aquí se está indicando es por su naturaleza difícil.

Debe de cualquier modo recordarse que en las cosas simples es posible la mayor cabida: tener como ideal individual el volver a hallar en sí el arquetipo primordial y como fin para el mundo contribuir a reconducirlo a la dimensión de lo Sagrado; evitando contemporáneamente apegarse a fórmulas religiosas o políticas que han demostrado su incapacidad de actualizarse, actuando con acciones adecuadas al hoy y reuniéndose con los propios semejantes en fórmulas asociativas eficaces.

Así un buen trecho del camino puede ser hecho, sin incurrir en dramáticas crisis o en espantosos peligros.

Ya en otras oportunidades hemos repetidamente hecho mención a la necesidad de llegar a la formación de una **Orden**. Si ello es factible, anticuado o prematuro no es cosa de hombres verdaderos el preguntárselo. La situación no permite perderse en los lujos de las mil hesitaciones académicas, sino que impone actuar con la máxima solicitud, yendo más allá de lo que es humanamente superable y adhiriendo exclusivamente a una profunda y genuina voluntad de realización.

Cada vez que los hombres se han hallado en circunstancias dramáticas, no se perdieron en bizantinismos, en palpitantes esperas de "maestros" o de "Jefes", sino que pocos, los que habían aprendido a mantenerse firmes por doquier, en las selvas, entre las ruinas de los viejos templos, sin esperar, porque la espera pasiva y mesiánica no pertenece al alma occidental, resueltamente ellos ponían las bases del renacimiento, sin por cierto preocuparse por la perfección de la forma.

Las finezas estéticas son sólo consentidas a los poetas y a los artistas: el *Vir*, tal en la sangre y en el alma, no hesita, sino que se encamina por la ruta que siente justa sabiendo bien que en la Justicia reside la Victoria.

¿Habría acaso nacido Roma si los primeros *patres* como primera medida se hubiesen diluido en discusiones acerca de entre cuáles filosofías griegas, entre las religiones y lenguas itálicas o "sabidurías pitagóricas" y egipcias tuviesen que preferirse y seguirse en aquella gran aventura bimilenaria que se iba anunciando?

¿Es que acaso fueron las filosofías, "sabidurías" y literaturas las que han modificado para mejor el curso de los acontecimientos?

El misterio de la grandeza de Roma reside en el binomio *Vis-Amor*, y el templo *Roma-Amor*, colocado en el ápice de la *Vía Sacra* permanece como un mudo testimonio de la sabiduría descarnada y esencial de nuestros Antepasados.

Si volveremos a buscar y develaremos este misterio en nosotros mismos, se cumplirá el milagro, siempre a pesar de su grandeza, del renacimiento del hombre nuevo, integrado en su esencia espiritual.

ÍNDICE

PRÓLOGO 7

VI. LEO. *Más allá de los umbrales del sueño* 13
EA. *Acerca de la visión mágica de la vida* 17
ABRAXA. *La segunda preparación del caduceo hermético* 21
IAGLA. *Experiencias: Las leyes de los entes* 27
La vía de la realización según el Buddha 33
Introducción 33
I. 35
II. 35
III. 37
IV. 38
Glosas varias 41

VII. LUX. *Instrucciones de magia ceremonial* 47
Preliminares 47
El ritual 54
EA. *La doctrina del «cuerpo inmortal»* 57
De Pharmaco Catholico 65

VIII. ABRAXA. *Operaciones mágicas en «dos vasos». El desdoblamiento*. 79
ARVO. *Acerca de la «Contra-iniciación»* 89
LUX. *Opus Magicum: Los perfumes* 97

IX. ARVO. *El pensamiento conciente. El relajamiento. El silencio*. 103
EA. *Consideraciones sobre la Magia y sus poderes* 109
ABRAXA. *La magia de la imagen* 119
PEDRO NEGRI. *El andrógino hermético y un código plúmbeo alquímico italiano* 127

LOS DIOSCUROS. *Problemas del espíritu en la ética tradicional* 139
Introducción 139
Recuperación y estabilización de elementos potencialmente válidos 142
Constitución de las ciudadelas tradicionales 146
Preparar a los combatientes del espíritu 150



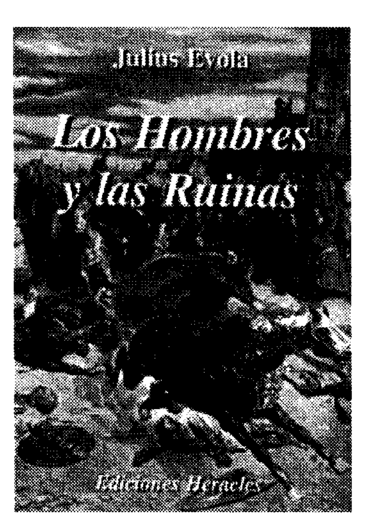
El público de habla hispana conocerá, a través de la lectura de esta obra, la visión más crítica y contundente que se haya escrito jamás contra el mundo moderno.

Simultáneamente a ello y, a la manera de un preciso contraste, Julius Evola nos expone en modo magistral lo que es una morfología del mundo de la Tradición, es decir de una realidad absolutamente antagónica a la actual, rastreable en el más remoto pasado y de la cual quedan sólo vestigios en las aun sobrevivientes y mal llamadas comunidades primitivas o "salvajes".

Dicho texto, escrito originariamente en 1934 y más tarde revisado y ampliado por el autor en sucesivas ediciones, representa la obra cumbre de unos de los más altos exponentes del pensamiento occidental de este siglo, lamentablemente poco conocido por el silencio intencionado del actual sistema decadente al cual Evola nunca ahorró críticas.

No nos cabe duda de quien lea con atención este libro consecuentemente, como muchos, verá de una manera muy distinta el mundo que lo rodea.

444 págs. 14 x 20 cm. $ 30.-



Este libro puede ser considerado como una especificación de su anterior obra fundamental, "Rebelión contra el mundo moderno". Tras haberse allí hecho una precisa descripción de la situación de caos e irreversible caída de esta civilización y haberse al mismo tiempo señalado su antítesis exacta, el mundo de la Tradición, Evola elabora en este libro los puntos esenciales que debería enarbolar un movimiento verdaderamente alternativo, los cuales no deben ser confundidos con una mera plataforma política, pues nuestros autor rechaza el concepto caduco de partido, sino que para él se trata en cambio de constituir un Orden que sostenga una concepción del mundo.

251 págs. 14 x 20 cm. $ 17.-